
POR
AMOR
Y
HONOR
Pasiones del Brasil Imperial
SHEILA GUEDES

POR AMOR Y HONOR

Pasiones del Brasil Imperial

SHEILA GUEDES

Copyright © 2026 Sheila Guedes

Portada:
Dri K.K.

Copidesque:
Alba Milena

Ilustración:
Little Pink Design – Rosa Aguiar

Traducción:
Sheila Guedes

Revisión y diagramación:
Carla Santos

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora.



Portada

Página del título

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII
Capítulo XLIII
Capítulo XLIV
Capítulo XLV
Capítulo XLVI
Capítulo XLVII
Capítulo XLVIII
Capítulo XLIX
Capítulo L
Capítulo LI
Capítulo LII
Capítulo LIII
Capítulo LIV
Capítulo LV
Epílogo
Ilustración

Nota de la autora

Agradecimientos

Referencias Bibliográficas

Sobre la autora

Otras obras



Este libro está dedicado a todas las personas que luchan arduamente por cumplir sus sueños y no permiten que los obstáculos del camino debiliten su deseo de alcanzarlos.

Y a todos aquellos que animan, luchan y apoyan a quienes aman para que no renuncien a sus sueños y, en la medida de lo posible, los ayuden a hacerlos realidad.

Porque, al fin y al cabo, amar es eso.



Ouro Preto, 1843.

El calor insoportable hace brotar en mi rostro pequeñas gotas de sudor que resbalan por el cuello y empapan el escote de mi vestido verde, algo sucio tras la extenuante caminata. Tropiezo con mis propios pies mientras avanzo con la mayor altivez posible, sintiendo la bolsita con las monedas que robé a mi padre golpear contra mi muñeca, mientras equilibro la sombrilla, que ya conoció días mejores y apenas proyecta sombra bajo el sol abrasador.

Debería haber venido montada. Esmeralda me habría ahorrado una buena caminata.

Miro a ambos lados y cruzo la calle, esquivando los desechos que corren por la acequia. Frunzo la nariz cuando el mal olor invade mis fosas nasales.

Una esclavizada de ganho, con turbante colorido y vendiendo dulces en la calle, llama mi atención. Intento recordar las instrucciones que me dio Talia. Alzo la vista y veo, al final de la estrecha calle, el almacén. Decidida, camino hacia allí.

Miro a mi alrededor con miedo de ser reconocida. Si mi padre sabe que estoy en la ciudad, me encerrará en mi habitación a pan y agua una vez más. Pero debo intentarlo. No puedo resignarme al destino que ha trazado para mí.

Paso junto a la vendedora y me lanza una mirada curiosa. Una mujer blanca sin compañía no es algo común por aquí. Eso solo ocurre con mujeres de reputación dudosa. Las jóvenes casaderas siempre van acompañadas por una dama de compañía.

Llego a la acera del almacén e inspiro hondo. Fingiendo una calma que no siento, cierro la sombrilla desgastada y entro.

Dos mesas de madera están ocupadas por hombres de aspecto variado. No sé si son arrieros, mineros o hacendados de la región. Suspiro aliviada al no reconocer a nadie.

Casi sonrío ante el pensamiento.

¿Cómo podría reconocerlos, si paso la mayor parte del tiempo encerrada y, cuando practico mi puntería, siempre lo hago escondida en el monte?

Pero el hecho de entrar sola y sin compañía llama la atención de los hombres, y el silencio se impone.

Alzo la cabeza y me acerco al mostrador. Un hombre de cabellos grises y algo desaliñados, con el rostro arrugado y aspecto descuidado, me observa atentamente, como si intentara recordar de dónde me conoce.

— Buenos días — saludo con mi mejor sonrisa.

Sé que mi piel clara, salpicada de pequeñas pecas, está enrojecida y que mis cabellos voluminosos escapan del moño apresurado que me hice esta mañana al conseguir huir de la vigilancia de mi padre.

— Buenos días, señora — responde, devolviéndome la sonrisa. Una sonrisa amarillenta; incluso desde donde estoy puedo percibir su mal aliento.

Intento no demostrar el desagrado que siento. Inspiro hondo y abro la bolsita, sacando las preciadas monedas y el papel cuidadosamente doblado.

— Me han informado de que puede enviar una correspondencia a Río de Janeiro.

— ¿A la Capital? — pregunta, ahora completamente atento.

— Exactamente — confirmo. — He sabido que presta ese servicio — sostengo las monedas en la palma — y puedo pagarlo.

Alza una ceja y pregunta:

— ¿Y de qué se trata, señorita?

— ¿Cómo?

Señala con el mentón la carta que sostengo.

— La carta. ¿De qué trata?

Siento ganas de maldecir, pero recordando los consejos de Jonas, mi único y verdadero amigo, finjo no estar indignada y sonrío con cortesía.

— Es algo personal.

— Señorita, hay mucha violencia en el mundo. No puedo ser acusado de ayudar a una joven de buena familia a… — mastica tabaco y escupe — hacer quién sabe qué.

Bajo la cabeza y aliso la falda para que no note mi irritación.

— Le aseguro que no debe preocuparse. La carta es para solicitar un favor a una persona que trabaja en Río de Janeiro.

Sus ojos astutos me examinan.

— ¿Y qué favor sería ese?

Lanzo la mentira que he ensayado durante semanas:

— Solicitar la oportunidad de ser dama de compañía. He oído que familias acomodadas aceptan mujeres blancas y de buena familia como institutrices.

— ¿Y usted desea eso?

— Sé leer y escribir y soy blanca. Son buenas referencias para una tutora.

Permanece en silencio unos minutos. Luego extiende la mano.

— Deme la carta. La enviaré.

Eufórica por mi primera victoria, le entrego el sobre y me dispongo a pagar, pero su voz me detiene.

— No es necesario, señorita. Debo muchos favores a su difunta madre.

Lo miro, sorprendida.

— Sé quién es usted — dice, mirando el sobre —, y sé que su madre no estaría contenta con el destino que su padre le ha trazado. — Hace la señal de la cruz. — Enviaré su carta. Considérelo una deuda saldada. Que Dios la tenga en su gloria.

La emoción me invade al darme cuenta de que, incluso después de su muerte, mi madre aún vela por mí.

— Muchas gracias — murmuro. — Si sabe quién soy, sabrá que mi padre no estaría complacido si descubriera que estuve aquí… y que envié una carta.

Sonríe.

— Su padre es un viejo diablo, pero sé tratar con el demonio. Váyase tranquila. Su secreto está seguro.

Asiento y me despido.

Al salir, cruzo rápidamente la calle. Cerca de una callejuela oigo que llaman mi nombre en voz baja. Veo a Jonas, sosteniendo las riendas de Esmeralda.

— ¿Qué haces aquí, necio? — pregunto mirando alrededor.

— Sabía que estarías aquí, Cecília. He traído a Esmeralda para facilitar tu regreso.

Sonrío, acariciando el hocico de mi yegua.

— No parece que consideres una locura mis planes.

— Lo es — responde. — Querer repetir la hazaña de una mujer que luchó disfrazada de hombre es, como mínimo, una locura. Pero te conozco lo suficiente para saber que no desistirás. Así que, como tu amigo, es mi deber ayudarte.

— Maria Quitéria logró engañar a un batallón y luchar en batalla. Yo conseguiré entrar en la caballería para llegar donde deseo.

Él pone los ojos en blanco.

— Eso lo veremos cuando lo consigas. Ahora monta. Debemos regresar antes de que tu padre note tu ausencia.

— Y la tuya.

— Me envió a arreglar unas cercas. No notará mi falta tan pronto.

Monto con dificultad debido al vestido voluminoso.

— Gracias, Jonas. Ten cuidado.

— Nadie notará nuestra ausencia. Y ya no soy un muchacho indefenso.

Mientras guía a Esmeralda por el sendero cubierto de vegetación, pregunta:

— ¿Enviaste la carta?

— Sí. Ahora solo queda esperar la respuesta… y confiar en que el Emperador sea tan revolucionario como dicen. Mi tía me ayudará a conseguir una audiencia.

— Es una locura querer vivir sola y fundar una escuela.

— Ningún marido permitirá que trabaje. Por eso no quiero casarme. Y tú me enseñaste a disparar y montar para que pudiera defenderme y cumplir mi sueño.

— Solo quería que supieras defenderte.

— Seré solterona si es necesario.

Él suspira.

— Lo sé. He visto ese brillo en tus ojos antes.

Quiero fundar una escuela para enseñar a leer y escribir, especialmente a las niñas. He oído que ya existen escuelas en otras provincias, autorizadas por el propio Emperador.

Pero para lograrlo, debo convertirme en maestra. Y para ello necesito ir a Río.

— Tus ideas aún te meterán en problemas, Cecília.

— Los sueños no son problemas, Jonas. Existen para cumplirse. Y yo cumpliré el mío.

Regreso a casa con la sensación de haber dado el primer gran paso hacia mi sueño.

Si no recibo respuesta en los próximos días…

Huiré para encontrarme con el Emperador.



Un año después…

— ¿Estás segura, Cecília?

Miro una vez más el uniforme extendido sobre el montón de heno en el establo donde duerme Esmeralda y luego observo a Jonas.

— No hay otra forma de llegar a Río de Janeiro con seguridad, Jonas. Sabes que una mujer sola difícilmente pasaría desapercibida. Disfrazarme no solo protegerá mi identidad, sino que también garantizará mi seguridad, ya que estaré entre soldados del Imperio.

Se pasa las manos por el rostro, visiblemente alterado.

— No puedo creer que me hayas convencido para hacer esto.

Me acerco y lo abrazo con fuerza.

— Jamás podré agradecerte lo suficiente — digo, aferrándome a él.

— Y yo jamás me perdonaré si te ocurre algo, hermanita.

Lo miro y la emoción me cierra la garganta. Rara vez me llama así, aunque ese es nuestro vínculo. Es hijo bastardo de nuestro padre y fue criado como un empleado más de la hacienda. Mi madre intentó acogerlo muchas veces, pero mi padre siempre lo rechazó. Su madre murió al dar a luz y lo dejaron en el umbral de la finca. Fue mi madre quien lo encontró y no permitió que lo echaran.

Todos en los alrededores saben que es hijo de mi padre con una mujer que fue su amante. Y ahora, al mirarlo, no puedo negar nuestro parentesco. Somos casi idénticos. Apenas me lleva dos años y, desde que tengo memoria, me protege en contra de la voluntad de mi padre.

— ¿Cómo lograrás que crean que eres yo? — pregunta, señalando mi cabello y mi cuerpo, que en los últimos años ha adquirido formas y curvas.

— Me cortaré el cabello si es necesario — respondo sin dudar.

— Cecília, por favor… debe de haber otra manera de llegar a Río.

Tomo sus manos.

— Sabes que nadie me llevaría hasta allí. Todos temen a papá.

— Entonces iré contigo. Maldición, Cecília.

— Jonas, sé defenderme — digo con suavidad. — Debes confiar en mí. Ya lo hemos hablado… Damiana necesita que uno de los dos se quede aquí.

Se suelta de mis manos.

— Pero no entre una tropa de soldados. Es una locura.

— Jamás descubrirán que no soy tú.

Me mira fijamente.

— No hay nadie en este mundo más femenina que tú, Cecília.

Sonrío.

— Sabré disimular. Ya te engañé una vez, ¿recuerdas? Si ni tú me reconociste, nadie lo hará.

Para probar mi plan, me disfracé y pasé un día entero trabajando con los hombres de mi padre. Vendé mis pechos, oculté el cabello bajo el sombrero y vestí ropas masculinas que Talia consiguió para mí. Cuando engañé a Jonas, supe que funcionaría.

Él suspira.

— Es diferente… pero sé que no lograré convencerte. Te conozco demasiado bien.

— Gracias, Jonas — digo emocionada. — De esta vida que dejo atrás, lo único que me destroza es separarme de ti, de Talia y de Damiana. — Seco una lágrima. — Pero volveré por vosotros cuando logre mi propósito.

— Tu padre no aceptará tu huida tan fácilmente — dice con gravedad. — Temo lo que pueda hacer si te descubre.

— Jamás me buscará entre los soldados. Por eso es la única forma. — Señalo el uniforme. — Mañana será mi vestimenta.

Él vuelve a pasarse la mano por el rostro, impotente.

Lo abrazo otra vez.

— No te preocupes. Estaré a salvo. Te prometo que, en cuanto llegue a Río, encontraré la manera de enviar noticias. Mi tía me aseguró que guardará el secreto.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo. — Acaricio su mejilla. — Prométeme tú que no harás ninguna locura mientras esté lejos.

— No te preocupes, no lo mataré.

— Hablo en serio, Jonas.

Suspira.

— Lo sé. No haré nada. Me quedaré aquí hasta que… — traga saliva. — No puedo dejar a Damiana sola. Es la madre que no tuve. No puedo abandonarla a sus abusos.

Lo miro con tristeza. Me duele el pecho al pensar en ello. Damiana está muy enferma y empeora cada día.

— Me siento culpable por no quedarme.

— Jamás te perdonaría si tu padre lograra casarte con ese miserable. Debes marcharte, Cecília. No me gusta la manera en que lo harás… pero ya no tienes tiempo.

— Prométeme que cuidarás de ella hasta que…

— Lo prometo — concluye. — Y después iré a tu encuentro y volveré a cuidar de ti.

Capítulo II

Cecília

Intento no demostrar lo nerviosa y asustada que estoy. Miro una vez más el uniforme que llevo puesto para asegurarme de que mi pecho no se note. Después de intentar sujetarme el cabello varias veces y ver que siempre se soltaba, decidí cortarlo a la altura de los hombros. Así será más fácil ocultarlo.

He hecho un moño en lo alto de la cabeza y lo he asegurado bien. Estoy convencida de que, si no me obligan a quitarme el sombrero, nadie descubrirá jamás que soy una mujer.

Me he vendado el pecho para aplanarlo y disimularlo lo máximo posible. Aunque estoy al borde del desmayo, no puedo negar que la ropa masculina es infinitamente más cómoda. Aun así, me resulta extraño no sentir las faldas enredándose entre mis piernas al caminar. Hundo un poco más la gorra sobre la cabeza.

La fila en la que estoy se va acortando a medida que cada hombre se presenta ante el soldado sentado al frente, anotando y verificando el nombre del nuevo pelotón que se formará y marchará hacia la capital.

A propósito, removí la tierra de mis macizos de flores para que mis uñas quedaran sucias.

Sé que Jonas me observa desde más adelante y, de algún modo, su presencia me da confianza.

El hombre que está delante de mí entrega sus documentos al soldado sentado tras una pequeña mesa. Me tienta inclinar la cabeza para observarlo mejor, pero me contengo.

Escucho algunas de las preguntas que le hace al joven, que parece nervioso por no poseer las habilidades requeridas. No oigo su respuesta. Finalmente se aparta.

Es mi turno.

Mi corazón retumba con violencia en el pecho y temo que pueda oírlo. Pero apenas levanta la vista de los papeles que le entrego.

Su voz es ligeramente ronca y me provoca un escalofrío extraño.

— Señor Jonas Moreira, ¿por qué desea formar parte de la Guardia Nacional? — pregunta sin mirarme.

Engroso la voz como he ensayado tantas veces.

— Porque deseo servir a Su Majestad con honor.

Levanta la cabeza.

Por un instante siento que el mundo gira ante la intensidad de su mirada y su belleza. Me recompongo y desvío la vista.

— ¿Sabe disparar?

— Sí, señor.

— ¿Montar a caballo?

— Sí, señor.

— ¿Ha matado alguna vez?

La pregunta me provoca un vértigo repentino, pero no dejo que se note.

— No, señor.

Vuelve a mirarme con atención. Por un segundo temo que haya descubierto mi farsa.

— ¿Tendría reparo en hacerlo si fuera necesario?

Inspiro hondo.

— No, señor. Si es para defender a mi país y a mi Emperador, lo haré.

— ¿Tiene montura?

— Sí, señor.

Me observa unos segundos más, anota algo y finalmente dice:

— Bienvenido, soldado Moreira. Formará parte del segundo pelotón de caballería bajo mi mando.

La alegría me invade con tal fuerza que casi quiero gritar. Me limito a hacer una leve inclinación y me dirijo rápidamente hacia el grupo que ahora es también el mío.

Busco a Jonas de reojo y lo encuentro cerca. Asiente levemente, aunque parece profundamente alterado. Le devuelvo el gesto y aparto la mirada.

Cuando la fila termina, el oficial se pone en pie. Disimuladamente lo observo con su uniforme azul. Es un poco más alto que Jonas. Sus ojos claros revelan cansancio, pero su postura es firme y altiva. Se pasa las manos por el rostro como si el peso del mundo cayera sobre él.

Un soldado se acerca y le susurra algo. Él frunce el ceño, asiente y camina hacia nosotros.

Todos guardamos silencio.

Hay algo en su manera de avanzar, en la forma en que observa cuanto lo rodea, que deja claro que está acostumbrado a tomar decisiones.

— Como saben — comienza—, partiremos en unas horas hacia Río de Janeiro. Allí permanecerán algunos meses antes de ser destinados donde Su Majestad disponga.

Hace una breve pausa.

— Nos desplazaremos por las rutas de los arrieros. Llegaremos en quince o veinte días, dependiendo del avance. Los que sepan montar y disparar seguirán conmigo en mi pelotón. Los demás formarán parte de la infantería y viajarán en carretas, acompañados por guías y otros oficiales. — Endereza aún más la postura. — Sean bienvenidos a la Guardia Nacional y a la caballería. Que su jornada esté guiada por el amor y el honor a la patria.

Mis ojos encuentran los de mi hermano Jonas. Parece a punto de intervenir. Niego levemente con la cabeza. Veo cómo cierra los ojos y baja la cabeza, vencido por mi obstinación. Finalmente se retira hacia el borde del camino.

Suelto el aire contenido.

Me llevo la mano al sombrero para asegurarme de que mi cabello sigue bien oculto.

Apenas puedo contener la alegría.

Lo he conseguido.

Viajaré a la corte, a Río de Janeiro, y mi padre jamás sabrá dónde buscarme.

Todo por lo que he luchado empieza ahora.

Quiero ser libre. Y dedicar mi vida a luchar por la libertad de otras mujeres a través de la educación, para que jamás tengan que someterse a los designios de sus padres o maridos.

Jamás me someteré a ningún hombre.

Soy dueña de mi cuerpo.

De mi vida.

Y seré dueña de mis decisiones.

Capítulo III

Pedro

El sudor resbala por el lateral de mi rostro, empapando el cuello del uniforme. Estoy exhausto. Ser responsable del reclutamiento de las tropas, viajando de una provincia a otra, está pasando factura. Estoy tan cansado que sería capaz de quedarme dormido sobre el lomo de mi caballo.

El guía hace una señal y, por fin, la comitiva se detiene. En los últimos diez días apenas hemos hecho pequeñas paradas para alimentarnos y dejar descansar a los caballos. Salimos al amanecer y cabalgamos hasta que los senderos se vuelven invisibles bajo la oscuridad de la noche. Como el número de caballos es mayor de lo habitual, pernoctar en un claro atravesado por un río se convierte en una auténtica bendición. No veo la hora de poder darme un baño y aliviar el malestar provocado por el polvo de la intensa cabalgata.

Desmonto y sostengo las riendas de Tempestade, mi caballo, que parece tan agotado como yo. Le acaricio el hocico y suelta un relincho suave, casi un gemido de satisfacción, lo que arranca en mí la primera sonrisa en días.

Espero a que todo el regimiento desmonte y que los hombres busquen un lugar donde pasar la noche. Algunos se dejan caer al pie de sus monturas, demasiado exhaustos para moverse.

Cuando todos han desmontado, aguardo a que regresen los que fueron al arroyo a dar de beber a los animales y solo entonces me dispongo a ocuparme de mí y de Tempestade, que resopla inquieto.

— Lo sé, amigo. Yo también estoy muy cansado.

Lo llevo hasta la orilla del arroyo.

— Bebe cuanto quieras. Yo también necesito refrescarme.

Soy teniente de caballería y responsable de reclutar a los hombres que quedarán bajo mi mando. Aunque amo mi oficio, he pensado mucho en establecerme. Con mi sueldo y una pequeña herencia que me dejó mi padre — que murió de cólera pocos meses después de mi madre — compré una pequeña hacienda. También heredé una buena propiedad en Río de Janeiro, donde vivo cuando no estoy de viaje.

Mi padre fue un abogado respetado y generoso. A menudo aceptaba el pago en víveres, convencido de que su misión era ayudar a los más desfavorecidos. Él y mi madre tuvieron un matrimonio armonioso y solo me tuvieron a mí como hijo. Mi madre sufrió complicaciones en el parto y su salud quedó debilitada desde entonces; nunca volvió a quedar embarazada.

El sueño de mi padre era que continuara su legado, pero la vida militar siempre me fascinó. Para complacerlo, estudié Derecho e incluso trabajé con él. Sin embargo, cuando surgió la oportunidad de servir a la patria, la acepté sin titubear. Para mi sorpresa, no se resentía por mi elección. Decía que solo se vive una vez y que la vida es demasiado efímera como para no buscar aquello que nos hace verdaderamente felices. Me enseñó que la honra y la rectitud de carácter son el mayor tesoro que puede poseer un hombre.

Después de dejar que mi caballo sacie su sed, me preparo para desvestirme y sumergirme en el agua clara y tentadora del arroyo. Por eso he subido un poco más río arriba, buscando un lugar

apartado de la tropa.

Absorto en mis pensamientos, tardo en percibir un ruido más arriba del río. Agudizo el oído. Son pasos suaves y cautelosos. Alguien se desliza entre los árboles que bordean el arroyo.

Ato las riendas de Tempestade a un arbusto y tomo el arma que llevo cruzada sobre el pecho. Escudriño la espesura intentando identificar el origen del sonido. Se repite. Avanzo hacia el crujir de las hojas.

La región alberga numerosos nativos pacíficos. Los más hostiles viven lejos del alcance de los blancos, y un indígena jamás haría ruido al caminar por el bosque.

Así que quien se mueve con cuidado está acechándonos.

Intentando ser lo más silencioso posible, me deslizo en dirección al sonido, que parece alejarse por momentos.

De pronto, los pasos cesan. Me detengo también.

La persona está en la orilla del río, un poco más arriba de donde me encuentro.

Avanzo con cautela y solo cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad logro distinguir la silueta frente a mí.

Confundido, me paso la mano por el rostro. Debo de estar teniendo visiones, porque la piel clara como el alabastro y el cabello que cae hasta los hombros no encajan con la lógica.

¿Estoy tan agotado que veo sirenas bañándose en el río en plena noche?

Doy un paso más.

Distraído por la escena, no logro ser lo bastante silencioso.

La mujer, bellísima y completamente desnuda en el agua, se gira hacia mí y lanza un pequeño grito de miedo cuando sus ojos se encuentran con los míos.

Capítulo IV

Cecília

Nunca había pasado tantos días sin bañarme. Siempre supe que el trayecto sería arduo. Me preparé para la privación de sueño y de alimento, pero jamás imaginé que la falta de higiene de la tropa fuese algo tan habitual.

El olor que desprenden los uniformes sudados tras largas horas a caballo me provoca náuseas violentas y, aun arriesgándome, no podré cabalgar un día más sin darme un baño.

Han pasado exactamente diez días desde que iniciamos la marcha hacia la provincia de Río de Janeiro. Diez largos días de cabalgata incesante y noches mal dormidas, con el temor constante de ser descubierta en medio del sueño.

Diez días manteniéndome apartada del pelotón, comiendo de forma aislada. Intercambio apenas algunas palabras con los hombres, cuidando siempre de mantener la voz en el tono que tanto practiqué.

Salgo del campamento después de que todos regresan del río tras dar de beber a los caballos. Como de costumbre, extiendo la manta que usamos para dormir y disfrazo mi ausencia con un montón de hojas, simulando que he caído rendida.

Durante estos días me he limitado a un aseo rápido por miedo a ser descubierta, pero hoy he decidido darme un baño completo.

Subo río arriba, en la oscuridad de la noche, lo más silenciosamente posible. Sin detenerme a evaluar los riesgos de ser sorprendida por algún nativo o animal del bosque, decido desnudarme por completo. Una prenda mojada delataría mi cuerpo.

Con un suspiro, me sumerjo en el agua cristalina y, al emerger, me echo agua en el rostro con las manos en forma de cuenco.

El alivio de desprenderme de la suciedad es tal que alzo el rostro al cielo y sonrío, agradecida.

Quizá, si no estuviera tan eufórica por haber logrado por fin bañarme, habría percibido su aproximación. Jonas y yo entrenamos mucho el desplazamiento silencioso. Más de una vez conseguí sorprenderlo amortiguando mis pasos. Pero ahora, al mirar al teniente con sus ojos clavados en los míos, como si intentara comprender lo que sucede, me doy cuenta de que he cometido un error básico al dejar que mi bienestar prevaleciera sobre la prudencia.

Sus ojos se calientan al instante, provocando un calor extraño que ni el agua fría consigue apagar. Nunca me habían mirado así. Como si fuera una divinidad. Tan impactada estoy que ni siquiera intento cubrirme, y permanecemos mirándonos durante lo que parece una eternidad.

Hasta que sus ojos se apartan de los míos y encuentran mi uniforme extendido más allá. Una arruga se forma entre sus cejas.

Aprendí desde muy joven que dejar que el pavor domine las acciones no sirve de nada. Aun sintiéndome expuesta y vulnerable, mantengo el cuerpo erguido. Cubro mis pechos con un brazo, endurecidos por la brisa fría que se desliza entre los árboles, mientras sus ojos recorren de nuevo mi figura.

Da un paso adelante. Parece empezar a comprender que ha sido engañado, porque su voz baja apenas contiene la ira cuando pregunta:

— ¿Quién eres?

— Soldado Moreira.

Su mirada incrédula me arrancaría una carcajada si no fuera consciente de la gravedad de la situación.

Da otro paso hacia mí.

— Voy a preguntarlo una vez más — dice sin apartar los ojos de los míos. — ¿Quién eres?

Mi corazón late con fuerza. Ha llegado el momento de decidir. Si digo la verdad sobre mi origen, me enviará de vuelta a casa y jamás volveré a cruzar sola la verja de la hacienda.

Y tendré que casarme con el hombre asqueroso que mi padre eligió para mí. Eso está fuera de cuestión.

Así que opto por la segunda alternativa.

Fuerzo una sonrisa maliciosa, muerdo el labio inferior como he visto hacer a algunas mujeres del pueblo cuando flirtean, y digo:

— Soy Ceci.

Miento con el nombre. Parece lo más prudente.

Salgo del agua y camino desnuda hacia él, con el corazón latiendo tan fuerte que me pregunto si podrá oírlo.

— Disculpe el engaño, teniente, pero fue la única manera que encontré de llegar a Río sin deber favores a nadie.

Él continúa observándome.

— Todo tiene un precio — añado—, y los hombres no suelen pagar lo suficiente cuando descubren que una mujer está en situación de… desventaja.

El discurso ensayado suena ahora hueco. Callo y espero.

Sus ojos descienden lentamente. Refuerzo el brazo que apenas cubre mis pechos y con la otra mano intento cubrirme. Su mirada, intensa y confusa, provoca en mi cuerpo inexperto un calor inoportuno.

Su voz sale ronca:

— Ceci…

Da un paso más. Sus botas casi rozan mis pies.

— ¿Así que sueles engañar a hombres para obtener ventajas? ¿Y usaste mi regimiento para llegar donde querías sin pagar por ello y con protección?

Asiento, obligándome a mantener la compostura.

— Eso mismo, teniente. Pero poseo las habilidades que afirmé tener. Si acepta mantener mi anonimato, no seré una carga para usted ni para sus hombres.

— ¿A qué habilidades se refiere? — cruza los brazos, inclina la cabeza. — ¿Las militares o las de la vida mundana?

El rubor me sube al rostro, pero no retrocedo.

Extiendo el brazo que cubría mis pechos y, aunque él no baja la mirada, percibo su tensión.

Alargo la mano y rozo su mejilla, rogando que no note el temblor.

— Ambas.

Para mi sorpresa, él da un paso atrás y pasa junto a mí. Se dirige al arbusto donde dejé mi ropa y recoge la venda con la que disimulo mis pechos. El gesto íntimo me provoca un vuelco en el estómago.

Regresa hacia mí, sosteniendo el uniforme.

— Vístase.

Dudo, pero tomo la ropa.

— La esperaré más adelante.

— ¿Me llevará de vuelta, teniente?

— Vístase — repite — antes de que pierda la paciencia.

Y se marcha por la senda.

Solo entonces mi cuerpo empieza a temblar.

Me visto con dedos inseguros, ajusto la venda, me pongo la camisa, el pantalón, la casaca, las botas. Recojo la barretina y avanzo hacia él.

Mi corazón late desbocado.

Pienso en todo lo que he planeado durante un año entero.

Si he logrado convencer a alguien tan terco como Jonas, convenceré también al teniente.

Soy Cecília Villas-Boas.

Y el teniente aún no lo sabe, pero ha encontrado una adversaria a su altura.



Capítulo V

Pedro

Mis manos aún tiemblan, me doy cuenta mientras camino de un lado a otro intentando calmarme. Alzo el rostro hacia el cielo lleno de estrellas y aspiro con fuerza. Necesito controlarme. Pero basta con cerrar los ojos para verla de nuevo y que mi maldito cuerpo reaccione con furia.

¿Cómo, en nombre de Dios, logró esa mujer engañarnos durante tantos días? ¿Cómo no advertí los rasgos delicados, la boca generosa y naturalmente rosada, el arco perfecto de las cejas y el aroma femenino que emana de cada maldito poro?

Cierro los ojos otra vez, negándome a recordar la perfección de aquel cuerpo esbelto. Lleno de curvas tan femeninas que ni siquiera el uniforme debería haber conseguido ocultar. No estaba preparado para la reacción que tuvo mi cuerpo cuando me tocó con los dedos fríos y temblorosos. El deseo de tomarla entre mis brazos fue irracional y violento, algo que no encaja en absoluto con la manera en que suelo reaccionar ante las mujeres. Y, de forma incomprensible, sentí la necesidad de castigarla por ser tan tentadora y reclamarla como mía.

Jamás forzaría nada con una mujer que no lo deseara también. Y aunque intentó parecer experimentada, vi el miedo empañar sus ojos cuando me tocó fingiendo una desenvoltura que no sentía.

Absorto en mis pensamientos turbulentos, solo la oigo llegar cuando está muy cerca. Ceci. Algo me dice que ese es otro de sus engaños. Un nombre falso para ocultar su verdadera identidad, que desde luego no debe ser la que afirmó.

La pureza se esconde tras su intento de embaucarme, y me pregunto hasta dónde habría llegado con la farsa de hacerse pasar por una mujer de vida ligera si yo hubiese aceptado lo que me ofreció al tocarme de aquella manera.

Se detiene a una distancia prudente. La observo vestida con el uniforme de caballería. Mis ojos recorren la casaca azul de mangas largas, abotonada hasta el cuello, el pantalón amplio que facilita el movimiento a caballo y las botas negras. En las manos sostiene la barretina que ocultó tan bien su cabello recogido. Aunque el uniforme disimula sus formas, habría bastado una mirada atenta a su rostro expresivo para descubrir el engaño.

Me doy cuenta de que no fue descubierta antes por pura suerte. Si los hombres la hubieran observado con más atención, habrían advertido el disfraz. Pero ¿cómo iban a hacerlo, si la posibilidad de que una mujer se alistara en la caballería es tan impensable que incluso ahora, viéndola frente a mí, resulta difícil creer en su audacia?

El silencio se prolonga entre nosotros. Cruzo los brazos para impedirme tocarla.

— Ahora dígame — clavo mis ojos en los suyos —, ¿quién es usted en realidad y qué pretende con todo esto?

No aparta la mirada.

— Soy Ceci. Necesito llegar a Río de Janeiro — repite. — Y como poseo habilidades que me permiten defenderme y defender a mis compañeros, y una buena montura, no vi otra manera de lograrlo.

— ¿Sabe lo que puede ocurrir si la tropa descubre su engaño? — me acerco un poco más. — ¿Cree que por servir a la patria todos son hombres honorables?

La irritación asoma en su rostro.

— No soy una necia, teniente. Sé que la honra de un hombre proviene de su carácter. Pero quiero creer que no todos actuarían de forma degradante con una mujer dentro de un regimiento del Emperador. Y usted sería uno de ellos.

— ¡Ni siquiera yo podría impedir algo si algunos decidieran reclamarla! — me paso la mano por el cabello. — ¿Tiene idea del riesgo que corre entre treinta hombres que darían cualquier cosa por tenerla?

Me maldigo en cuanto las palabras salen de mi boca.

— ¿Cómo logró alistarse? ¿Quién es el soldado Moreira?

Por primera vez, el miedo nubla sus ojos.

— No puedo decirlo.

— ¿Habla de María Quitéria?

— Sí.

— ¿Y cómo supo de eso?

Niega con la cabeza.

— No viene al caso.

— Quiero saber quién es Moreira. ¿Es su amante?

Un rubor intenso tiñe sus mejillas.

— No voy a responder.

Y mi paciencia se agota.

Me acerco y la sujeto por los hombros, atrayendo su cuerpo hacia el mío.

— Me dirá quién es y cómo consiguió engañarnos.

Alza el rostro. Nuestros narices casi se rozan. El aroma limpio de su piel me envuelve. La suavidad bajo mis manos debilita mi resistencia. Me inclino, impulsado por un deseo que no logro comprender.

Ella jadea, pero no se aparta. Entorna los ojos, y la visión de sus pestañas oscuras provoca en mí una emoción desconocida.

Cuando mis labios están a punto de rozar los suyos, oímos pasos.

Nos separamos de inmediato, como si despertáramos de un sueño.

Ella oculta el cabello bajo la barretina. Está tan desconcertada como yo.

Paso junto a ella con el corazón desbocado y, antes de regresar al campamento, me vuelvo y advierto:

— Esta conversación no ha terminado.

Veo su garganta moverse al asentir.

Algo me dice que, si no tengo cuidado, esa mujer será mi ruina.

Capítulo VI

Cecília

Siento sus ojos quemándome la espalda mientras cabalgo, y el impulso de volver la cabeza para sorprenderlo mirándome se extiende dentro de mí como un incendio, pero me contengo.

Desde la noche pasada intento desesperadamente mantenerme alejada. Cuando regresé al campamento, él no estaba, y me apresuré hacia las mantas que había dejado junto a mi caballo. El campamento estaba en silencio, y la pequeña hoguera proyectaba sombras alargadas sobre los soldados que dormían profundamente tras un día entero de cabalgata.

Me tumbé, me envolví en la manta y fingí dormir cuando, mucho después, él entró en el campamento tirando de su caballo, con el cabello aún húmedo. Sentí sus ojos buscándome y, aun con los párpados firmemente cerrados, supe el momento exacto en que me encontró entre los hombres. Caminó hacia el otro lado y, apoyándose en un árbol, cerró los ojos y se quedó dormido.

Como en los días anteriores, me mantuve alerta, dormitando apenas unos minutos. Y cada vez que miraba en su dirección, aunque estuviera al otro lado del campamento, sentía sus ojos clavados en mí.

Intento no pensar en la situación en la que me encuentro. A diferencia de otros días, cuando él iba al frente liderando la tropa, hoy cierra la comitiva y, por eso, me observa con atención, ya que siempre cabalgo en la última fila.

El día está terminando y pronto acamparemos. Me duelen la espalda por las largas horas a caballo y el estómago por el hambre, pues no conseguí comer nada durante la parada del mediodía. Me siento observada constantemente, y necesito un momento a solas con el teniente para pedirle que deje de vigilarme así, o pronto todos descubrirán mi engaño.

Al cabo de un rato, el guía encuentra un lugar adecuado para acampar y todos suspiran aliviados. Desmonto y, como siempre, busco el rincón más apartado del campamento. Durante estos días, los hombres han entendido que soy reservado y me han dejado en paz.

Estoy quitándole la silla a Esmeralda cuando siento la presencia de un soldado a mi espalda.

— Soldado Moreira.

Sin volverme, continúo atendiendo a mi caballo.

— ¿Sí?

— ¿Por qué el teniente pasó todo el día vigilándote? ¿Qué hiciste?

Respiro hondo y me giro, agradecida de que la luz del sol ya haya sido reemplazada por las sombras de la noche.

Es uno de los soldados más jóvenes, de los pocos que intentaron entablar conversación en los primeros días.

— No sé de qué estás hablando — respondo, engrosando la voz.

— El teniente — dice señalándolo con la cabeza — no te quita los ojos de encima. Como si fueras a abandonar la tropa en cualquier momento.

— Te estás imaginando cosas, soldado.

Se rasca la cabeza.

— Si hiciste algo indebido, será mejor que se lo digas pronto. Dicen que nadie consigue ocultarle nada al teniente. Es como un búho. Tiene ojos en todas partes. — Da una palmada en la grupa de mi caballo. — Espero que no hayas cometido ninguna tontería. Dicen que puede ser muy severo cuando quiere algo.

Asiento y se marcha, dejándome sola.

Sin necesidad de mirar, sé que sigo siendo observada. Suelto un suspiro exasperado. La irritación habitual empieza a apoderarse de mí, y cuando él se acerca intento no soltar todos los improperios que me queman en la lengua. No echaré a perder mi plan por culpa de un hombre que está más molesto por haber sido engañado que por el hecho de que yo sea mujer.

Ato las riendas de Esmeralda a un arbusto, tomo mi alforja y me alejo hacia las sombras. Observo los movimientos de los hombres que se acercan a la hoguera para recoger su ración y luego se acomodan junto a sus caballos. Miro alrededor y no lo veo. Debe de haber ido a bañarse al río cercano. Los soldados no suelen preocuparse por eso, pero sé que con el teniente es diferente.

Me acerco a la hoguera y recibo mi plato. Agradezco con un gesto. Los hombres están tan exhaustos que apenas se miran entre sí, lo cual me favorece.

Camino hacia donde dejé mi caballo y me siento a comer. Me seco el sudor de la frente con el brazo. El deseo de bañarme es tan intenso que cambiaría cualquier cosa por un chapuzón en el arroyo.

Con la cabeza inclinada, comiendo, tardo en percibirlo a mi espalda, oculto entre las sombras.

— Cuando los hombres se duerman, acérquese al arroyo. Necesitamos hablar, muchacha.

Y desaparece tan silencioso como llegó.

Mi corazón se acelera al darme cuenta de que deseo volver a verlo para decirle cuánto me irrita su comportamiento. Sería preferible que revelara mi presencia ante la tropa de una vez, en lugar de vigilarme como si fuera alguien de dudosa índole.

El tiempo parece arrastrarse hasta que todos se acomodan en sus mantas y caen profundamente dormidos.

Con pasos silenciosos, salgo del campamento en dirección al arroyo.

Le diré exactamente lo que pienso. Y que, si va a mantenerme bajo vigilancia, es mejor que me delate de una vez.



Capítulo VII

Pedro

Camino impaciente a la orilla del arroyo mientras la espero. Intento apaciguar la furia que crece dentro de mí cada segundo del día en que la observo cabalgar hasta casi desfallecer. Ahora, sabiendo que se trata de una mujer, me pregunto cómo ha logrado llegar hasta aquí. Incluso hombres más experimentados han desistido en este trayecto extenuante.

Y sin mencionar al soldado que la ronda. Me incomoda la forma en que la mira. Como si supiera que es una mujer y quisiera guardar el secreto para sí. Me pregunto por qué. ¿Qué pretende ocultando algo tan importante a la tropa y, sobre todo, a mí?

Algo no encaja y necesito saber qué es.

Maldiciendo la situación en la que me han puesto, la veo acercarse. Con la cabeza erguida y vestida con el uniforme, parece aún más pequeña. Montada a caballo es fácil confundirla con un soldado, pero así, frente a mí, me pregunto cómo no lo advertí antes.

Cuando se detiene cerca, cruza los brazos sobre el pecho y la imagen de ella bañándose me golpea como un rayo, encendiendo mi cuerpo.

Levanto la mirada. Su expresión es dura, irritada.

— ¿Qué desea, teniente?

Perplejo, la miro.

— ¿Qué deseo? Lo que deseo, señorita, no puede cumplirse: enviarla de vuelta de donde nunca debió salir.

Sus ojos chispean de ira.

Me paso la mano por el cabello, respiro hondo.

— Quiero saber por qué el soldado Cabral la está rondando. ¿Lo sabe?

Frunce el ceño.

— No sé de qué habla.

— No se haga la ingenua. Estuvo con usted hace un momento.

Se yergue.

— No es asunto suyo, teniente.

— Todo lo que concierne a la tropa es asunto mío.

Alza aún más la barbilla. Si no estuviera tan irritado, la encontraría encantadora. Sacudo la cabeza para apartar la idea.

— ¡Es culpa suya que el soldado me ronde! — estalla.

La miro atónito.

— Usted pasó el día entero vigilándome. ¿Cree que los hombres no notaron su cambio de comportamiento? Sería mejor que revelara mi identidad de una vez y me ahorrara preguntas incómodas.

Le sujeto el dedo cuando lo clava en mi pecho.

— ¿Preguntas incómodas?

Alza una ceja con descaro.

— ¿Nunca ha oído hablar de hombres que se enamoran de otros hombres, teniente?

Me quedo helado.

— ¿Qué?

— No me diga que no sabe de qué hablo. Aunque sea un tema prohibido entre sus pares, es evidente que existen hombres que se sienten atraídos por otros hombres. Y, sinceramente, no creo que haya nada de malo en ello. Somos personas. Al final, es el corazón quien decide por quién late con más fuerza.

La observo sorprendido.

— ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe de estas cosas? ¿Cómo supo lo de María Quitéria?

Respira hondo.

— Soy una mujer que tiene acceso a lo que dicen los libros y los periódicos. Fui educada por mujeres que creían en algo más que bordar. Mi abuela, y la madre de mi abuela, lucharon por ser independientes y educaron a sus hijos con la mente abierta. — Levanta el mentón. — No fui criada para ser un simple adorno, teniente.

La emoción en su voz es palpable.

— Muchacha…

Se recompone de inmediato.

— Sí.

— ¿Qué quería el soldado?

Cambia el tono.

— Advertirme sobre usted.

— ¿Sobre mí?

— Dijo que no me quita los ojos de encima y que debería confesar lo que estuviera ocultándole.

— Tengo mis dudas sobre eso.

— ¿Cómo así?

— No creo que esa sea la verdadera razón por la que la ronda.

Me mira con intensidad, como si supiera que sospecho algo más.

Inclina la cabeza y la barretina resbala. La atrapo antes de que caiga. Sin el sombrero parece frágil, casi delicada. Pero cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo, esa impresión desaparece.

Me arrebata el sombrero y se lo coloca.

— Si ha decidido mantener mi condición en secreto, deje de tratarme con deferencia. No seré uno de sus soldados cuando lleguemos a Río. No veo motivo para obedecerle. Estamos demasiado lejos para regresar. Solo le pido que guarde mi secreto hasta el destino y prometo que jamás volverá a saber de mí.

— Aún no he decidido si seguiré mintiendo a mis hombres — respondo, aunque sé que no la expondría.

Levanta el rostro con desafío.

— No me importa revelar mi secreto si la Guardia Nacional garantiza mi seguridad. Ustedes sirven al Emperador. Su deber es proteger al pueblo brasileño.

Siento una extraña necesidad de sonreír.

— Es bueno saber que le resulto divertido, teniente.

Su tono no denota respeto, sino burla.

— ¿Va a quedarse ahí sonriendo como un necio?

Sonrío aún más.

— ¿También va a dictar mis estados de ánimo, señorita?

Se sonroja de rabia.

— Creo que no tenemos nada más que hablar. Manténgase lejos o acabe con mi disfraz de una vez.

— Acabo de constatar que puede ser más mortífera que un arma de fuego. Así que yo decidiré cómo tratar a mi pelotón.

— Me alegra no ser parte de él. Detestaría estar bajo su mando.

— ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Se acerca con una sonrisa burlona.

— Porque es irritante.

— No necesito que mis hombres se enamoren de mí para obedecerme. No soy político, soy soldado.

— ¡Sería imposible enamorarse de alguien como usted!

Alzo una ceja.

— ¿Está segura?

— Y además, presuntuoso.

— No me faltan pretendientes.

— No me interesa saberlo. — Se da la vuelta y luego añade. — Debe de haber muchas mujeres desesperadas por marido para querer casarse con usted.

Sonrío.

— Encontraría esposa con más facilidad que usted marido.

— Yo no quiero marido, teniente.

— Claro que no. ¿Qué hombre en su sano juicio se casaría con una mujer tan temeraria?

— ¡Usted…!

Me acerco lentamente.

— Buenas noches, soldado.

Paso junto a ella y regreso al campamento satisfecho de haber tenido la última palabra.

Más tarde, ya en mi manta, la veo entrar sigilosamente y tumbarse lejos de los demás. Nunca duerme profundamente. Cualquier ruido la despierta. A mi pesar, admiro cada día más su tenacidad.

Mis ojos se deslizan hacia su pequeña figura que finge dormir.

Sí… es solo su tenacidad lo que admiro.

Nada tiene que ver con las curvas que oculta bajo el uniforme. Ni con sus ojos brillantes. Ni con esa boca que, incluso enfadada, resulta irresistible.

Con un suspiro molesto aparto la imagen de ella en el río.

Debería sentir aversión. Ella dejó claro que la siente por mí.

Pero cuando vuelvo a mirarla, sé que no es aversión lo que me invade.

Cierro los ojos.

Y, contra mi voluntad, una sonrisa se dibuja en mis labios.

Sí.

Puede volverse muy, muy peligrosa.

Capítulo VIII

Cecília

La cabalgata de los últimos días ha agotado todas mis fuerzas. El hecho de no dormir por miedo a ser descubierta hace que las jornadas resulten aún más penosas.

Un suspiro de alivio recorre la tropa cuando el guía anuncia que podremos acampar un poco más adelante.

El día ha sido extremadamente caluroso y siento que, si no me baño pronto, no soportaré otro día más cabalgando.

Cuando nos detenemos, desmonto y dejo escapar un suspiro. Oigo el rumor de un río. Tal vez una cascada. Aunque me arriesgue, esperaré a que el campamento se duerma y me acercaré allí. Ahora que el teniente conoce mi condición, me siento más confiada; él vigila cada movimiento de la tropa. Los soldados, en cambio, son distraídos y apenas se observan entre ellos.

Como siempre, alivio la carga de Esmeralda con lentitud para dar tiempo a que los demás terminen antes que yo.

Tras dar de beber a los caballos, los hombres regresan al claro y se acercan al soldado encargado de repartir la comida, que hoy consiste en un trozo de carne seca y ahumada.

Están demasiado exhaustos para salir a cazar. No tarda en oírse el ronquido general.

Busco al teniente con la mirada. Para mi frustración, no lo encuentro. Desde nuestro último intercambio de pullas se ha mantenido distante… para mi alivio.

Pongo los ojos en blanco. ¿A quién quiero engañar?

Echo de menos sentir sus ojos siguiéndome.

Espero un poco más y me dirijo hacia donde supongo que está la cascada, río arriba. Sé que, si Jonas estuviera aquí, me advertiría de la imprudencia de adentrarme en el bosque por un simple baño. Pero no soportaré mañana sin quitarme la suciedad acumulada.

Avanzo en silencio entre la vegetación hasta encontrar la caída de agua que brilla bajo la noche estrellada. Una sonrisa ilumina mi rostro.

Me acerco al lago que se forma abajo, me agacho y toco el agua fría y transparente. Me quito la barretina y la dejo en el suelo. Con las manos en forma de cuenco, me echo agua en el rostro. La sensación es tan deliciosa que se me escapa un gemido de satisfacción.

Exploro el río. El deseo de desnudarme y sumergirme es irresistible, pero necesito un lugar que garantice privacidad. Más abajo encuentro una formación rocosa que parece una pared natural.

Satisfecha, me desnudo. Primero el uniforme y las botas. Me quedo solo con la venda que comprime mis pechos y la ropa interior. Tras una última mirada alrededor, me quito lo que queda. Suelto el cabello del moño alto y suspiro. Es maravilloso sentirlo caer por mi espalda.

Entro lentamente en el agua. El impacto frío eriza mi piel, pero lo recibo con alegría. Camino hasta poder sumergir la cabeza y mojar mi cabello. Alzo el rostro al cielo, feliz.

Permanezco largos minutos dejando que el agua no solo limpie mi piel, sino renueve mis fuerzas. Según el guía, en dos días llegaremos. Y entonces, por fin, podré vivir como siempre soñé.

Cuando salgo del agua, me siento sobre la roca para secarme con la brisa nocturna.

Pienso en mi vida en Río de Janeiro. Mi tía me acogerá y guardará el secreto frente a mi padre. Deberé encontrar trabajo, mantenerme y luchar por mi sueño: ser independiente, convertirme en maestra.

Cuando me visto y recojo el cabello, me doy cuenta de que he dejado la barretina en la orilla.

Voy a buscarla.

No está.

El silencio es absoluto.

— ¿Teniente? — susurro.

Nada.

Un escalofrío me recorre la espalda. Esta vez no es una mirada despreocupada. Es otra cosa.

No puedo regresar al campamento con el cabello suelto.

Respiro hondo. No debo perder la calma.

Decido buscar al teniente. Si no ha sido él, sabrá qué hacer. Después de todo, si mi secreto se descubre, él también quedará comprometido.

Regreso sigilosamente al campamento. El caballo del teniente está atado. Su alforja descansa sobre la manta. Pero él no está.

Por primera vez, no sé qué hacer.

Vuelvo a la orilla donde los hombres se bañaron antes. El mismo silencio.

Cuando me giro para regresar río arriba, mi cuerpo choca contra el del soldado Cabral.

Sus manos se aferran a mis hombros.

Al levantar la mirada, veo que no está sorprendido.

Y el miedo me invade de golpe.

— Vaya, vaya… ¿qué tenemos aquí?

Intento liberarme.

— ¡Suélteme!

— Tranquila.

— ¡Ahora!

Sus dedos se clavan en mi piel.

— ¿O qué? ¿Correrás a los brazos de tu teniente?

La furia estalla en mí.

Levanto la rodilla con fuerza y la hundo en su entrepierna, como me enseñó Jonas.

Gime y me suelta.

— ¡Maldita!

Antes de que se recupere, vuelvo a golpear. Esta vez en el rostro.

Oigo el crujido. La sangre brota de su nariz.

— ¡Te mataré!

— ¡Inténtalo, cobarde!

Se endereza, furioso.

— Ramera. ¿Crees que porque te abres de piernas para el teniente estarás protegida? Cuando lleguemos a Río, verás lo que ocurre con mujeres que no saben cuál es su lugar.

Ignoro sus palabras.

— ¿Dónde escondiste mi barretina?

Sonríe con malicia.

— Tendrás que averiguarlo tú sola… soldado.

— Eres un miserable.

Cuando me dispongo a golpearlo otra vez, una voz ronca y furiosa irrumpe:

— ¿Qué demonios está pasando aquí?

El alivio me invade.

Me giro.

El teniente Pedro sostiene mi barretina en la mano. En sus ojos arde una violencia contenida.

Se acerca.

— Quiero saber qué está ocurriendo.

Nuestros ojos se encuentran.

Y en los suyos leo algo indiscutible.

No importa lo que suceda.

Está de mi lado.

Y por primera vez en mi vida, siento que no estoy sola en la batalla.

La garganta se me cierra.

Y, algo insólito en mí, lucho contra las lágrimas que amenazan con caer.



Capítulo IX

Pedro

Intento desesperadamente mantener el control de mis emociones cuando me encuentro con la escena del enfrentamiento entre el soldado Cabral y Ceci.

La veo, jadeante, enfrentarse al soldado que está a punto de atacarla. La sangre que le corre por la nariz confirma que ella sabe defenderse, y dejo escapar el aire, aliviado.

Había salido con el guía para inspeccionar un desprendimiento en el sendero que retrasará la ruta. Al regresar al campamento, fui a buscarla de inmediato. Consideré llevarla conmigo, pero habría llamado demasiado la atención. Desde que descubrí que es una mujer — y no solo una mujer hermosa, sino alguien absolutamente fascinante que no logro apartar de mis pensamientos — sigo cada uno de sus movimientos, aunque mantenga la distancia.

Temo que su identidad sea descubierta y que algún soldado intente aprovecharse de la situación.

Bastó entrar en el campamento para darme cuenta de que no estaba. Con una inquietud mayor de lo habitual, salí a buscarla.

Cuando no la encontré en la orilla del río, supe que la insensata se habría internado en el bosque para encontrar un rincón más aislado donde bañarse, como la última vez.

Irritado, fui tras ella decidido a hacerle entrar en razón.

Avanzando con cuidado para no avergonzarla si aún estaba en el agua, encontré su barretina escondida detrás de un tronco. Me agaché y comprendí al instante que quien la hubiese encontrado podría usarla para chantajearla.

Levanté la vista, escudriñando el lugar. Solo se oía el murmullo de la cascada cercana.

Apreté el paso hacia el sonido del agua y, cuando oí voces y un gemido que cortó la noche, eché a correr.

Llegué jadeando al claro donde estaban ella y Cabral.

Nada me preparó para la escena.

Mi sangre golpeó en mis oídos al ver al soldado, con la nariz rota y sangrando, dispuesto a atacarla mientras ella permanecía rígida, lista para defenderse.

Respiro hondo e intento dominarme al entrar en su campo de visión.

— ¿Qué demonios está pasando aquí? — pregunto.

Ella se vuelve hacia mí, y el alivio en sus ojos es imposible de ocultar. El impulso de atraerla hacia mí es casi incontrolable.

— Repito — añado, avanzando. — ¿Qué está ocurriendo?

Cabral se limpia la sangre del rostro.

— ¡Esta maldita me atacó!

Ella responde con voz firme:

— Él me atacó y trató de chantajearme.

— ¡Es una ramera disfrazada de hombre, teniente! Ninguna mujer decente haría algo así.

La furia me invade.

— ¡Modere su lenguaje, soldado!

Él sonríe con desprecio.

— ¿Respeto? ¿Para esa ramera?

Pierdo el control.

Le asesto un puñetazo que lo hace tambalear y caer.

— ¡Está expulsado! — le señalo. — ¡El Emperador no necesita hombres como usted!

Desde el suelo me mira con odio.

— ¡Veo que sí abrió las piernas para usted, teniente! ¿Qué diría el Emperador si supiera que su hombre de confianza fornica con una ramera que engañó a toda la tropa? ¡Solo quería saber si también lo haría conmigo!

Me preparo para golpearlo otra vez, pero ella me detiene.

— No merece la pena, teniente — dice con frialdad. — No me he abierto de piernas para él, miserable. Y aunque lo hubiera hecho, cosa que no es asunto suyo, jamás lo haría para usted.

— ¡Entonces confiesa que es una ramera!

Intento golpearlo de nuevo, pero ella vuelve a sujetarme y se coloca delante de mí.

— Lo que soy o dejo de ser no le incumbe — dice con voz baja y firme. — Y no me importa la opinión de un canalla como usted.

Cabral alza la mano para golpearla.

La aparto y le sujeto la muñeca con fuerza. Con la otra mano lo agarro del cuello del uniforme y acerco mi rostro al suyo.

— Es la última vez que se le acerca — susurro entre dientes. — No importa quién sea o cómo haya llegado aquí. Es una mujer, y será respetada. Ningún hombre de mi regimiento la tocará.

Lo arrastro de regreso al campamento. Ella nos sigue, con la barretina en mis manos. Ya no hay forma de ocultar la verdad.

Nuestros ojos se encuentran.

— Gracias — murmura.

Veo el miedo en su mirada por lo que está por venir.

— No se preocupe, señorita. Estará segura con nosotros. Tiene mi palabra.

Asiente.

Aparto la mirada para que no vea lo que arde en la mía: el deseo de protegerla, de envolverla en mis brazos y asegurarle que todo estará bien.

Regresamos en silencio al campamento.

Y no puedo evitar preguntarme cómo reaccionarán los hombres cuando descubran que entre nosotros cabalga una mujer tan hermosa como audaz.

Respiro hondo.

Y por primera vez en todas las veces que he hecho este trayecto, me parece el más largo de todos.



Mi corazón retumba en el pecho y trato de no demostrar lo nerviosa que estoy por lo que está a punto de suceder. No temo por mi seguridad, porque sé que, pese al comportamiento odioso del soldado Cabral, no correré peligro entre los demás hombres del pelotón. El motivo de esa certeza camina a mi lado con pasos firmes… y nunca me ha parecido tan hermoso.

— Cecilia — murmuro para que el soldado no me oiga.

El teniente me mira y frunce el ceño, como si no hubiera entendido.

Respiro hondo.

— Mi nombre es Cecilia, teniente.

Él sonríe y asiente.

— Sí, ahora tu nombre encaja contigo.

Esa pequeña sonrisa transforma por completo sus facciones severas, volviéndolo aún más atractivo.

Desvío la mirada. Dios… por poco no me lancé a sus brazos cuando lo vi llegar. El alivio de saber que estaría a salvo con él disipó el miedo que intentaba paralizarme, por mucho que tratara de disimularlo.

— ¿Qué va a hacer? — susurro para que el soldado que camina delante no nos oiga.

— Decir la verdad, señorita.

— Cecilia.

Asiente.

— Cecilia. — Esboza otra media sonrisa. — No se preocupe, estará a salvo con nosotros. — Dirigiéndose al soldado, añade: — No todos los hombres son inescrupulosos y cobardes.

— No estoy preocupada por mí, teniente.

Me mira en silencio. Respiro hondo y confieso:

— Temo perjudicarlo. Que lo responsabilicen por mi presencia en su regimiento.

Él sonríe. Esta vez una sonrisa completa, y me descubro conteniendo la respiración ante tanta belleza. Aparto la vista.

— Fui engañado por usted, señorita. Yo… y otros treinta hombres durante más de diez días. Así que — se encoge de hombros — no tengo culpa alguna.

Nuestros ojos se encuentran y, esta vez, no logro contener la sonrisa que se dibuja en mi rostro y me calienta el corazón.



Mantengo la cabeza erguida ante la mirada atónita de toda la tropa. No miro al teniente mientras explica lo sucedido y el motivo de la expulsión del soldado Cabral.

Superado el impacto inicial, los soldados sueltan maldiciones contra el comportamiento de Cabral, que permanecerá con la tropa hasta Río de Janeiro, pero bajo estricta vigilancia.

Miro a los hombres frente a mí y, por primera vez, me siento libre. Completamente libre. La sensación es tan buena que no puedo evitar pensar que, después de todo, lo ocurrido ha sido algo positivo.

— ¿Cómo consiguió cabalgar todos estos días, señorita? — pregunta uno. — Yo apenas podía mantenerme en la silla.

Los demás se burlan de él entre risas.

— Me preparé para este recorrido — respondo —, y disparo tan bien como cualquiera de ustedes. No se preocupen, no seré un estorbo.

— Creo que es más fácil que nosotros seamos un estorbo para usted. Cabalga mejor que casi todos.

Todos sonríen y dejo escapar el aire, aliviada.

Ya en el campamento, el teniente llama a los hombres. Algunos estaban acostados y se levantan con quejas.

— Tengo un anuncio que hacer, soldados.

A medida que se acercan y me ven iluminada por el fuego, con el cabello descubierto, sus rostros se llenan de asombro y los murmullos crecen hasta que todos los ojos están fijos en mí.

— ¿Qué significa esto, teniente? — pregunta uno.

Oigo cómo él toma aire antes de hablar con firmeza:

— Esta es la señorita Cecilia. Se alistó como el soldado Moreira con el propósito de llegar a Río de Janeiro en seguridad.

— ¿El señorita Cecilia? ¿Lo sabía usted, teniente?

— Lo descubrí hace unos días — confiesa — y consideré prudente mantenerlo en secreto para evitar problemas mayores.

— Señorita, ¿nos engañó todo este tiempo? ¿Cómo?

— No era mi intención mentir. Pero no encontré otra manera de llegar a mi destino con seguridad. — Los miro a todos. — No soy un hombre, pero me comporté como un soldado preparado para este trayecto y para defenderme o defender a la tropa si fuese necesario. No soy frágil ni indefensa por ser mujer.

— ¿Qué ocurrió, teniente? — pregunta otro, mirando a Cabral, que permanece cabizbajo.

— Está herido — dice alguien. — ¿Fue usted quien lo golpeó, teniente?

Antes de que él responda, intervengo con voz firme:

— Fui yo.

Un murmullo recorre el grupo.

— ¿Usted?

— Sí.

— ¿Qué hizo para que le rompiera la nariz?

— Descubrió la identidad de la señorita — explica el teniente — e intentó chantajearla.

— Debido a su conducta, será expulsado al llegar a Río de Janeiro — continúa. — Espero que todos respeten a la señorita Cecilia. Está bajo la protección de la Guardia Nacional. Cualquiera que intente dañarla será expulsado inmediatamente.

— No se preocupe, teniente. Estará segura con nosotros.

Comienzan a dispersarse.

— ¿Soldados? — los llamo.

Se detienen.

— Quiero disculparme por haberles mentido. — Miro al teniente. — Especialmente a usted. Necesitaba llegar a Río con seguridad y no encontré otra forma. No fue mi intención causar problemas. — Miro a Cabral. — Y nada ha cambiado. Sigo siendo el mismo soldado Moreira.

— No exactamente, señorita — dice uno con humor. — Usted es mucho más guapa que él.

Ruedo los ojos y todos ríen antes de retirarse.

Me vuelvo hacia el teniente.

— Gracias — murmuro.

Asiente y, cuando voy a alejarme, me llama:

— ¿Señorita?

Me vuelvo.

— La próxima vez que decida bañarse, avíseme. Así evitará terminar envuelta en problemas.

Decido provocarlo.

— Teniente… creo que ya he demostrado que sé salir de los problemas.

— Es cierto. Pero no antes de crear unos cuantos más. — Sonríe levemente y saluda con una reverencia militar. — Buenas noches, soldado.

— Buenas noches.

Se aleja y voy hacia mi manta. Por primera vez desde que me uní a la caballería, puedo dormir sin miedo a ser descubierta.

Me tumbo y no puedo evitar pensar que, pese a todos los obstáculos, llegaré a mi destino sana y salva y, si Dios lo permite, pronto seré dueña de mis decisiones y de mi propio destino.

Suspiro satisfecha y me vuelvo hacia el fuego, que ilumina los ojos atentos del hombre que, por primera vez en mi vida, me miró con respeto… y algo más que no sé nombrar, pero que calienta mi corazón.

Nos miramos a distancia hasta que el cansancio de todos los días anteriores finalmente me vence y, sintiéndome segura como hacía mucho no me sentía, dejo que el sueño me envuelva.

Capítulo XI

Pedro

Me esfuerzo por contener la irritación que intenta dominarme. Estoy irascible, y sé perfectamente el motivo: Cecilia.

Cecilia y sus sonrisas abiertas.

Cecilia y su dulzura con todo el regimiento, que intenta desesperadamente llamar su atención.

El sonido de su risa rompe el estruendo de los cascos de los caballos, y yo intento, por milésima vez, no mirarla… y por milésima vez, fracaso miserablemente.

Ella sigue exactamente igual. Su uniforme, su cabello y su postura no han cambiado. Pero la actitud de todos los soldados con ella me está sacando de quicio.

La están tratando como a una mujer indefensa, aunque ella insista con firmeza en que la traten como siempre fue.

Cuando nos detenemos para comer, dos soldados se apresuran hacia su montura para ofrecerle ayuda para desmontar. Ella agradece la cortesía, pero la rechaza de inmediato, bajando del caballo con más agilidad que la mayoría de los hombres.

Rechaza que le traigan la comida. Esquiva a los soldados que intentan involucrarla en conversaciones sobre la provincia de donde proviene.

Y hace todo eso con una sonrisa, dejando a todos los hombres de la tropa fascinados.

El guía nos avisa de que acamparemos pronto. Nuestra última noche antes de llegar al destino.

Suelto un suspiro cuando me doy cuenta de que, en breve, ella tomará su propio rumbo y difícilmente nuestros caminos volverán a cruzarse. La idea de no verla y no saber nada más de su paradero me deja intranquilo.

Llegamos a la explanada donde pernoctaremos. Reconozco el lugar y sé que el río pasa cerca.

Todos desmontan y buscan el mejor sitio para pasar la noche. Como ha venido ocurriendo últimamente, algunos soldados se acercan para ofrecer ayuda a Cecilia. Ella la rechaza, pero no sin antes agradecer con amabilidad.

La observo cuidar de su montura con destreza, retirando la silla y el alforja. Su mirada está distante cuando toma la manta. Veo cómo respira hondo mientras la dobla y me pregunto qué no daría por saber qué pasa por su cabeza.

Solo después de que toda la tropa se acomoda, se acerca hacia donde estoy.

Mis ojos se clavan en los suyos mientras camina decidida en mi dirección. Veo por primera vez algo parecido al pudor brillando en el verde de sus iris.

Intrigado, me apoyo en el tronco donde he atado mi caballo y espero.

— Buenas noches, teniente.

— Buenas noches.

Se retuerce las manos y realmente parece nerviosa.

— Quisiera pedirle un favor.

Alzo una ceja y aguardo.

— He sabido que mañana llegaremos a Río de Janeiro.

— Sí, es lo previsto.

Respira hondo y sostiene mi mirada.

— Pensaba separarme de la tropa antes de entrar en la ciudad, para cambiarme.

— ¿Cambiarse?

— No puedo llegar vestida de soldado. Sería muy complicado de explicar.

— Entiendo.

— Pero ahora que todos saben quién soy, ya no será necesario evadirme antes de tiempo, como había planeado.

— ¿Y qué desea exactamente de mí, señorita?

— Que me acompañe al río para que pueda bañarme y cambiarme antes de llegar a la provincia — dice de una sola vez.

Sorprendido y con el corazón acelerado ante la petición inusitada, clavo mis ojos en los suyos.

— Sé que me dará la privacidad necesaria para que pueda asearme con seguridad. — Desvía la mirada hacia la tropa. — Ahora que saben que soy mujer, será más difícil escabullirme sin que lo noten. Son muy amables y atentos y, bueno… no sé exactamente qué ocurriría si me vieran…

La imagen se forma en mi mente antes incluso de que termine la frase.

Ella desnuda, en medio del río, su cabello envolviéndola como un manto sedoso.

Me pongo en pie e intento disimular lo que esa imagen provoca en mi cuerpo. Y solo de pensar que alguno de los hombres pudiera verla así, una oleada de furia y calor me recorre.

Jamás lo permitiré.

— ¿Teniente? — me llama, devolviéndome a la realidad.

— Disculpe.

Me aclaro la garganta para recomponerme. Sin embargo, mi voz suena ronca cuando le hablo.

— ¿Puedo contar con su ayuda?

— Sí. Puede.

— ¿Le importa que recorra los últimos kilómetros vestida como…?

— Mujer — completo, intentando sonreír, aunque la imagen aún me perturba.

— Sí, como mujer. Facilitaría mucho las cosas al llegar a la ciudad y no tendría que esconderme hasta poder cambiarme.

— Lo comprendo. — Me paso la mano por el rostro y vuelvo a mirarla. — Puede hacerlo, señorita. No veo inconveniente alguno en que una mujer sea escoltada por una tropa de caballería. Y no se preocupe, mis hombres no la expondrán.

Una expresión de irritación cruza mi rostro al pensar en el impacto que causará cuando se presente tal y como es, sin disfraces.

— Excelente — dice con una sonrisa. — He traído un traje de montar que no dificultará mis movimientos sobre el caballo. Le esperaré al amanecer para que me acompañe hasta el río.

Asiento.

— ¿Teniente?

Levanto la vista.

— No sé si ya le he agradecido por no haberme expuesto cuando descubrió quién era y por haber intentado proteger mi identidad ante sus hombres. Fue muy amable por su parte.

— No tiene nada que agradecer. La esperaré al amanecer, señorita.

Me mira. Atentamente.

Por un momento me descubro pensando en cómo sería besarla. Soltar su cabello y hundir mis dedos en él, atrayéndola hacia mi boca. Imagino sus labios abriéndose para recibir los míos, mi lengua acariciando la suya sin prisa hasta arrancarle un gemido desde el fondo de la garganta.

No sé exactamente qué ocurre, pero veo el rubor teñir sus mejillas y, enseguida, desvía la mirada.

Se despide con un "buenas noches" susurrado y, cuando la veo regresar a su lugar, me pregunto si sintió el mismo deseo desesperado que yo sentí.

Maldigo en voz baja e intento apartar mis pensamientos de ella.

Pero, algún tiempo después, cuando me tiendo al otro lado del campamento, siento incluso a la distancia la intensidad de su mirada.

Y me descubro deseando desesperadamente que la noche pase rápido.

Y los motivos no son nada nobles, constato, algo confundido por la maraña de sentimientos que intentan engullirme como la oscuridad de la noche que nos rodea.



Capítulo XII

Cecília

La noche finalmente está llegando a su fin. Aún faltan algunas horas para que la luz del sol inunde todos los rincones. Aprovecharé la penumbra para bañarme y cambiarme. Miro hacia el lugar donde él durmió y lo encuentro vacío.

Sé que debe de estar esperándome más adelante, y no puedo evitar ponerme nerviosa después de la noche más confusa de mi vida.

La oscuridad nos protegió, pero sentí durante toda la noche sus ojos posados en mí. Del mismo modo que mantuve los míos sobre él. No sé muy bien por qué mi corazón latía con tanta fuerza antes de despedirnos, pero lo cierto es que su mirada hambrienta pobló todos mis pensamientos, dejándome por primera vez ansiosa por algo que siempre creí no desear: ser besada intensamente.

A diferencia de otras muchachas, sé bien lo que ocurre entre un hombre y una mujer. El hecho de haber tenido acceso a los libros me ayudó a descubrir cosas que quizá nunca habría sabido, ya que mi madre falleció antes de que pudiéramos hablar sobre la intimidad de una pareja.

Fue deseo lo que vi en los ojos del teniente. Y fue deseo lo que sentí por él. Ese latido acelerado del corazón, el calor que inunda el cuerpo y la desesperada necesidad de tocarlo y ser tocada se apoderaron de mí con una fuerza que me sorprendió y me despertó el anhelo de descubrir cómo sería ser besada por un hombre como él.

Dejo escapar un suspiro e intento contener los pensamientos que se atropellan dentro de mí.

Me pongo en pie en silencio y tomo mi alforja. Antes de comenzar el viaje, Jonas se escabulló para entregármela con un vestido de montar y un par de zapatos. No podría presentarme en casa de mi tía vestida como un soldado. Sería demasiado arriesgado. La carta de ella, guardada en el fondo de la bolsa, me arranca una sonrisa.

Mi tía siempre fue una mujer adelantada a su tiempo, y mi madre solía decir que nunca le importó si la sociedad la condenaba o no. Luchó por estudiar y por ser independiente, y lo consiguió. Yo seguiré sus pasos.

Salgo del campamento en dirección al río. Y lo veo apoyado contra un árbol.

— Buenos días, teniente.

— Señorita — responde, sin mirarme a los ojos.

Extiende el brazo y señala la dirección del río.

— Puede ir por allí. Me quedaré aquí. — Y al alzar la vista para encontrarse con la mía, añade: — Si necesita ayuda, solo tiene que llamarme.

Sujetando la alforja con ambas manos, asiento. Paso junto a él y mi corazón, tonto, se acelera, como si mariposas se agitaran en mi estómago.

Sintiéndome una necia, apresuro el paso. Muy pronto nos separaremos definitivamente y todas estas emociones que me confunden quedarán atrás y serán olvidadas.

Capítulo XIII

Pedro

Intento desesperadamente no pensar en lo que está ocurriendo a unos pocos pasos de mí, pero es inútil. La imagen de ella se ha quedado grabada en mis ojos y no consigo apartarla de mi mente.

No sé con certeza cuánto tiempo ha pasado. La claridad del día naciente ahuyenta las sombras y estoy a punto de ir a su encuentro cuando ella se aproxima. El impacto de su belleza, ahora totalmente expuesta, me deja desorientado. El atuendo de montar — una especie de falda que cae hasta los tobillos, pero que en realidad es un pantalón — la hace profundamente femenina. Sus pechos, libres de la venda, llaman la atención bajo la blusa ajustada de mangas largas. El cabello sigue recogido, pero ahora el peinado es suave, dejando el cuello al descubierto y algunos mechones sueltos enmarcando su rostro.

— Perdóneme la demora, teniente — dice ella, con la voz ronca, devolviéndome a la realidad.

Me aclaro la garganta y asiento. Ella se acerca y continúa:

— Después de tantos días vistiéndome como un soldado, he perdido la destreza para ponerme ropa femenina. — Rueda los ojos y sonríe. — Son demasiados botones que abrochar y lazos que atar.

Una vez más, mis recuerdos me golpean.

— ¿Ocurre algo? — pregunta, al notar que no he dicho una palabra desde que llegó.

— No — respondo con voz ronca y me recompongo. — Y no se ha demorado tanto. El día acaba de nacer.

Ella mira el cielo, ya claro, y suspira antes de decir:

— Echaré de menos dormir al aire libre.

— Pero, hasta donde sé, apenas has dormido estos últimos días.

Alza una ceja, divertida.

— ¿Ha estado espiándome, teniente?

No consigo mantenerme serio. Con una sonrisa, respondo en voz baja:

— Fue inevitable.

Da un paso hacia mí, quedando tan cerca que las pequeñas pecas casi imperceptibles que adornan su rostro se vuelven visibles.

— Me alegra saber que he llamado su atención.

— ¿De veras?

Asiente y da un paso más.

— ¿Me haría un último favor, teniente?

No logro apartar la mirada de su rostro perfecto y de su boca tentadora. Sonríe con atrevimiento, como si supiera cuánto me ha impactado su transformación, haciéndome sentir un necio.

Respiro hondo. Grave error. Su aroma invade mis sentidos.

— ¿Un favor?

Asiente y su voz es apenas un susurro cuando responde:

— ¿Podría mostrarme cómo es besar a un hombre?

La miro, perplejo. De todos los pedidos posibles, este jamás se me pasó por la cabeza.

— ¿Cómo?

Me observa atentamente. Un rubor le tiñe el rostro.

— Un beso. Quisiera un beso, teniente.

— Pero…

— Siempre supe que no me casaría. Y eso no cambiará. Para vivir de forma honrosa, renunciaré a los romances. — Inspira hondo. — Cuando llegue a Río de Janeiro, no podré volver a exponerme; necesito respetabilidad para alcanzar mi objetivo. Y las mujeres que eligen vivir solteras pagan un precio si dejan que la lujuria hable más alto. No correré ese riesgo. Así que tal vez esta sea la única oportunidad de experimentar y entender por qué se han escrito tantas historias de amor por un solo beso.

Me preparo para decir que su petición es una completa locura.

— Señorita…

Ella me interrumpe:

— Cecilia. Mi nombre es Cecilia. Y sé que puede hacerlo y que desea besarme, teniente. — Da otro paso y nuestros cuerpos quedan casi pegados. Su respiración roza mi rostro. — Lo vi en sus ojos, anoche. — Mira mi boca y no logro contenerme cuando sussurra: — Solo un beso. Es todo lo que pido.

Y entonces pierdo la batalla contra mi cuerpo hambriento. Extiendo el brazo y acaricio su mejilla con el pulgar, sonrosada y temblorosa.

— Un beso — murmuro.

Asiente.

Doy el último paso, acercándome a su cuerpo, levanto la otra mano y acuno su rostro perfecto entre ambas.

— Su petición es una orden, señorita.

Ella sonríe, y yo también. Entonces, lentamente, dándole tiempo a desistir si así lo desea, rozo mis labios con los suyos. Apenas un contacto. Me aparto para mirarla a los ojos. Algo brilla con fiereza en

el verde de su mirada y vuelvo a tomar su boca en un beso profundo.

Muerdo su labio y ella gime, sorprendida, pero no se aparta. Paso la lengua por su labio inferior, pidiendo permiso, enseñándole cómo hacerlo.

Abre la boca y, por fin, pruebo la dulzura de sus labios. Inclino su cabeza para encajar mejor nuestras bocas, deslizo una mano desde su rostro hasta la nuca y la otra baja hacia su cintura, atrayéndola. Sé que notará mi erección y temo que se ofenda, pero me recibe con entusiasmo. Entre deseo y curiosidad, siento sus dedos enredarse en mi cabello antes de que lleve su lengua a mi boca, tal como hice con ella.

Gemimos al unísono. Nuestras lenguas se enfrentan en una danza intensa mientras nuestras manos nos atraen con desesperación.

Es un beso intenso y dulce a la vez. Cecilia no se intimida y reproduce cada uno de mis movimientos. Y cuando, jadeante, aparto mis labios para mirarla a los ojos, me doy cuenta de que jamás olvidaré este beso ni a esta mujer, que floreció entre mis brazos, dándome una pequeña muestra del placer que podríamos haber compartido si fuera mía.

Inspira hondo y alza la mirada hacia la mía, nublada por un deseo arrollador.

— Gracias, teniente.

El susurro ronco me devuelve a la realidad. Doy un paso atrás y luego otro. A una distancia segura, la miro y murmuro:

— No hay de qué, señorita.

Ella alisa la falda y se lleva la mano al cabello para comprobar que sigue recogido tras el ímpetu con que sostuve su cabeza.

— Creo que deberíamos irnos. Los soldados ya deben de haberse dado cuenta de nuestra ausencia.

Asiento y le indico con la mano que pase delante. Luego me paso las manos por el rostro y el cabello, intentando recuperar el control.

La veo llenar el pecho de aire y tensar las manos a los lados del cuerpo; el impulso de atraerla de nuevo a mis brazos casi me vence.

Niego con la cabeza para ahuyentar esa idea. En unas horas me despediré y ella será solo un recuerdo.

Confundido por el torbellino de sentimientos que se instala en mi pecho, me preparo para el impacto que su belleza causará en la tropa.

A pocos pasos del campamento, se detiene y me mira.

— ¿Lista? — pregunto.

Asiente, inspira hondo y alza la cabeza, como quien sabe que, a partir de ahora, sin el disfraz que la protegía, estará por su cuenta y riesgo.

Sacudo la cabeza para apartar el recuerdo del beso.

En unas horas llegaremos por fin a nuestro destino; ella seguirá su camino y yo el mío. Eso debería traerme alivio por librarme de la responsabilidad de tenerla entre la tropa, pero, de algún modo, lo único que deseo es que las próximas horas pasen lentamente.

Capítulo XIV

Cecília

Si no estuviera tan nerviosa por lo que me espera en Río de Janeiro, encontraría cómica la expresión de los hombres de la tropa al posar los ojos en mí.

Es sorprendente cómo una simple vestimenta puede modificar la forma en que las personas nos perciben. Como si nuestro valor — o la falta de él — estuviera ligado a la ropa que llevamos. Veo el cambio en el comportamiento de los hombres al mirarme e incluso al dirigirse a mí. Y resulta realmente asombroso, ya que todos sabían desde antes que yo era una mujer.

Otro soldado más se acerca y me esfuerzo por no suspirar de disgusto al darme cuenta de que probablemente repetirá la oferta que otros ya han hecho:

— ¿Señorita?

Fuerzo una sonrisa y me vuelvo hacia él.

— ¿Sí?

Retuerce la gorra entre las manos.

— Me gustaría ofrecer mis servicios a la señorita cuando lleguemos a Río de Janeiro.

Alzo una ceja, cuestionando su ofrecimiento. Se aclara la garganta y explica:

— Sé que una dama como usted quedará vulnerable en una ciudad como Río de Janeiro y quisiera que supiera que puede contar con mi ayuda para mantenerla a salvo.

Frunzo los labios y sé que no logro ocultar mi desagrado cuando respondo:

— Le agradezco su amable ofrecimiento, soldado, pero no será necesario. Como ha podido comprobar, sé muy bien cómo cuidarme. Lo he hecho durante los últimos veinte días.

Él no se rinde.

— Perdone mi atrevimiento, pero es diferente, señorita.

Cruzo los brazos sobre el pecho. La irritación empieza a dominarme. ¿Por qué los hombres siempre creen que necesitamos protección?

— No veo en qué sería diferente.

Sonríe como si mi objeción fuera una insensatez.

— Vamos, señorita, es evidente que no conoce mucho el mundo. Ha estado segura hasta ahora porque iba con una tropa de soldados. En la ciudad no será así. Necesitará protección.

— Disculpe, soldado, pero tengo que disentir — suspiro, dejando ver toda mi impaciencia. — Sé defenderme muy bien, o no me habría infiltrado en un grupo de hombres que lleva días recorriendo caminos y senderos en plena selva.

— Señorita, perdone el atrevimiento, pero está siendo muy ingenua — sonríe con insolencia. — El hecho de que haya estado segura se debe precisamente a que iba con la tropa. En Río de Janeiro necesitará contar con un… protector.

Estupefacta, lo miro. Inspiro hondo e intento no exaltarme y mantener la voz bajo control.

— Le agradezco una vez más su preocupación, pero declino la oferta.

Da un paso más hacia mí.

— Creo que cambiará de opinión cuando lleguemos a nuestro destino — su mirada recorre mi cuerpo con descaro.

Cuando voy a responder, la voz grave del teniente nos interrumpe:

— ¿Qué está pasando aquí?

Incluso de espaldas, percibo su irritación.

— Nada, teniente — responde el soldado. — Solo estábamos conversando.

El teniente lo ignora.

— Señorita, ¿qué está ocurriendo aquí?

Me vuelvo para mirarlo y no puedo evitar notar lo atractivo que resulta cuando está enfadado.

— No ha sido nada grave, teniente — respondo, sosteniendo su mirada. — Su soldado solo me estaba ofreciendo… protección.

Cierra las manos en puños y casi sonrío al pensar que, de poder hacerlo, le daría un puñetazo al insolente.

— La señorita ya ha demostrado que sabe defenderse, soldado — dice con un gruñido contenido.

— Pero no se sentirá tan segura cuando esté por su cuenta y riesgo. ¿No le parece, teniente?

— Eso no nos concierne — responde con brusquedad. — Si la dama necesita protección, ella misma sabrá buscarla.

— Sí, señor, teniente. Disculpe la molestia, señorita — se coloca la gorra y, tras saludar, se retira dejándonos a solas.

— Los hombres… — resoplo irritada.

— En cierto modo, él tiene razón, señorita.

Alzo una ceja.

— Río de Janeiro está plagado de malhechores y de hombres sin honor, que no acostumbran a respetar la voluntad de una mujer soltera — clava los ojos en los míos —, pero imagino que usted ya lo sabe.

— Sí, lo sé — me irguo —, pero también sé que puedo defenderme. Y no estaré sola.

— Difícilmente una mujer podrá proteger a otra con eficacia, muchacha.

— Mi tía no es una mujer cualquiera. Ha logrado vivir sola y ser respetada durante toda su vida. Aprenderé de ella.

Cruza los brazos y su expresión se vuelve divertida cuando provoca:

— Me imagino lo peligrosas que serán usted y su tía juntas.

— Somos inofensivas, teniente — replico, alzando una ceja. — Siempre que no nos molesten.

Cuando va a replicar, el guía se acerca y avisa de que podemos reanudar la marcha.

Cuando volvemos a quedarnos a solas, nuestras miradas se encuentran y, por la forma en que me observa, percibo que él también está afectado por nuestra inminente separación.

Y cuando nuestras miradas se separan, se aleja con un leve gesto de despedida, y siento cómo mi tonto corazón se encoge por la pérdida de algo que ni siquiera sé nombrar.

Capítulo XV

Pedro

Mis manos se deslizan con destreza por el pelaje lustroso de Tempestad mientras intento no pensar en ella. Dejo escapar un suspiro irritado. Así ha sido durante el último mes. En realidad, desde que llegamos a Río de Janeiro deambulo por la ciudad sin conseguir concentrarme en nada y lucho contra el deseo de ir a su encuentro.

Sigo cepillando a mi caballo en un intento inútil de distraerme. Sé que no servirá de nada.

Cuando llegamos a la ciudad, ella pidió de forma discreta al guía que nos acompañaba que la ayudara a localizar la dirección de su tía, en una hacienda del interior. Él accedió de inmediato y, en cuanto nos dirigimos al alojamiento donde se quedaría la tropa, ella me buscó para agradecerme y pedirme autorización para despedirse de los hombres.

La despedida de la tropa fue breve, ya que se empeñó en no hablar de su destino ni del motivo que la había llevado a Río de Janeiro, y luego desapareció entre las calles concurridas de la ciudad tras pedirme que diera de baja en los papeles de alistamiento de Jonas.

Y aunque se negó a darme cualquier información sobre su paradero, sé exactamente adónde fue, porque busqué al guía después de que la dejara en la dirección indicada y le sonsaqué información. Intenté convencerme de que lo hacía para quedarme tranquilo, sabiendo que había llegado sana y salva a su destino, pero la verdad es que no fui capaz de dejar que siguiera su camino sin saber dónde estaba. Y ahora me descubro luchando contra el deseo de buscarla.

— ¡Pedro, aquí estás!

Levanto la vista y me encuentro con mi amigo Bernardo, apoyado de forma despreocupada en la puerta del establo público donde suelo dejar a mi caballo cuando no estoy de servicio.

— Bernardo, ¿ya has vuelto? — pregunto con una sonrisa, cuando se acerca con su habitual expresión indescifrable.

— Sí, llegué ayer con la tropa.

Asiento y, acariciando el hocico de Tempestad, pregunto:

— ¿Cómo fue el reclutamiento?

Suspira y se aproxima.

— No fue como esperaba. — Se rasca la barbilla. — En realidad, creo que estoy cansándome de tanto ir y venir, amigo mío.

Alzo una ceja.

— ¿Tú? ¿Cansado de servir al Imperio?

Suspira.

— No. Estoy cansado de no tener un lugar donde echar raíces.

Extrañado por su discurso, lo observo. De todos los soldados, Bernardo siempre fue el más entusiasta de la vida militar. Médico de formación, eligió la carrera castrense porque disfrutaba de la vida nómada. Sin embargo, cambia de tema de forma abrupta y, con la sonrisa habitual que lo caracteriza, cruza los brazos sobre el pecho.

— He oído que, en la última tropa reclutada, tuviste a un integrante bastante… peculiar. — Alza una ceja.

Maldita sea. Desde que llegamos he intentado mantener en silencio a los hombres que formaron parte de la tropa. Les ordené que no hicieran comentarios sobre Cecilia para no exponer a la dama, y la mayoría estuvo de acuerdo, pero alguien se ha empeñado en difundir rumores sobre lo ocurrido.

— ¿De quién oíste eso?

— ¿Entonces es verdad?

— Tal vez.

— ¿Y es tan bonita como dicen?

Dejo de hacer lo que estaba haciendo y lo miro.

— No me parece correcto que hablen de la joven de esa manera. — Le señalo. — Y tú, como soldado, no deberías dar pábulo a ese tipo de conversaciones.

— Entonces es realmente cierto — dice, y su sonrisa se ensancha —, y también debe de ser verdad que la protegiste con uñas y dientes de los avances de los hombres.

Suelto un suspiro.

— ¿A dónde quieres llegar con esta conversación, Bernardo?

— Tranquilo, amigo mío. — Levanta las manos en señal de rendición. — Solo tenía curiosidad por saber cómo una pobre muchacha consiguió engañarte durante días y además logró que la perdonaras por haberte hecho quedar como un necio.

— Ella no me dejó en ridículo — replico, algo irritado. — Comprendí sus razones para actuar como lo hizo.

— ¿Y cuáles fueron? — provoca.

— No te concierne. Hizo lo que hizo para mantener el anonimato. A mí solo me corresponde respetar su voluntad.

— Me quedé muy sorprendido con la hazaña de esa mujer, Pedro. — Sus ojos brillan de curiosidad. — Debe de ser alguien muy valiente y decidida para arriesgarse de ese modo. No debió de ser fácil convivir durante días entre un grupo de hombres sin que su

disfraz fuera descubierto de inmediato. ¿No podrías hacer una excepción y contarle a tu amigo quién es esa audaz dama? — Sonríe. — Tal vez sea la mujer singular que tanto busco para, por fin, sentar cabeza.

Sé que Bernardo solo intenta provocarme, ya que su fama de soltero empedernido es bien conocida en la ciudad, pero saber que la historia de Cecilia ha despertado su interés me inquieta aún más, pues otros hombres deben de estar en este mismo momento tratando de descubrir su identidad.

— La mujer que te pondrá riendas no existe, querido amigo. — Doy una palmada en la grupa de Tempestad y cambio de tema. — Pero ¿por qué dijiste que tu último reclutamiento no fue bueno? ¿Qué ocurrió?

— Nada grave. Simplemente no sentí la euforia habitual al formar un nuevo batallón y, por primera vez, el trabajo me pareció monótono y desagradable. — Se apoya en la pared y cruza los brazos. — Incluso llegué a echar de menos la calma de mi rutina como médico antes de convertirme en oficial.

— Si no te conociera bien, diría que hay otro motivo para querer quedarte de forma permanente aquí, en Río de Janeiro, amigo mío.

Aparta la mirada.

— Creo que me estoy haciendo mayor para esta vida errante.

— ¿Mayor con veintiocho años?

Un carraspeo hace que ambos miremos hacia la entrada del establo.

De pie, frente a nosotros, está la mujer que ha ocupado todos mis pensamientos. Bernardo la mira y veo de inmediato que sabe quién es. Sus ojos brillan de entusiasmo. Siento ganas de agarrarlo por el cuello.

— Teniente, ¿tiene un minuto?

Mi amigo me sonríe y se acerca a ella.

— Os dejaré a solas. — Hace una leve reverencia y dice con galanteria: — Es un placer conocerla por fin, señorita.

— ¿Sabe quién soy? — pregunta ella, curiosa.

Su sonrisa se ensancha.

— No se habla de otra cosa. La joven hermosa y misteriosa que logró engañar a nuestro teniente Pedro.

Ella se muerde el labio y alisa el vestido para desviar la atención, pero percibo claramente que se está divirtiendo.

— Veo que la hazaña fue sorprendente — dice por fin.

— No se imagina cuánto, señorita — responde él y se presenta. — Soy Bernardo. Si nuestro amigo no puede ayudarla, puede contar conmigo; estaré encantado de asistirla en lo que necesite.

— Encantada. — Le tiende la mano. — Cecilia.

Él toma su mano y se lleva los dedos a los labios para besarla con cortesía.

— El placer es todo mío, señorita.

Doy un paso al frente.

— ¿Podrías dejarnos a solas, Bernardo? — le pido sin mirarlo. — Nos vemos luego.

Él me mira con diversión.

— Sí, ya me voy. — Y volviendo sus claros ojos hacia ella, añade: — Espero que tengamos ocasión de volver a vernos, Cecilia.

Ella asiente y, cuando él se dispone a marcharse, le pide:

— Señor Bernardo, ¿podría avisar a mi amiga Gabriela para que me espere un momento? Dígale que he conseguido encontrar al teniente. — Él la mira, interrogante. — Está fuera, cuidando de nuestras monturas.

— No se preocupe. Avisaré a su amiga y me quedaré cerca para evitar problemas.

La sonrisa de ella es amplia, pero percibo el sarcasmo en su voz cuando dice:

— No se preocupe por eso. Gabriela sabe defenderse muy bien. Pero le agradezco la gentileza, de todos modos.

— No hay de qué, señorita — responde galante, y con un gesto se marcha, dejándonos a solas.

Mis ojos, como si tuvieran voluntad propia, recorren su rostro y su cuerpo y, una vez más, me veo golpeado por la fuerza de su belleza y por cuánto la he echado de menos. Intentando recuperar el control, pregunto:

— ¿A qué debo el honor de su visita, señorita?

— Sé que le causé trastornos, pero necesito su ayuda, teniente.

Algo en su forma de decirlo me pone en alerta. Cecilia no es una mujer que pida ayuda por cualquier nimiedad.

— ¿Qué ha ocurrido?

Toma aire y, mirándome de frente, responde:

— Mi padre me ha encontrado.

Espero a que continúe.

— Huí de él y de un matrimonio concertado — explica con rapidez. — Ahora sabe dónde estoy. — Da un paso hacia mí. — Necesito que me ayude a demostrar que he sido deshonrada, teniente.

— ¿Qué?

Da otro paso y ahora estamos muy cerca.

— Ha oído bien. Solo así mi prometido renunciará al matrimonio. — Inspira hondo. — Sé que ya le pedí un beso… ahora necesito pedirle que me quite la virginidad.



Capítulo XVI

Cecília

La mirada atónita del teniente me hace dudar por primera vez del plan que tracé para librarme de la persecución de mi padre y del hombre al que prometió mi mano.

Pero no tengo otra alternativa.

Cuando tomé la decisión de venir a Río de Janeiro, deseaba algo más que mi libertad y la realización de mi sueño. Quería, por encima de todo, huir de los abusos de mi padre y del compromiso que me impuso. Un hombre violento. Un cruel y despiadado dueño de esclavizados que, de algún modo, logró convencer a mi padre de entregarme como esposa.

De ese destino huí.

Llegué a salvo y, aunque la tropa descubrió que yo era una mujer, me aseguré de que ninguno de ellos conociera mi verdadera historia. Al fin y al cabo, viví aislada en la hacienda de mi padre durante toda mi vida. Por ser un hombre temido, no solíamos recibir visitas y, aunque se sabía que tenía una hija, nadie sabía nada de mí.

Mi tía me recibió con los brazos abiertos y, al conocerla, comprendí por qué mi padre jamás hablaba de ella. Es alguien completamente libre. Alguien que vive conforme a sus propias verdades. Que trabaja para mantenerse y que, sobre todo, no se incomoda con las convenciones que dictan las normas.

Fundó su propia escuela en una hacienda del Valle del Café y allí enseña a niños y niñas, sean blancos, negros o mestizos.

La hacienda está administrada por su gran amiga Eleonor, una viuda, y su hija Gabriela. Mi tía y Eleonor viven juntas y, aunque son discretas, sospecho que lo que las une es más que una amistad.

Ambas me recibieron con los brazos abiertos y nunca me había sentido tan feliz ni tan en paz. Doy clases y, por primera vez, tengo la sensación de pertenecer a un lugar. Hasta que recibí la carta de Jonas contándome que mi prometido y mi padre habían descubierto mi paradero y se preparaban para venir a buscarme.

Hablé largo y tendido con mi tía sobre mis opciones. Y llegamos a la conclusión de que la única manera de escapar de las garras de mi padre sería a través del matrimonio o de la deshonra que haría que mi prometido me repudiara. Y fue eso lo que me trajo hasta aquí. La tía Luiza cree que lo que le propondré al teniente será solo una farsa, pero yo sé que él no aceptará sostener una mentira, así que, del mismo modo en que le pedí un beso y él me complació, le pediré que me haga su mujer.

Aunque cree que la propuesta será solo un fingimiento, la tía Luiza y Eleonor piensan que me estoy precipitando y que debería esperar los próximos movimientos de mi padre antes de tomar una decisión. Pero saben que no lograrán hacerme cambiar de idea. El matrimonio está fuera de cuestión para mí. Jamás me casaré. Mi madre se convirtió con los años en una mujer triste y sin vida porque renunció a su sueño para casarse y cumplir los deseos de su familia. No cometeré el mismo error. Los hombres siempre quieren someter a las mujeres y jamás permitiré ser subyugada por ninguno. Así que solo me queda la deshonra. ¿Qué hombre aceptaría como esposa a alguien que ya no tiene pureza que ofrecer?

Y, tras mucha reflexión, llegué a la conclusión de que el único hombre que quizá me ayudaría a lograr mi propósito era el teniente.

Gabriela consideró mi idea una auténtica locura, pero se ofreció a acompañarme. Alegó que necesitaba verlo con sus propios ojos para asegurarse de que era digno de confianza. Y aquí estamos. Pero mientras él me mira como si yo fuera una desequilibrada, empiezo a preguntarme si elegirlo fue la decisión correcta.

— Es exactamente lo que ha oído, teniente — inspiro hondo y repito. — Quisiera saber si aceptaría acostarse conmigo y hacerme su mujer.

Me acerco un poco más. Su cabello está más largo y, sin el uniforme militar, parece mucho más joven y despreocupado. Un hombre hermoso que ahora me mira con una mezcla de furia y pasión. No retrocedo ante su mirada. Sin apartar los ojos de los suyos, continúo:

— No le estoy pidiendo matrimonio, teniente. Solo lo quiero en mi cama. Y cuanto antes.



Estoy tan aturdido y sorprendido que tardo unos instantes en comprender realmente la propuesta que esta desatinada me está haciendo.

— ¿Acaso se cayó del caballo y se golpeó la cabeza, señorita? — mi voz sale baja e irritada. — ¿O es así de descerebrada y yo no me había dado cuenta?

— ¡No sea estúpido, teniente!

— ¿Estúpido, yo? ¿Se oye a sí misma? — me paso la mano por el rostro para tranquilizarme. — ¿Cómo, en nombre de Dios, alguien puede ser tan insensata?

Ella alza la cabeza y sus ojos brillan de ira.

— ¡No soy una insensata! — replica en un tono bajo y furioso. — Sé lo que necesito y pensé que usted podría ayudarme. ¡Qué idiota fui!

— ¿Qué necesita? — murmuro, incrédulo.

Ella no se intimida. Alza aún más el mentón y confirma:

— Exactamente. Necesito a alguien que quiera acostarse conmigo sin fantasías románticas ni intereses ocultos. Quiero algo práctico y claro. Pensé que podía contar con su ayuda. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que todo hombre desea? ¿Una mujer para calentar su cama sin compromisos ni promesas?

Cuando me doy cuenta, estoy caminando hacia ella y sujetándole los hombros.

— No puede hablar en serio, ¿verdad?

— ¡Claro que sí! — responde. — Y lo busqué porque sé que usted podría satisfacer mi deseo y mantener la discreción, ya que es militar y difícilmente deshonraría un acuerdo o faltaría a su palabra.

La suelto y doy un paso atrás.

— ¡Dios mío, habla completamente en serio!

— Teniente, ¿cree que vendría a hacerle una propuesta así si no fuera seria? — alza una ceja. — Pensé que sería más listo. Jamás bromearía con algo así. ¡Estoy hablando de mi futuro!

— Usted es…

— ¿Cecilia, todo bien aquí?

Una joven vestida con pantalones masculinos, botas de cuero hasta las rodillas y con los ojos más azules que he visto jamás entra en el establo.

— Todo está bien, Gabriela — dice ella sin volverse hacia la muchacha y me presenta. — Este es el teniente Pedro.

La joven entra y me mira de arriba abajo, como si yo fuera una serpiente y ella necesitara saber si iba a atacar.

— Señorita — la saludo con educación.

— Gabriela. Me llamo Gabriela. — Se vuelve hacia su amiga. — Un idiota ahí fuera me aseguró que estarías a salvo con este, pero oí su voz alterada y decidí comprobarlo con mis propios ojos.

— Todo está bien, Gabriela.

Ella vuelve los ojos hacia mí y dice:

— Espero que sepa que Cecilia no está sola y que su rango no nos intimida. — Y, dirigiéndose de nuevo a su amiga, concluye: — Estaré fuera por si necesitas ayuda.

— Dios mío, una más loca que la otra — refunfuño.

Ella ni siquiera se inmuta. Cruza los brazos sobre el pecho.

— Entonces, teniente. ¿Cuál es su respuesta?

— Le digo que necesita un buen azote para que le entre el sentido común — suelto un suspiro irritado. — ¿En qué cabeza cabe algo así?

El rubor tiñe su rostro. La ira brilla en el verde de sus ojos.

— De verdad pensé que podía contar con su ayuda. Qué tonta fui. — Me da la espalda y se dirige hacia la puerta. — Que le vaya bien, teniente.

— Cecilia…

Se vuelve. Veo la desolación en su mirada y trato de no pensar en ello.

— Espero que no vaya por ahí haciendo esta propuesta descabellada. No todos los hombres son honorables ni sensatos.

El mentón vuelve a alzarse cuando replica:

— Espero que tenga razón. Y que el próximo al que le haga la propuesta no sea un mojigato lleno de escrúpulos. Que le vaya bien, teniente.

Y se marcha, dejándome completamente desorientado, como si hubiera recibido una potente coz. Bajo la cabeza y aprieto los puños, intentando desesperadamente calmarme.

No será tan loca como para ir haciendo esa propuesta por ahí, ¿verdad?

Perdido en un torbellino de pensamientos, oigo pasos y alzo la vista para encontrarme con un Bernardo tan aturdido como yo. Nervioso, lo miro. ¿Será que la loca también se lo propuso a él?

— ¿Bernardo? ¿Qué ocurre?

Aspira hondo.

— Esa mujer. ¿Quién es esa mujer, Pedro?

— ¿Cecilia?

— No, la otra.

— No la conozco. Gabriela, se llama. — Me acerco. — ¿Qué ocurre, Bernardo?

Levanta el rostro y parece realmente conmocionado.

— Es ella.

— ¿Ella?

— ¿Recuerdas, Pedro? La mujer que me salvó de ahogarme. Aquella de la que nadie creyó jamás que existiera de verdad.

— No puede ser.

— Eso mismo pensé. Pero sí, es ella. Existe. No fue una alucinación causada por la fiebre y la pérdida de conciencia.

— ¿Lo confirmó?

Niega con la cabeza.

— Me llamó idiota y otros nombres nada femeninos y me dijo que la dejara en paz.

— Creo que estás imaginando cosas, Bernardo.

— Nunca olvidé esos ojos. Ha pasado mucho tiempo, pero jamás la olvidé. Estaba allí. En el río. Desnuda. Y me salvó. Y ahora tiene un nombre. — Veo cómo aprieta la mandíbula. — Y por fin podré demostrar que no fue una alucinación. Durante años fui objeto de burla por culpa de esa maldita que me dejó desnudo y vulnerable después de salvarme de ahogarme. Me desacreditaron tanto que perdí la confianza en mí mismo. Llegué a pensar que había perdido la razón, Pedro.

— Lo recuerdo.

Guardamos silencio.

— ¿Y tu dama? ¿Qué quería?

— No es mi dama.

— Eso lo noté. Esas dos jamás serán de nadie. Basta mirarlas para darse cuenta de que son como caballos salvajes. Da igual cuántas veces intentes domarlos: siempre acabarás con el trasero en el suelo.

Suelto una carcajada ante la comparación.

Se acerca y me pone una mano en el hombro.

— Vamos a mi casa. Creo que no es demasiado temprano para tomar algo.

— Normalmente te llevaría la contraria, pero hoy no.

— La dama te dejó trastornado, amigo mío. ¿Qué demonios te dijo para que tengas esa cara de quien ha recibido una coz en las costillas?

— No voy a repetir lo que dijo porque no me creerías. Pero vamos a tomar esa bebida. Creo que la necesito.

Salimos del establo en dirección a la casa de Bernardo y, durante todo el camino, no dejo de pensar si Cecilia sería capaz de proponer semejante locura a otra persona, y la respuesta llega rápido: sería capaz de cualquier cosa para conseguir lo que desea.

Con el corazón acelerado, decido que no permitiré que cometa esa locura. Necesito encontrarla e intentar disuadirla de esa idea.

Y cuando cae la noche y estoy tumbado en mi cama, en la casa ya silenciosa tras retirarse los criados, empiezo a preguntarme si sería capaz de acceder a su petición.

Mi cuerpo se estremece con la idea de tenerla entre mis brazos, aunque mi conciencia afirme que eso jamás podrá suceder.

La duda es: ¿quién ganará?

¿Mi cuerpo hambriento o mi mente confusa?

Y ocurra lo que ocurra, sé que nunca volveré a ser el mismo después de haberme cruzado en el camino de esta mujer imprevisible y única.



Gabriela y yo estamos absortas en nuestros pensamientos. El silencio entre nosotras siempre es cómodo. Pero hoy, cada una a su manera, atraviesa un dilema enorme.

— ¿Crees que aceptará, Cecilia?

Suspiro.

— No lo sé. Ya han pasado tres días y aún no me ha buscado. Sé que necesita tiempo para asimilar todo lo que le propuse, pero creo que ya debería haber venido a verme, ¿no te parece? Aunque solo fuera para llamarme loca una vez más.

— Tienes razón. Tu teniente no parece ser un hombre paciente, después de todo. — Suspira. — ¿Y su amigo? Dios mío, ¿cuáles son las probabilidades de que ocurra algo así, Cecilia? Me llevó años dejar de ser atormentada por aquel rostro perfecto.

— ¿Rostro perfecto, Gabriela? — se me escapa una sonrisa.

— Un lapsus — replica con una mueca.

— Nunca me contaste los detalles de ese episodio.

— Creo que preferí olvidar aquel día. — Su mirada se pierde en la distancia. — No fue mi mejor momento, amiga mía.

Asiento y no insisto. Gabriela tiene sus secretos y, aunque nos hemos vuelto muy cercanas, ya la conozco lo suficiente como para saber que, cuando se sienta cómoda, hablará.

— Pero volviendo a tu teniente…

— No es mío, Gabriela.

— El pobre hombre parecía querer arrancarse el pelo. — El humor brilla en sus claros ojos. — Creo que nunca vi a nadie tan perplejo y asustado en mi vida.

— Creo que cometí un error terrible al soltarle mis planes sin suavizar la situación. — Suspiro y me muerdo el labio.

— ¿Suavizar la situación?

— Sí. Debería haber intentado seducirlo primero.

Su risa estalla con fuerza.

— Me imagino que, al menos, le habrías dado al pobre hombre motivos para revolverse por las noches por haberte rechazado, aun deseándote con desesperación.

— ¿De dónde sacas esas cosas?

— ¿Qué cosas?

— Que Pedro me desea desesperadamente — hago un gesto con la mano.

— ¿Pedro, eh?

Pongo los ojos en blanco. Ella sonríe aún más.

— Por la forma en que te miraba. Como si no supiera si debía agarrarte o darte una bofetada. — Me observa y dice con una sonrisa ladeada: — Ahí hay un hombre de pasiones intensas.

— Lees demasiadas novelas, Gabriela.

— Puede que sea ingenua para algunas cosas, pero sé reconocer el deseo en la mirada de un hombre cuando lo veo.

— ¿Y acaso viste ese mismo deseo en la mirada de Bernardo?

— No seas ridícula. Ese idiota solo quiere asegurarse de que no sufrió alucinaciones. Eso no tiene nada que ver con el deseo. Tiene que ver con confirmar su versión. Al fin y al cabo, dijo que fue acusado de insano y lunático por mi culpa.

Cuando voy a responderle, mi tía aparece con una expresión seria, algo poco habitual en ella, ya que suele estar siempre sonriendo.

— Cecilia, tienes visita.

Asustada, miro a Gabriela.

— Dice que se llama Pedro y que necesita hablar contigo un minuto. — Cruza los brazos sobre el pecho. — ¿Qué han estado tramando ustedes dos?

— Nada, tía — me levanto con el corazón acelerado.

— Ese Pedro… ¿por casualidad es tu teniente, Cecilia?

Gabriela sonríe. Yo pongo los ojos en blanco.

— No es mío, tía.

— No te hagas la tonta. — Se acerca. — ¿De verdad fuiste a buscarlo para hacerle aquella propuesta?

— Tía… — el rubor me sube a las mejillas. Le conté lo que estaba dispuesta a hacer para no casarme con aquel canalla.

— Cariño, sabes que no me corresponde reprocharte nada. Que eres dueña de tu vida y de tus decisiones y que jamás serás juzgada por tus actos. No aquí. — Extiende la mano y acaricia mi rostro. — Pero no tienes por qué tomar decisiones que no deseas por miedo a tu padre. Eleonor y yo jamás permitiremos que te saque de aquí. Jamás.

Asiento. Sé que me defenderían, pero no quiero ser yo quien provoque enfrentamientos con mi padre. Si mi prometido me repudia, no será culpa de nadie. Sí, es la mejor manera de librarme

de toda esta situación sin perjudicar a mi tía y a su compañera, mujeres a las que he llegado a amar profundamente como si siempre hubieran formado parte de mi vida.

— Eres tan testaruda, Cecilia. No niegas que eres mi sobrina. — La tía Luiza sonríe y me tiende la mano; la tomo. — Vamos, vamos a encontrarnos con tu teniente. Parece bastante ansioso por verte.

— Me quedaré cerca — dice Gabriela poniéndose de pie y acercándose.

— Siento lástima por esos pobres muchachos por tener que lidiar con mujeres como vosotras, queridas.

— ¿Muchachos?

— Sí, ha traído a un amigo — mi tía mira a Gabriela. — Que también pidió verte, Gabriela.

Ella cruza los brazos sobre el pecho.

— No lo recibiré — advierte y, mirando a mi tía, que frunce el ceño sin entender su reacción. — Por favor, Luiza, diga que no me encontró.

Luego pasa junto a nosotras y se aleja en dirección contraria a la casa principal de la hacienda.

— ¿Qué ha pasado? Nunca la vi huir de ninguna situación — pregunta mi tía, muy sorprendida.

— No lo sé con certeza, tía — eludo —, pero Gabriela debe de tener sus razones.

Observa cómo Gabriela se aleja y asiente.

— Sí, tienes razón. Solo me sorprendió. — Me tiende la mano. — ¿Vamos, querida?

Salgo con mi tía en dirección al caserón y no puedo evitar preguntarme por qué mi corazón late con tanta fuerza.

Capítulo XIX

Pedro

La mujer elegante que me recibió es muy distinta de la imagen que yo tenía de ella. Sí, casi todos los que viven en Río de Janeiro han oído hablar de **Luiza Villas-Boas**. La mujer que creó una escuela mixta de niños y niñas en su hacienda, donde vive con la viuda Eleonor, conocida como la baronesa del café de Vassouras.

En la hacienda cafetera no hay personas esclavizadas, y eso incomoda a muchos caficultores de la región, convirtiéndolas en blanco de numerosas enemistades.

Saber que son estas las mujeres que forman parte de la vida de Cecilia, de algún modo aclara muchas cosas. Son mujeres que no se dejan abatir por los juicios ajenos. Luchan por sus derechos y por los derechos de quienes han sido desfavorecidos, con pasión y seriedad.

Bernardo, que insistió en acompañarme, me mira de reojo mientras camino de un lado a otro, impaciente.

— Cálmate, hombre — me pide. — Me estás poniendo nervioso.

Cuando voy a responder, Cecilia y su tía entran en la sala y, una vez más, su belleza me golpea con fuerza.

— Buenas tardes — saludo. — ¿Cómo está, señorita?

— Bien, teniente. — Se vuelve hacia Bernardo. — ¿Cómo está usted?

— Bien, señorita. — Mira hacia la puerta y su tía se apresura a explicar. — No he conseguido encontrar a Gabriela. Lo siento — informa, y es evidente que está mintiendo.

Bernardo no se da por vencido, algo muy propio de él.

— ¿Le importaría si recorro un poco su propiedad, señora? Siempre he oído maravillas de este lugar.

— Claro que no. Siéntase libre.

Se dirige hacia la puerta y, antes de salir, avisa:

— Pedro, daré una vuelta por ahí. ¿Nos vemos luego, de acuerdo? — Vuelve los ojos hacia Cecilia con una sonrisa flotando en los labios. — Ha sido un placer volver a verla, señorita.

— El placer ha sido mío, Bernardo. Siéntase como en casa.

Él sale de la sala y la tía de Cecilia hace lo mismo, dejándonos a solas.

— ¿A qué debo el honor de su visita, teniente?

— ¿Le importaría que diéramos un paseo? — pregunto, esquivando una pregunta cuya respuesta ni yo mismo conozco. — He oído que aquí se construyó una escuela. Me gustaría conocerla.

Ella parece sinceramente sorprendida.

— Venga, será un placer mostrársela.

Salimos de la sala, bajamos la escalinata de la casa principal y seguimos por la alameda en dirección al pabellón donde se construyó la escuela. La Hacienda São Luiz es una de las mayores de la región. Mi padre solía prestar servicios al difunto Campo Belo y lo oí comentar muchas veces que era un hombre bastante cruel, aunque dominado por su mujer. Eleonor Campo Belo es conocida en la región por ser una mujer fuerte que no se deja someter y, desde que se casó, es ella quien administra la hacienda.

Cecilia camina en silencio a mi lado. Su postura rígida deja claro su nerviosismo. Las antiguas senzalas fueron sustituidas por casas para los antiguos esclavos, que ahora viven aquí como colonos.

Llegamos al espacio donde funciona la escuela. Miro a mi alrededor las mesas y los bancos iluminados por los rayos de sol que entran por la ventana.

Ella camina hasta el centro del aula, acaricia la madera y su voz sale suave. Tan suave como nunca la había oído cuando empieza a contar:

— Mi padre siempre fue un hombre autoritario, mientras que mi madre era la calma. Aunque eran muy distintos, de algún modo la dulzura de mi madre lo serenaba. — Se abraza a sí misma. — Tuve una infancia muy buena. Mi madre me enseñó a leer muy pronto y solíamos pasar horas leyendo en silencio. Todo cambió cuando…

Suspira y camina hasta la ventana y, de espaldas a mí, continúa:

— Mi padre conoció a una mujer en el pueblo… una mujer muy hermosa, y se enamoró perdidamente de ella. Y fue entonces cuando mi madre empezó a sufrir de verdad. Porque él se volvió distante. Tuvo un hijo con esa mujer. Y ella murió en el parto… perderla lo cambió. — Oigo su suspiro. — Después de su muerte, nunca volvió a ser el mismo. Cuando yo nací, me despreció de inmediato. Mi madre intentó durante mucho tiempo que se acercara a mí, pero fue en vano.

Un suspiro se le escapa cuando concluye:

— Pero mi madre suplió el amor que no recibí de él. Quería que yo viviera una vida distinta a la suya. Como hizo mi tía.

— Así que huiste de tu padre — digo. No es una pregunta.

Ella asiente.

— En realidad, huí del matrimonio que me impuso.

— Y ahora ha descubierto dónde estás.

— El hombre al que me prometió. Él lo descubrió.

— ¿Cómo lo sabes?

— Mi hermano, Jonas. — Sonríe. — Fue la única persona a la que conté mis planes. Me escribió diciéndome que mi padre descubrió mi paradero, pero se negó a venir a buscarme, ya que lo repudié. Solo que mi… pretendiente no quiere renunciar a la hacienda de mi padre.

Me acerco a ella. No me gusta verla así, vulnerable.

— Debe de haber alguna forma de hacerle desistir de esa idea disparatada sin… — me pierdo entre las palabras. — Tu padre…

— A mi padre no le importo yo ni mi felicidad. Nunca me escuchó. — Su mirada es triste cuando concluye. — Y para él sería práctico deshacerse de mí definitivamente.

Doy un paso más hacia ella y, como si tuviera voluntad propia, mi mano busca la suya. Sus ojos se encuentran con los míos. Están tristes y llenos de desesperanza.

— Es solo cuestión de tiempo — murmura. — Todo esto se convertirá en un recuerdo. Un sueño que se desvanecerá.

Miro la pequeña mano atrapada entre las mías y, cuando levanto la vista, no consigo apartar los ojos de su boca tentadora. Doy un paso más. Estamos tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan.

Deseo tanto tocarla, acogerla y ahuyentar la tristeza que empaña sus ojos que casi duele.

Suelto su mano y subo las mías para sostener su rostro. Mis pulgares rozan sus pómulos y acarician su cuello esbelto cuando doy el último paso.

— Quiero besarla, muchacha — susurro. — Quiero besarla mucho.

Y la mujer impetuosa de la que me enamoré sujeta mi rostro, hunde los dedos en mi cabello y me susurra de vuelta:

— ¿A qué espera, teniente?

Y cuando tomo su boca en un beso urgente, el gemido que brota del fondo de su garganta resuena junto al mío. Mi mano se desliza de su rostro a la curva de su cintura y la atraigo más cerca; ella pega su cuerpo al mío de forma instintiva. Sus pechos presionan contra mi pecho y, cuando su lengua se enreda con la mía, tengo la certeza de que jamás podría negarle nada a esta mujer.

Capítulo XX

Cecília

Lo deseo. Mi cuerpo ansía el suyo. Su tacto. El aroma a cuero y a hombre que desprende por cada poro. Los dedos ásperos que aprietan con firmeza mi cuello y el calor que me envuelve como una manta cálida en un día frío.

Pego aún más mi cuerpo al suyo. Quiero que lo sienta. Que sienta lo que me provoca y cuánto lo deseo. Y no solo para alcanzar mi propósito. Lo deseo de verdad. A él y a sus ojos hambrientos que dicen cosas que hacen que mi corazón retumbe enloquecido en el pecho.

Gime cuando separamos nuestras bocas durante unos segundos para tomar aliento, y posa sus labios en mi cuello. Su lengua roza mi piel ardiente, erizando mi cuerpo y prometiéndome sensaciones jamás vividas. Quiero probarlas. Quiero que él se sienta como yo me siento. Así que mordisqueo su mentón viril, cubierto por la barba corta, y tiro de su cabello para que alce el rostro y me mire. Tiro de su labio inferior. Muerdo y sonrío.

— Eres una tentación, una tentación demasiado difícil de resistir.

— No resistas — digo, jadeante. — Te deseo. Quiero sentir cómo despierta mi cuerpo. Quiero que sean tus manos las que me descubran, las que me enseñen. Que sea tu boca la que pruebe. Tú, teniente. Solo tú.

— ¡Maldita sea! ¡Cuánto te deseo! — gruñe antes de besarme de nuevo con ansia y desesperación. Me alza y me sienta sobre una de las mesas. Abro las piernas para acomodarlo entre las voluminosas faldas de mi vestido y me maldigo por no llevar puestos mis pantalones.

Su mano vuelve a mi cuello en un apretón firme mientras nuestro beso se vuelve cada vez más profundo.

Perdidos en un mar de deseo y sensaciones, tardamos un momento en oír un carraspeo discreto. Con la respiración entrecortada, siento cómo su espalda se tensa cuando aparta sus labios de los míos.

— Cecilia, mi madre y tu tía nos esperan para cenar. — La voz de Gabriela nos llega a ambos. — Perdón por interrumpir; os esperaré fuera.

Pedro ni siquiera se vuelve para mirarla. Su respiración sigue agitada y me sujeta el rostro con ambas manos, alzándolo para que nuestras miradas se encuentren.

— Vamos a hablar de esto. De lo que podemos hacer para librarte del canalla de tu prometido. — Abro la boca para responder que sé muy bien lo que podemos hacer, pero me interrumpe. — Te ayudaré. Pero no de la forma que deseas.

— Pero…

Vuelve a pegar su boca a la mía. Siento la sonrisa en sus labios cuando me sostiene el rostro.

— Nada de peros…

Frunzo el ceño. Él alza la mano y acaricia el espacio entre mis cejas.

— ¿Puedo pedirte algo, Cecilia?

Es la primera vez que me llama por mi nombre. Mi corazón se acelera con el tono ronco de su voz.

— Puedes, Pedro — respondo, llamándolo por su nombre también.

Sonríe al oír su nombre salir de mis labios, aún entrecortados.

— Promete que no harás ninguna locura. Que aceptarás mi ayuda y resolveremos esto juntos. — Sus ojos intensos atrapan los míos. — ¿Lo prometes?

— Prometo que hablaremos de ello. Que escucharé tus sugerencias… si prometes escucharme a mí también.

— Testaruda… — dice con una sonrisa.

Me ayuda a bajar de la mesa y, cuando salimos del aula, una sensación distinta me invade. Por primera vez, siento que puedo contar con alguien más, además de las personas que me acogieron con tanto cariño. Lo miro de reojo; vestido con ropa civil, nunca me había parecido tan hermoso y fuerte.

Mi corazón empieza a latir con fuerza al darme cuenta de que está aquí, a mi lado, para ayudarme. La sensación de protección me envuelve, y procuro no pensar en lo maravilloso que es tener a un hombre como Pedro luchando mis batallas.

Necesito tener cuidado, o correré un serio riesgo de entregarle mucho más que mi protección. Al mirarlo, me doy cuenta de que quizá sea demasiado tarde para no entregarle también mi corazón.

Capítulo XXI

Pedro

— Pero cuéntenos, teniente, ¿cómo es formar parte de la Caballería y ser un hombre de confianza del Emperador?

La mujer elegante sentada en la cabecera de la mesa me mira con simpatía.

— Ser militar siempre fue un gran anhelo, aun habiendo estudiado para seguir los pasos de mi padre — cuento. — Y eso se debe al deseo de servir a mi país, pero, sobre todo, a la admiración que siento por el Emperador. Y confieso que me siento realizado por haber tenido la oportunidad de conocerlo.

— Sí, no se puede negar lo adelantado que está a su tiempo. Valora la cultura y las artes, algo tan raro en un país donde los valores que mueven a la gente son otros — dice Eleonor.

La tía de Cecilia posa los ojos en ella y es evidente el afecto que las une.

— Su difunto marido no simpatizaba con las ideas del Emperador — dice la tía de Cecilia —, y saber que eso no le impidió luchar por la educación y la cultura me llena de orgullo.

Se sonríen la una a la otra. Bernardo, que hasta ese momento ha permanecido en silencio, aparta la mirada de una Gabriela callada y dice:

— Pero tanto Pedro como yo estamos considerando la posibilidad de volver a nuestras raíces.

Mientras sostiene los cubiertos con elegancia, pregunta:

— ¿De verdad? ¿Cuáles son las suyas, Bernardo?

— Soy médico, señora.

Todos los rostros se vuelven hacia él.

— Renuncié a la medicina para vivir la vida militar — explica.

— ¿Usted es médico? — pregunta Cecilia.

Él baja la mirada al plato. Inspira hondo y, cuando la alza, responde:

— Sí.

Un silencio se apodera de la sala. Todos esperan a que continúe, pero es Gabriela quien rompe el silencio.

— Dejémoslos cenar en paz.

Miro a Bernardo y, por primera vez, me pregunto el verdadero motivo por el que renunció a la medicina. Siempre creí que se debía a su deseo de vivir aventuras, pero al verlo tan perturbado empiezo a comprender que, pese a su aire fanfarrón, Bernardo guarda sus secretos y, al parecer, Gabriela es la única persona sentada a la mesa que los conoce.

El silencio se prolonga unos minutos más, hasta que Eleonor vuelve a hablar:

— Espero que los señores acepten pasar la noche en la hacienda.

— No es necesario, señora.

— Insistimos, teniente. Al fin y al cabo, usted fue el responsable de que nuestra Cecilia llegara hasta nosotras sana y salva. Lo mínimo que podemos hacer para corresponderle es no permitir que

cabalguen de noche hasta Río de Janeiro.

— No estamos tan lejos, señora — argumento.

— Sí, lo sé. Pero el camino de Vassouras a Río de Janeiro por la noche resulta algo incómodo debido al mal estado de las carreteras. Además, ya he mandado preparar sus aposentos.

Y entonces mis ojos se encuentran con los de Cecilia, que lleva el vaso a los labios, aunque no antes de que yo vea la sonrisa suspendida en su boca tentadora. Y aun sentado al otro lado de la mesa, siento cómo el calor me envuelve como una brisa cálida.

Que Dios me ayude. Esta será una noche larga.



Capítulo XXII

Cecília

Camino de un lado a otro dentro de la habitación. La duda y el deseo luchan ferozmente en mi interior.

Saber que él está a apenas unas puertas de distancia calienta mi cuerpo. Los besos que nos dimos y la intimidad que empezamos a compartir me hicieron mirarlo de otra manera. Y ahora ya no estoy segura de que lo que quiero sea solo librarme del canalla de mi prometido. Si soy honesta, debo admitir que el deseo de experimentar los placeres que prometen sus ojos ardientes se impone a todo lo demás en este momento.

Un suave golpe en la puerta me sobresalta.

Camino despacio hacia ella y, antes de abrir, me maldigo por no haberme cambiado de ropa. Si es Pedro, me gustaría llevar menos prendas.

Abro apenas la puerta y la luz del farol me alcanza. Al otro lado, Gabriela me mira con una sonrisa traviesa.

Abro del todo y ella entra. A diferencia de mí, lleva puesta su camisola, que no es más que una vieja camisa masculina. Dice que no consigue dormir con tanta tela enredándose en las piernas.

— ¿Aún despierta?

— Te devuelvo la pregunta — replico alzando una ceja. — ¿Y qué dirá tu madre si te ve deambulando por el pasillo vestida solo con una camisa vieja?

Ella sonríe.

— Ya se han retirado. Pero no me has respondido. ¿Por qué sigues vestida como si fueras a escaparte del cuarto en cualquier momento?

Suelto un suspiro y camino hasta la cama, donde me siento de manera poco elegante.

— Estoy decidiendo si debo ir a buscarlo.

— Creí que ese era el plan — alza una ceja.

— No hay ningún plan — confieso —, pero parece que mi tía ha decidido dejarlo más cerca para que yo me decida con mayor claridad, por si acaso la tengo.

— Sí, a exactamente seis puertas de distancia.

— ¿Qué hago, Gabriela? — suspiro y me llevo las manos al rostro. — Tal vez esta sea la única oportunidad de comprometerme y librarme de ese miserable de una vez por todas.

— Cecilia, sabes que no estoy de acuerdo con esta idea tuya tan descabellada — suspira. — Mamá y yo ya hemos dado nuestra palabra de que nadie te sacará de aquí contra tu voluntad.

— Lo sé, pero tú no sabes de lo que ese hombre es capaz, Gabriela.

— Sí lo sé, Cecilia. He convivido muy de cerca con la violencia — dice con tristeza — y sé lo que los hombres pueden hacer a mujeres que consideran presas fáciles. — Se da la vuelta y camina hasta la mesita, deja allí el farol y continúa hablando en voz baja, como perdida en sus pensamientos. — Y ya he hecho muchas locuras para librarme de los recuerdos y de las consecuencias. Así que sí, lo sé.

— Sabes que siempre estaré dispuesta a escucharte sin juzgarte, ¿verdad?

Ella sonríe con tristeza y asiente. Luego camina hasta mí y toma mis manos entre las suyas.

— Solo quiero que tomes la decisión exclusivamente porque lo deseas. No por necesidad. Porque el arrepentimiento deja marcas en ti, Cecilia. Marcas que ningún tiempo puede borrar.

— Lo deseo — confieso en un susurro. — Lo deseo tanto, Gabriela… y es extraño cómo he empezado a mirarlo así en tan poco tiempo. Es como si, de repente, mi cuerpo hubiera despertado a sensaciones que nunca imaginé sentir, aunque haya leído mucho sobre ellas.

— No es extraño, es lo que ocurre cuando nos enamoramos. — Inclina la cabeza. — Entonces muéstraselo. Porque lo quieres y lo deseas. Solo por eso.

— No creerá lo que siento — frunzo el ceño. — Y no estoy enamorada.

— Sí lo estás — afirma. — Pero eso no viene al caso ahora, ya que eres lo bastante valiente como para asumir lo que sientes. Y él no necesita creerlo, solo corresponder.

— Tu manera sencilla de ver y vivir la vida me encanta profundamente, Gabriela.

Ella suspira y una tristeza cruza fugazmente su mirada, pero fuerza una sonrisa.

— Lástima que la mayoría de la gente aborrezca a quienes piensan así.

— La mayoría de la gente es necia.

— Lo sé — dice sonriendo. — Ahora ve en busca de lo que deseas. No desperdicies la oportunidad de vivir las emociones que tu corazón y tu cuerpo anhelan.

Camina hasta la mesita, toma el farol y se dirige a la puerta. Antes de salir, se vuelve.

— Aprendí que, cuando no dejamos claros nuestros deseos, damos margen a que el silencio y las palabras no dichas creen un vacío que difícilmente podrá llenarse después. La vida sucede en el ahora, Cecilia, y es muy importante que seamos conscientes de ello. Que tengas buenas noches, hermana mía.

Siento que se me cierra la garganta. Sí, somos como hermanas. Y es maravilloso saber que, además de Jonas, que me entiende y me respeta, ahora tengo a alguien como Gabriela.

Camino hacia ella, me inclino y beso su mejilla.

— Gracias por tanto. Creo que jamás podré agradecerte lo suficiente. Buenas noches, hermanita.

Veo sus ojos brillar emocionados; asiente y se va.

Camino hasta la ventana y observo la noche estrellada y algo fría. Inspiro hondo. Las palabras de Gabriela resuenan dentro de mí y despiertan recuerdos de mi madre haciéndome prometer que jamás permitiría que las convenciones sociales me impidieran ser feliz.

Tomo mi decisión. Miro mi vestido y decido que, si realmente pretendo seducirlo, debo luchar con las armas que tengo.

Me quito rápidamente todas las faldas y me pongo la ropa de dormir. Cierro los lazos del frente con dedos temblorosos. Inspiro hondo y repito en voz baja:

— Tú puedes, Cecilia.

Camino hasta la puerta y la abro en silencio para atender los deseos de mi corazón, que, por ahora, piden a Pedro y todas las sensaciones maravillosas que él despierta en mí.



Capítulo XXIII

Pedro

Sentado en el alféizar de la ventana, observo la noche oscura allá afuera. No he conseguido dormir, aunque mi cuerpo esté exhausto.

No puedo dejar de pensar en todo lo que ha ocurrido desde que la conocí y en la forma en que nos acercamos esta tarde. Me paso las manos por el cabello, que necesita un corte. Suspiro y fijo de nuevo la mirada en el cielo estrellado.

Desde que descubrí su disfraz, no consigo sacarla de mis pensamientos. Su valentía al arriesgarse para hacer realidad sus sueños tocó algo muy profundo dentro de mí. Puso su vida y su honor en peligro al decidir venir a Río de Janeiro bajo un disfraz, en medio de una tropa de hombres, y ese deseo que se impuso a todo lo demás dice mucho de la mujer que es. Y luego la besé para atender su petición, y la admiración que sentía por su coraje se multiplicó ante el deseo que me asaltó de repente.

Me paso las manos por el rostro. Dios, ¡qué intenso fue reencontrarla! No estaba preparado para el torbellino de emociones que sentí al verla. El impulso de tomarla entre mis brazos y besar esa boca atrevida fue casi insoportable. Y después de tenerla una

vez más entre mis brazos, me di cuenta de que no podré resistirme a lo que siento por ella. Así que lo único que me queda es intentar cortejarla y, quién sabe, convencerla de que existen otras maneras de conseguir la protección que tanto necesita.

Saber que está a solo unos pasos no ha ayudado a calmar el hambre que parece devorarme.

Un suave golpe en la puerta me arranca de mis pensamientos encontrados. Me pongo de pie y camino hacia la puerta, seguro de que debe de ser Bernardo queriendo conversar. Él también me ha parecido muy distinto desde que llegamos aquí.

Aunque sé que Cecilia es alguien que no teme la opinión ajena, verla detenida en la puerta, vestida con su ropa de dormir, con el cabello suelto cayendo por su cuello esbelto y sosteniendo un pequeño farol, me hace pensar si no será fruto de mi imaginación.

— ¿Puedo entrar?

— ¿Cómo dices?

— ¿Tiene miedo de mí, teniente? — sonríe y muerde su labio inferior.

Mi corazón se acelera cuando mis ojos se encuentran con los suyos. Desafiantes.

— No tengo miedo de ti — susurro. — Solo tengo más juicio. Vuelve a tu habitación, Cecilia.

Ella alza el rostro.

— No. Quiero hablar contigo, y no sé si tendremos otra oportunidad.

Sopesando su petición, sé que realmente necesitamos hablar. Me aparto para dejarle espacio y ella entra en mi habitación; cuando cierro la puerta a su espalda, su perfume invade mis sentidos. Cierro los ojos y me doy cuenta de que jamás podré negarle nada a esta mujer. Y cuando deja el farol sobre la mesita junto a la cama y me mira, descubro que quizá ella ya se haya dado cuenta de ello.

Capítulo XXIV

Cecilia

De pie dentro de su habitación, siento cómo la habitual sensación de inquietud me invade. Las palmas húmedas de mis manos delatan el enredo de emociones que se atropellan dentro de mí. Inspiro hondo e intento calmarme. Mis ojos se encuentran con los suyos. Ojos que intentan disimular lo nervioso que él también está. De algún modo, eso me tranquiliza. Paso las manos húmedas por la ropa de dormir. Él cruza los brazos sobre el pecho y me pregunto si no lo hace también para ocultar su nerviosismo.

— ¿Qué quieres, Cecilia?

Doy un paso hacia él y decido decir la verdad sin rodeos.

— Podría decir que solo quiero una razón para que el canalla del hombre que mi padre eligió como mi marido me rechace — doy otro paso —, pero no estaría siendo sincera contigo ni conmigo, Pedro. — Doy un paso más. — Lo que quiero ni siquiera sé cómo nombrarlo. — Doy otro paso y estoy tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan. — Porque, en realidad, en este momento lo único que quiero es sentir mi corazón a punto de estallar por latir tan deprisa; quiero la sensación de cosquilleo que tus manos despiertan en mí cuando me tocas; quiero sentir tu olor, tu tibieza, tu calor. Y eso no

tiene nada que ver con los motivos por los que te busqué. Tiene que ver con lo que está ocurriendo aquí. — Alzo la mano y toco mi corazón. — Y es tan poderoso e embriagador que solo puedo pensar que moriré si no lo siento de nuevo.

Contemplo fascinada cómo sus ojos se oscurecen de deseo. Su respiración se vuelve agitada. Él descruza los brazos y elimina la poca distancia que nos separa. Una de sus manos se alza y sujeta mi cuello, enredando los dedos en mi cabello. Con un gesto delicado, hace que levante el rostro para encontrar su mirada. Su voz ronca me eriza la piel.

— Debería alejarme de ti. — Alza la otra mano y ahora tiene los dedos hundidos en mi pelo; su respiración es tan agitada como la mía. — Debería obligarte a volver a tu habitación. Eso sería lo correcto, Cecilia. — Cierra los ojos un segundo y, cuando los abre, veo el fuego ardiendo en su mirada. — Pero que Dios me perdone, ya no consigo resistirme a lo que siento por ti. A lo que despiertas en mí… a esta hambre. Este deseo de aplacar este calor que parece consumirme cuando estoy contigo así… entre mis brazos.

Completamente rendida a lo que siento, alzo una mano y, con el pulgar, acaricio sus labios antes de susurrar:

— No resistas… — Y encontrando su mirada, repito: — Por favor, no resistas. Te quiero, Pedro… como nunca he querido nada en mi vida.

Finalmente inclina mi cabeza y me besa. Y cuando sus labios se encuentran con los míos, me doy cuenta de que jamás imaginé desear tanto ser consumida por esta hambre que arde en mi interior y de la que nunca me saciaré.

No es un beso desesperado. Pasa la lengua por mi labio inferior antes de morderlo, apartando un poco el rostro para mirarme a los ojos.

— Cada vez que te veía hacer eso deseaba ser yo quien lo hiciera, muchacha.

Sonrío, encantada por la confesión.

Sus dedos se enredan aún más en mi cabello; ajusta nuestras bocas y solo entonces invade la mía con su lengua, con una lentitud que provoca en mi cuerpo espasmos de puro placer. Como hice antes, repito sus movimientos y llevo la lengua a su boca para que sienta lo mismo que yo.

Un gemido brota del fondo de su garganta cuando nuestro beso se vuelve profundo e intenso. Una de sus manos se desliza de mi cuello a mi cintura y pega mi cuerpo al suyo. Siento su erección contra mi vientre y soy yo quien gime de puro deseo. Quiero sentir sus manos en mi piel. Quiero tocarlo y sentir la textura de su cuerpo. Rodeo su cuello con los brazos y presiono mis pechos turgentes contra su pecho duro y caliente.

— Dios mío, Cecilia, cómo te deseo — murmura al separar su boca de la mía para tomar aire. Sus ojos no se apartan de los míos. Nuestras narices se rozan y nuestra respiración agitada es el único sonido en la habitación silenciosa. — Te deseo tanto que llega a doler.

Hundo los dedos en su cabello y me pongo de puntillas para alcanzar su boca.

— Hazme tuya, Pedro.

Nuestros ojos se encuentran durante una fracción de segundo antes de que vuelva a besarme, ahora con fiereza. Una de sus manos mantiene mi cabeza ajustada a su boca, mientras la otra desciende por mi espalda, sujetándome contra su cuerpo.

Nuestras lenguas entrelazadas van construyendo en mí una sensación vertiginosa de placer. Sin pudor, dejo escapar un gemido mientras mis dedos vuelven a hundirse en su cabello.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos. Jadeantes, nos separamos para respirar. Retiro mis manos de su pelo y las apoyo en su pecho firme.

— ¿Estás segura de que quieres esto, Cecilia? — pregunta, sin aliento.

— Nunca he estado tan segura de nada en mi vida — respondo en un murmullo ronco que casi no reconozco como mi voz.

Da un pequeño paso atrás y su mano curtida acaricia el lateral de mi rostro.

— Eres la mujer más hermosa que he conocido — susurra — y nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. — Se inclina y besa la comisura de mi boca. — Quiero darte placer y que descubras en mis brazos todas las sensaciones que tu cuerpo puede sentir, pero no te haré mía esta noche.

Abro la boca para protestar, pero él une de nuevo sus labios a los míos en un beso profundo. Cuando se aparta, hay diversión y deseo en su mirada.

— Pero eso no significa que no pueda llevarte al cielo, señorita.

Confundida por sus palabras, guardo silencio.

— Dios, eres tan hermosa… — murmura.

Entonces alza la mano, sin apartar los ojos de los míos, y desata el lazo de mi camisón. La tela se desliza suavemente, dejando al descubierto la parte superior de mis pechos. Sin prisa, su pulgar acaricia la piel expuesta.

— Tan suave… — Su voz ronca despierta en mi cuerpo algo tan profundo que siento el calor recorrer mi piel como llamas.

Inclinándose, deposita un beso suave en mi boca.

— Y hueles tan bien, Cecilia — murmura. — Hueles a flores silvestres.

El camisón se abre un poco más, deslizándose por mis hombros, y mi respiración agitada deja claro cuánto lo deseo también.

Su pulgar acaricia mi pecho y, sensible por la avalancha de sensaciones, me provoca un espasmo de placer.

Su mano se abre y acaricia todo mi pecho con la palma. Atrapa la punta de mi pezón entre el pulgar y el índice, y un gemido de placer y fascinación se escapa de mis labios.

Para mi completa sorpresa, baja suavemente la prenda, dejando al descubierto mis pechos y vientre, y da un pequeño paso atrás.

— Eres preciosa…

Siento cómo me ruborizo y un calor delicioso se extiende por mi cuerpo. Al acercarse de nuevo, inclina la cabeza y besa mi boca, luego mi barbilla y la vena que late desesperada en mi cuello. Son besos suaves y húmedos. Siento la punta de su lengua tocar mi piel y, cuando baja un poco más la cabeza y toma uno de mis pechos en su boca, creo que puedo desvanecerme de placer. Su lengua traza círculos en mi pezón antes de succionarlo como si fuera una joya rara y preciosa.

No sé bien cómo llegamos hasta la cama ni cómo acabo tendida en ella. Solo soy consciente de dónde estoy cuando veo su cuerpo cerniéndose sobre el mío. Se acomoda entre mis piernas; su camisa de algodón impide que nuestras pieles se toquen.

— Quiero sentir tu piel, Pedro.

Parece dudar, pero se arrodilla en la cama entre mis piernas y se quita la camisa por la cabeza. La visión de su torso desnudo provoca una emoción poderosa en mi cuerpo. Alzo la mano y lo toco con la yema de los dedos. Siento cómo su cuerpo se tensa ante mi contacto. Fascinada, deslizo la mano por sus hombros, acaricio su cuello y hago lo mismo que él hizo conmigo. Con los pulgares, rozo sus pezones.

— ¿Es agradable? — pregunto con curiosidad.

— Es el paraíso — responde en voz baja.

Se inclina y besa mi boca. Un beso profundo e íntimo. El contacto de nuestras pieles desnudas, sin la barrera de la ropa, me deja lánguida.

Su boca sigue descendiendo y, curiosa, observo cómo besa mi vientre. Luego alza la cabeza.

— ¿Puedo tocarte?

Asintiendo, ansiosa.

Sube el borde de mi camisón, arrugándolo en mi cintura, y algo avergonzada lo veo mirar fascinado mi sexo.

Descendiendo lentamente, coloca su cabeza a la altura de mi intimidad. Sus dedos acarician el interior de mis muslos y su boca sigue el mismo camino. Sentir la aspereza de su barba en contacto con mi piel sensible es demasiado delicioso y no puedo contener un gemido.

— ¿Qué vas a hacer? — pregunto con curiosidad. No siento miedo ni vergüenza. Sé que jamás antepondrá sus deseos a los míos.

— Voy a tocarte y llevarte al cielo. — Besa la parte interna de mi muslo, muy cerca de mi sexo. — ¿Puedo? — pregunta en voz baja.

Asiento de nuevo.

Inspira hondo y veo cuánto me desea. Su dedo acaricia mi intimidad y siento un sobresalto cuando roza la piel húmeda entre mi vello.

El placer de su contacto es tan intenso que dejo escapar otro gemido.

— Eres perfecta — repite mientras me acaricia, y empiezo a sentir cómo todos mis sentidos se concentran en el placer que me provocan sus dedos.

Su pulgar se desliza sobre mi carne hinchada y caliente y oleadas de placer me invaden. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Nunca imaginé que un simple toque pudiera provocar sensaciones tan deliciosas.

Y cuando creo que no puedo soportar más placer, siento algo húmedo tocar el mismo lugar donde antes estaba su dedo. Al alzarme sobre los codos, lo veo besando mi sexo y todo lo demás desaparece. El placer se acumula y crece dentro de mí y, como si tuviera voluntad propia, mis dedos vuelven a hundirse en su cabello para impedir que se detenga. Pero no se detiene. Su lengua me saborea ora con suavidad, ora con intensidad, aumentando la presión dentro de mi cuerpo una y otra vez. Gimiendo sin control,

busco alivio para esta deliciosa tortura. Y cuando el movimiento de su lengua se intensifica, me descubro frotándome contra su rostro. Entonces siento cómo todo estalla en una lluvia de sensaciones delirantes; mi cuerpo se estremece en un gran espasmo de placer.

Vuelvo a la realidad unos segundos después. Abro los ojos y encuentro su mirada hambrienta y satisfecha clavada en mí.

— Ha sido increíble — murmuro.

Él se desliza hacia arriba hasta alinearse conmigo. Beso mi cuello, mi barbilla y luego mi boca. Sentir mi propio sabor en la punta de su lengua despierta en mí una sensación de posesión. No quiero que jamás haga esto con nadie más. El pensamiento cruza mi mente y lo descarto de inmediato. No puedo exigírselo. Pero puedo hacer que este momento sea tan inolvidable para él como lo es para mí.

Aparto mi boca de la suya.

— ¿Es posible hacer eso contigo?

Parece sorprendido y una sonrisa se extiende por su rostro perfecto.

— Sí, es posible. — Sus dedos acarician con suavidad el lateral de mi rostro. — Pero hoy no. Hoy no se trata de mí; hoy se trata de ti.

Intento protestar, pero me callo al ver su expresión feliz. Entonces alzo la mano y acaricio su ceja, su barba y la boca que me llevó al paraíso.

— Pero prométeme que me enseñarás cómo llevarte al cielo también, teniente.

Él sonríe. Una sonrisa que he empezado a anhelar más que nada.

— Lo prometo. — Besa la punta de mi nariz. — Ahora es mejor que vuelvas a tu habitación.

Suelto un pequeño suspiro.

— No te preocupes, Cecilia. No permitiré que te ocurra nada. Tienes mi palabra.

— Me siento protegida, pero temo causar problemas a mi tía y a Eleonor. Han sido tan buenas conmigo.

— No los causarás — afirma. — ¿Confías en mí?

— Si estoy aquí, es porque confío.

— ¿Me dejarás tomar las riendas de la situación?

— ¿Tomar las riendas? ¿Qué significa eso?

Alza la mano y aparta un mechón de mi cabello detrás de la oreja. Sus ojos se clavan en los míos, serios y solemnes, cuando dice:

— Me dijiste que jamás te casarías. Que necesitabas tu libertad para cumplir tu sueño. Quiero darte esa libertad, Cecilia.

— ¿Cómo? ¿Cómo podrías hacer eso? — pregunto sorprendida.

— Pediré tu mano en matrimonio a tu padre.

Se incorpora y yo me siento, tirando del camisón para cubrir mis pechos y saliendo de la cama.

— No quiero casarme — afirmo.

Él se pone de pie. Se inclina, recoge la camisa que había arrojado a los pies de la cama y se la pone.

Su voz suena calmada y controlada cuando dice:

— Tengo una propuesta que hacerte.

— ¿Propuesta?

Asiente. Suspira hondo y se pasa las manos por el cabello.

— No siempre fui soldado, Cecilia. Soy abogado. Mi padre fue un gran hombre, respetado en Río de Janeiro, con una amplia clientela. Quería que continuara su legado, que ayudara a los menos favorecidos como él hacía. Pero yo siempre quise ser soldado del Emperador; fue siempre mi gran sueño. Aunque le entristeció mi elección, nunca se opuso. Me alisté y, con el tiempo, me convertí en

teniente de Caballería. Pero desde que él murió, ya no consigo sentirme feliz con mi elección. — Se pasa la mano por el rostro. — He pensado mucho en volver a ejercer la profesión para la que me preparé y que era el gran deseo de mi padre.

— No entiendo qué tiene que ver eso conmigo, Pedro.

Clava sus ojos en los míos.

— Hablé con tu tía. Me contó que tu gran sueño es fundar una escuela para preparar a las jóvenes más allá del matrimonio; una escuela que las prepare para que puedan llegar a ser lo que quieran.

— Sí, es cierto.

— Puedo ayudarte.

Guardo silencio. Él continúa:

— Mi padre me dejó algunos bienes, entre ellos una casa en Río de Janeiro. Una casa que podría transformarse fácilmente en una escuela.

— No lo entiendo.

— Cásate conmigo — dice de golpe. — Te ayudaré a fundar tu escuela. Te daré la libertad para cumplir tus sueños y te protegeré de hombres como tu padre.

— ¿Y qué ganarás tú con este trato?

— A ti — dice simplemente. — A ti — repite. — En tus términos y condiciones. Te conviertes en mi esposa, pero podremos vivir como amigos si eso es lo que deseas.

— Pero ¿cómo…?

Me interrumpe. Su rostro es serio y solemne cuando confiesa:

— Me he enamorado de ti.

Lo miro, muy sorprendida por la confesión.

— Y deseo protegerte. Si para ello tengo que ser tu marido solo de fachada, lo seré. Pero no puedo vivir sin la certeza de que estarás a salvo y serás feliz. — Da un paso adelante y sostiene mi rostro entre sus manos. — Y si algún día puedes entregarme tu corazón,

seré el hombre más feliz del mundo. Pero solo ese día tomaré tu cuerpo. Quiero que te entregues por deseo y por elección, no por conveniencia.

— Esto es una locura — afirmo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

— Piénsalo — me pide. — Y cuando tengas una respuesta, ven a buscarme.

Entonces se aparta.

— Ahora es mejor que te vayas.

— ¿Irme?

— Antes de que mi deseo supere a mi buen juicio.

— ¿Por qué me estás ofreciendo esto? — pregunto.

— Como tú, juré no vivir jamás una relación basada en una mentira — suspira. — Podemos mentirle a todos, pero entre nosotros solo valdrá la verdad.

— ¿Y si algún día deseo liberarme de este arreglo? ¿Si deseo ser realmente libre?

Una sonrisa triste se dibuja en su rostro.

— Aceptar é tu decisión.

— ¿Lo prometes?

— Tienes mi palabra. — Inspira hondo. — Ahora vete. Piénsalo. Estaré esperando tu decisión.

Camino hacia la puerta y, antes de girar el pomo, lo miro.

— Gracias…

Él me mira.

— Por entenderme y respetar mis deseos. Es la primera vez que me ocurre algo así.

Asiente. Abro la puerta y, antes de salir, me vuelvo y confieso:

— Siempre creí que para ser feliz necesitaba ser libre. Y, por primera vez, empiezo a dudar de mis propias verdades. Gracias por respetarme.

Regreso a mi habitación confundida y sintiéndome cobarde por primera vez en la vida por no haberle dicho lo que siento: que yo también estoy enamorada.

Capítulo XXV

Pedro

Han pasado exactamente diez días desde que dejé a Cecilia en la hacienda, todavía aturdida por mi propuesta. Estoy casi seguro de que su respuesta será no, pero no podía dejar de intentarlo.

No mentí cuando afirmé que estaría dispuesto a casarme y a mantener una relación solo de amistad, aun estando enamorado de ella y deseándola más a cada día.

Nada más llegar a la hacienda, su tía Luiza me llamó a su despacho para conversar un poco.

Me agradeció haber comprendido las razones de su sobrina para recurrir a subterfugios y poder llegar hasta allí, y dejó entrever que el prometido elegido era un hombre violento y peligroso y que su padre no era muy distinto, y no dudaría en casarla contra su voluntad, ya que Cecilia era su heredera. Él quiere evitar a toda costa que, tras su muerte, la hacienda quede en manos del hijo que tuvo fuera del matrimonio y al que guarda un odio profundo, pues lo culpa de la muerte de su madre, fallecida al dar a luz. La mujer de la que estuvo enamorado y que lo convirtió en el hombre amargo y violento que es hoy.

No sé con certeza cuál fue la intención de su tía al compartir conmigo esa información, pero lo cierto es que quedé mucho más preocupado al conocer la gravedad del resentimiento del padre de Cecilia y de lo que sería capaz de hacer para castigarla por su desobediencia.

Me acerco a la ventana de mi habitación y me descubro imaginando una vida con Cecilia aquí, en esta casa llena de recuerdos felices de mis padres.

Oigo que llaman a la puerta y Antônia, o Nana, como la llamo, que trabaja con mi familia desde que nací, entra con una expresión sorprendida y de inmediato me pongo en alerta. Pensé que podía ser Bernardo, pero él no suele anunciarse.

— Pedrinho, tienes visita.

Como siempre, siento ganas de sonreír por la forma en que me llama. Mi padre la compró en una subasta de esclavizados para manumitirla inmediatamente después y, cuando quedó libre, le ofreció trabajo en nuestra casa. Era su costumbre comprar esclavizados para poder liberarlos, algo de lo que me siento muy orgulloso. Nana se hizo cargo de la casa, de mí y de mi padre cuando mi madre murió, y me trata como a un hijo que nunca tuvo.

— ¿Visita?

— Una jovencita tan bonita como un amanecer, muchacho.

Mi corazón se acelera. Cecilia.

— Gracias, Nana.

— ¿Es cosa de esta vieja o a mi muchacho se le han puesto los ojos brillantes por la jovencita?

— No seas entrometida, Nana — digo sonriendo, y beso su rostro. — ¿Podrías preparar algo para ofrecerle? No sé muy bien cómo tratar a una dama, ya que vivo rodeado de hombres.

— Hay un bizcocho de maíz calentito, Pedrinho. Se lo llevo enseguida. Ahora ve, que no se puede dejar esperando a una muchacha tan bonita.

— ¿Está sola?

— Sí, y parece bastante nerviosa.

Paso junto a ella y me dirijo a la sala.

Está de espaldas, observando un grabado que mi padre recibió en uno de sus viajes. Una mujer negra, rodeada de sus hijos, con una mirada triste y llena de pesar.

— ¿Te gusta?

Se gira bruscamente y siento el corazón latirme con fuerza en el pecho. La he echado de menos.

— Mucho — responde, y vuelve a mirar el grabado. — A pesar del desaliento retratado con tanta sinceridad. — Alisa la falda y vuelve a mirarme. — La esclavitud es abominable.

— Sí, lo es — concuerdo. — Mi padre luchó durante años para manumitir al mayor número de esclavizados que pudo.

— Tu padre debió de ser un gran hombre — murmura ella.

— Sí, lo fue. Ojalá pudiera llegar a ser la mitad del hombre que él fue.

— Ya lo eres — replica de inmediato, y mi corazón se acelera.

Inspirando hondo, por fin me mira.

— Me hiciste una propuesta, Pedro.

— Sí, la hice.

— Y he venido a hablar de ella y de mis condiciones.

— ¿Tus condiciones?

Sonrío. Es tan hermosa. El deseo de atraerla a mis brazos es tan fuerte que cruzo los brazos sobre el pecho para contenerme.

— ¿Nos sentamos? — le propongo.

Asiente y me acompaña. Su postura rígida delata todo su nerviosismo. Mis ojos recorren la blusa blanca, abotonada hasta el cuello, y la falda verde oscura que cae hasta sus pies. Lleva el cabello recogido en un moño y nunca me ha parecido tan bella.

— ¿Qué ocurre?

Me paso las manos por el cabello y confieso, sonriendo:

— Nada, solo la estaba admirando.

Frunce el ceño, como si no entendiera mis palabras.

— Pero has venido a escuchar cuáles son mis condiciones… te escucho.

Se sienta en el sillón y entrelaza las manos sobre el regazo. Parece nerviosa. Creo que nunca la he visto tan alterada.

— He pensado mucho en tu propuesta de… — se aclara la garganta, como si las palabras le costaran salir — matrimonio por conveniencia.

Permanezco en silencio, aguardando. Me siento frente a ella.

— Porque fue eso lo que me propusiste, ¿verdad, teniente?

— Pedro.

Su mirada se encuentra con la mía y veo cómo el rubor le colorea el rostro. Daría cualquier cosa por saber qué está pensando ahora, mientras me mira distraída y sonrojada.

— Pedro — repite.

— Sí, eso fue lo que propuse, Cecilia.

Aspira hondo, con los ojos fijos en los míos.

— Aunque dijeras que lo harías porque te enamoraste de mí.

— Es la verdad — confirmo, y siento de nuevo ganas de sonreír al verla removerse inquieta en el sillón.

Aclarando la garganta, continúa:

— Aun así, no me parece justo que no ganes nada con este trato.

— Mantenerte a salvo ya es suficiente para mí, muchacha.

— Pero no para mí — replica. — Como ya te dije, nunca he deseado casarme. El matrimonio no forma parte de mis planes ni de mis anhelos.

— Sí, lo dijiste — confirmo.

— Entonces propongo el siguiente acuerdo. — Clava los ojos en los míos. — Me casaré contigo por un tiempo previamente determinado.

Alzo una ceja. Ella continúa:

— Sí, estableceremos desde ahora cuánto tiempo durará este… acuerdo. Después de ese período, ambos quedaremos libres para vivir nuestras vidas como queramos. Sé que ante la Iglesia nunca podré volver a casarme, pero eso no me incomoda, ya que nunca fue mi deseo.

Cruzo los brazos sobre el pecho y espero en silencio a que continúe.

— Después de casarnos, mi padre y ese miserable del coronel Vieira no volverán a molestarme — se muerde el labio — y entonces estaré a salvo de nuevo.

— Entiendo — comento, fingiendo indiferencia.

— Pero, como he dicho, no me parece justo que hagas algo así por mí sin recibir nada a cambio.

Curioso, espero.

— Así que, como el matrimonio no está en mis planes, no veo ningún mal en que aprovechemos ese tiempo haciendo lo que deseemos.

De todas las cosas que podría haber dicho, esa me sorprende por completo. Sin estar seguro de haber comprendido su sugerencia, pregunto:

— ¿Lo que deseemos?

Ella alza el rostro de la forma que ya reconozco como defensiva.

— Sí.

Sus ojos ascienden lentamente desde mi pecho hasta mi cuello, mi boca y, por fin, encuentran mi mirada. La lentitud y el deseo en sus ojos despiertan mi cuerpo y me siento excitado como un

muchacho ante su primer amor.

Guardo silencio. Ella inspira hondo.

— No podemos negar que hay deseo entre nosotros, Pedro.

— Pedro — la corrijo.

— Pedro — repite. — Y no tiene sentido que vivamos bajo el mismo techo y nos privemos de ello.

— ¿De qué exactamente, Cecilia?

Sé a qué se refiere, pero quiero oírla confesarlo. Algo en su forma de mirarme enciende una llama de esperanza dentro de mí. Por mucho que lo niegue, no es solo deseo lo que veo arder en sus ojos. Tal vez esta mujer sentada frente a mí, ofreciéndome su cuerpo para compartir el placer, no sienta solo deseo por mí. Tal vez, como yo, tenga sentimientos y no quiera admitirlos porque eso haría tambalear todo lo que ha planeado para sí: una vida solitaria y libre de las ataduras del matrimonio. La esperanza comienza a brotar en mi pecho como una planta que rompe la tierra empapada tras una tormenta.

Su voz suena ronca cuando explica:

— Del placer que podemos compartir en la cama, Pedro. Sé que me deseas — su mirada vuelve a ser intensa — y no puedo negar que también me gusta sentir lo que despiertas en mi cuerpo, pero eso no significa que pretenda unirme a ti en un matrimonio con hijos y todo lo que la sociedad impone a las mujeres.

Permanezco en silencio, asimilando sus palabras. Puede que su propuesta parezca disparatada para cualquiera que la oiga, pero no para mí. Su valentía al exponer lo que siente solo confirma lo que ya sé: lograr despertar en esta mujer algo más que deseo será el objetivo de mi vida. La conquistaré y la amaré tanto que comprobará que el matrimonio no es una prisión cuando existe complicidad y el deseo es compartido.

Sigue mirándome y me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo en silencio. Carraspeo.

— Entonces propones que vivamos una vida conyugal hasta cumplir dos años de casados… — Asiente y continúo. — ¿Para poder disfrutar del deseo que hay entre nosotros?

— Exactamente — responde sin apartar la mirada.

Me inclino hacia delante y apoyo los brazos en las rodillas.

— ¿Estarías dispuesta a entregarte a mí para que no pase dos años privándome de acostarme con una mujer? ¿Es eso?

Ella aprieta el labio inferior entre los dientes. Inspira hondo una vez más.

— Me parece justo que disfrutes de tu papel de marido mientras estemos juntos. Solo no quiero que crees expectativas de vivir una historia romántica y eterna.

Me recuesto en la silla e inspiro profundamente. Esta mujer es completamente imprevisible, y eso la hace única. ¿Quién ha oído jamás una propuesta así?

Me mira, esperando que diga algo. Su pecho sube y baja con respiraciones irregulares; sé que está nerviosa.

— Tengo una contrapropuesta, Cecilia.

Se yergue.

— Te escucho.

— Nos casamos — sus ojos se clavan en los míos —, mantenemos el compromiso durante dos años y luego cada uno sigue su camino.

Ella espera a que continúe.

— Estando casado, ganaré respetabilidad para convertirme en un abogado respetado, como lo fue mi padre — inclino la cabeza. — He pensado seriamente en dejar la vida militar. Pero viviremos como amigos. Solo eso. Amigos. Nada de besos ni intimidades.

— Pero…

— No quiero tomar algo que no puedo tener — la interrumpo —, pero como seremos amigos, tendré libertad para tener discretamente mis encuentros amorosos sin sentirme culpable, ya que tú lo sabrás.

Abre la boca y la cierra.

— ¿Y por qué no puedes tener esos encuentros conmigo, si estoy dispuesta a ello?

La miro a los ojos.

— Porque no sería capaz de dejarte marchar si algún día fuéramos algo más que amigos. Estoy enamorado de ti, Cecilia; lo sabes, ya me he declarado.

Me pongo de pie y camino hasta el otro extremo de la sala. Me paso las manos por el cabello para calmarme. El deseo de tomarla entre mis brazos y demostrarle que lo que nos une es más que deseo es enorme. Pero necesito que sea ella quien venga a mí por su propia voluntad. Que reconozca lo que sentimos el uno por el otro y quiera quedarse conmigo para toda la vida. Y no lo conseguiré si le permito compartir mi cama. Ella creerá que lo que nos une es solo deseo carnal, y yo necesito que descubra que es mucho más que eso. Y si estoy equivocado y mi sentimiento no es correspondido, lo mejor para ambos es que no exista nada entre nosotros más allá de la amistad.

— Entiendo — dice ella.

— No, probablemente no lo entiendes — sonrío con tristeza —, pero estas son mis condiciones. Dos años de un matrimonio de apariencias. Tú ganas tu libertad y yo gano la respetabilidad de un hombre casado.

— Y podrás… — se aclara la garganta, como si le costara pronunciar las palabras — saciar tus deseos carnales con quien quieras…

— Sí, pero discretamente — miento descaradamente, pues jamás lo haré. — Te doy mi palabra de que nunca deshonraré nuestro matrimonio de fachada ante los demás. Pero entre

nosotros… — concluyo — solo existirá la verdad.

Se pone de pie y camina hasta el otro extremo de la sala. Mantiene las manos unidas y me da la espalda durante unos minutos. Cuando vuelve a colocarse frente a mí, veo en la firmeza de su mirada que su decisión está tomada.

— Acepto — dice. — Seremos amigos y nada más.

Asiento.

Camina hasta mí y se detiene frente a mí. Extiende la mano para sellar el acuerdo. Miro su mano delicada, ligeramente temblorosa, y la tomo entre las mías.

— Pero si, dentro de ese tiempo, cambias de idea sobre lo que quieres para tu futuro y me deseas como marido para recorrer conmigo tus sueños y deseos, dímelo, Cecilia. Estaré esperando.

— Hasta que te enamores de otra mujer… — dice, y veo que las palabras se le escapan sin poder contenerlas.

Mi corazón retumba en el pecho. Sí, tendré una oportunidad. Entonces, fingiendo una indiferencia que no siento, suelto su mano, doy un paso atrás y confirmo:

— Sí, hasta que encuentre a alguien que quiera vivir lo mismo que yo.

Una expresión triste cruza fugazmente su rostro expresivo, pero se recompone y dice:

— Tenemos un acuerdo, teniente.

Capítulo XXVI

Cecília

Termino la clase distraída. Por primera vez anhelo el silencio en lugar de alegrarme con el bullicio de los niños.

Me acerco a la ventana y observo el paisaje bucólico que siempre me devuelve la paz.

Desde que estuve con Pedro y sellamos el acuerdo, me siento inquieta. La solución que él propuso parece ser exactamente lo que siempre he deseado, pero, por algún motivo, me perturba saber que, incluso casados, él será libre, ya que mantendremos solo una relación de apariencia.

Dejo escapar un suspiro.

— ¿Cecilia?

La voz de la tía Luiza me saca de los pensamientos desconcertantes que han invadido mi mente. Pensar en Pedro con otra persona, de algún modo, me provoca una profunda opresión en el pecho. Pero no puedo ser tan egoísta como para exigirle fidelidad en una relación que será solo de apariencia y cuyo principal objetivo es ayudarme.

Me giro y miro a mi tía.

— Sí, tía.

— ¿Podemos hablar?

Entra en el aula sencilla, pero que significa tanto para mí, y se sienta en una de las sillas, frente a una mesita donde los alumnos hacen sus tareas.

— Siéntate aquí, querida — me pide, señalando una silla a su lado —, necesitamos hablar un poco.

Me siento e inspiro hondo. Sé bien de qué se trata. Cuando regresé de Río de Janeiro, busqué a mi tía y a Eleonor para contarles la decisión que había tomado.

Me escucharon en silencio y, cuando terminé, ambas se miraron, y con voz suave Eleonor me preguntó:

— Querida, sé que no tengo derecho a entrometerme en tus decisiones, pero ¿estás segura de que esta es la decisión correcta? — Inspiró hondo y, con una mirada serena, continuó. — Sé que tu situación es delicada y que tus convicciones sobre el matrimonio y la libertad se basan en tu experiencia de vida y en lo que ocurrió con tus padres… pero, míralo bien, querida, no todas las experiencias matrimoniales son negativas o están condenadas al fracaso.

— Lo que Eleonor quiere decir, Cecilia, es que aceptar un matrimonio de conveniencia te impedirá vivir algún día un matrimonio con alguien a quien ames — suspiró con tristeza. — Vivimos en una sociedad que castiga a las mujeres y les impide tomar decisiones. Para la Iglesia, el matrimonio es un vínculo indisoluble y, aunque pactes la separación con Pedro, quedarás marcada para siempre y no podrás volver a casarte.

— Lo sé, tía — murmuré —, pero prefiero correr ese riesgo antes que someterme a un matrimonio impuesto por mi padre.

— Pero, Cecilia, Eleonor y yo podemos protegerte de los abusos de tu padre.

— Tía, jamás me perdonaría si les ocurriera algo por mi culpa. Conozco a mi padre. Conozco al coronel Vieira. Nunca desistirán. A menos que sea demasiado tarde. Y al casarme me vuelvo inalcanzable, ya que la Iglesia no permite un nuevo matrimonio.

— Cecilia… — comenzó Eleonor, pero la interrumpí.

— Les agradezco. Estoy tan agradecida por todo lo que han hecho desde que llegué aquí. Me acogieron, me dieron más que un techo… Creyeron en mí y me permitieron, por primera vez, tomar mis propias decisiones. — Sonreí a ambas. — Pero ha llegado el momento de seguir mi camino. Y si la única forma de conseguir mi libertad es casándome, me casaré. Pero con alguien que me dé la esperanza de que, en el futuro, pueda trazar mi camino y volver a empezar… aunque sea como una paria, que es en lo que me convertiré cuando termine mi acuerdo con Pedro. Prefiero quedar al margen de la sociedad cuando nos separemos que vivir toda una vida de mentiras y violencia, que es lo que me espera.

Los semblantes de ambas estaban llenos de tristeza; imaginé que debía de ser difícil comprender mi elección, ya que se encontraron y viven felices.

— Agradezco su preocupación, pero mi decisión ya está tomada.

Vuelvo al presente. Mi tía me observa atentamente.

— Tu teniente está en la hacienda. Ha venido a pedir oficialmente tu mano.

Saber que está aquí me provoca una sensación extraña. Una mezcla de frío y calor que crece y parece desbordarse. No sé si dejé traslucir algo, porque mi tía, que me observa con atención, sonríe como si por fin comprendiera mis sentimientos.

— No veo por qué tendría que hacerlo, si dejé claro que conocerían nuestras razones para el matrimonio.

Suspira suavemente y su mirada bondadosa se posa en mi rostro.

— Querida, ese hombre que camina impaciente por nuestra casa, ansioso y nervioso, no tiene las mismas razones para casarse que tú dices tener.

— Pero solo seremos amigos, tía. Ese fue nuestro acuerdo.

— Cecilia, ¿puedo hacerte una pregunta?

— Claro, tía.

— ¿Por qué tienes tanto miedo de vivir el amor? — suspira bajito. — No todos los hombres actuarán como tu padre, querida.

— Yo…

— Tu madre eligió a tu padre, y no sé si él la habría elegido a ella. — No aparta los ojos de los míos. — Aunque al principio vivieron un matrimonio afectuoso, nunca estuvieron enamorados.

— La engañó y la despreció, tía.

— Se enamoró, querida. Y aunque detesto lo que le hizo a mi hermana, después de conocer a Eleonor comprendí que en el corazón nadie manda.

Guardo silencio. Ella continúa:

— Sé que ya te has dado cuenta de que lo que nos une es más que una amistad. — Me mira sin apartar la vista. — Estamos enamoradas la una de la otra, Cecilia. Pero Eleonor fue feliz en su matrimonio. Solo que no se enamoró de su marido. Y cuando él falleció y nos conocimos… — su mirada se pierde en el paisaje de la ventana — resistió mucho a lo que empezó a sentir por mí. En realidad, ambas resistimos.

— ¿Por lo que la gente pudiera decir o pensar de vosotras, tía?

— No, amor. Nunca nos ha importado lo que piensen de nosotras. Somos libres e independientes, así que la opinión ajena no nos afecta.

— Entonces, ¿por qué resistieron?

— Eleonor no quería traicionar la memoria de su marido. Como te dije, aunque no se enamoró de él, él estuvo muy enamorado de ella. Y sentía que traicionaría ese sentimiento si vivía lo que su corazón deseaba.

— ¿Y tú, tía? ¿Por qué resististe?

Entonces veo el amor brillar en sus ojos y su voz se quiebra al decir:

— Porque, a pesar de amarla y desearla, no quería ser la causa de ningún tipo de sufrimiento o culpa. Prefería renunciar a mis sentimientos para verla en paz y feliz. — Toma aire. — Sinceramente, nunca pensé que lo que ella sentía por mí fuera tan fuerte como lo que yo siento por ella.

Bajo la mirada hacia mis manos. De pronto, siento un nudo en la garganta con una emoción que no sé identificar. Ella concluye:

— Ese hombre te ama, Cecilia. Te ama tanto que está dispuesto a renunciar a lo que realmente desea para satisfacer tu deseo de ser libre. — Se levanta y camina hacia mí. — No permitas que los ejemplos de tu pasado te contaminen hasta el punto de perjudicar tu futuro, querida. No eres tu madre y, definitivamente, Pedro no es como tu padre. Veo en su mirada lo importante que es para él tu felicidad. Tan importante que está dispuesto a renunciar a la suya. — Extiende la mano y acaricia mi mejilla. — No desperdicies eso. Si sientes lo mismo por él, no dejes que tus supuestas certezas y tus miedos te impidan ser feliz, amor mío.

Alzo el rostro y clavo mis ojos en los suyos.

— Tía, quiero que sepas que lo que has hecho por mí… acogiéndome, orientándome, dedicándome atención y afecto, es algo que jamás imaginé recibir. Siento un profundo orgullo de ser tu sobrina y de tenerte hoy como madre. Gracias. Pensaré en todo lo que me has dicho.

Veo la emoción en sus ojos, que se humedecen.

— Yo soy quien te agradece que no me juzgues a mí ni a Eleonor, querida. No todos respetan a quienes deciden no seguir las convenciones sociales, sino a su corazón. El orgullo es mío por poder formar parte de tu vida. Cuenta siempre conmigo. Estaré a tu lado, independientemente de cualquier decisión que tomes. Aunque no esté de acuerdo con ella.

Una lágrima resbala por mi rostro. Ella la seca y dice:

— Ahora vamos a encontrarnos con tu teniente. Debe de estar preguntándose si te escondí en el cafetal.

Me seco otra lágrima y sonrío.

— No es mi teniente, tía.

— Dentro de unos días, quieras o no, lo será. — Me guiña un ojo. — Espero que sepas aprovechar bien ese hecho.

Me tiende la mano y la tomo. Caminamos hacia la casa grande con sus palabras resonando en mi interior.

¿Qué haría Pedro si le dijera que ya no quiero un matrimonio de mentira?

Sacudo la cabeza para espantar esa idea. No, no quiero un matrimonio. Quiero la libertad. El matrimonio será solo el medio para conseguir lo que siempre he anhelado.

Pero cuando entro en la sala y mis ojos se encuentran con él, que mira distraído el paisaje por la ventana, me doy cuenta de que sí, podría ser feliz amando y siendo amada por este hombre.

Capítulo XXVII

Pedro

Distraído, observando el extenso cafetal que cubre buena parte de la hacienda como un manto verde, intento calmar los latidos de mi corazón. Han pasado ya algunos días desde la última vez que nos vimos, y no puedo evitar pensar que quizá haya desistido de nuestro acuerdo.

Oigo el sonido de unos pasos y me vuelvo para encontrar a la mujer dueña de todos mis pensamientos. Tiene los ojos vidriosos, como si hubiera llorado, y me entran ganas de acercarme y estrecharla entre mis brazos.

— Cecilia — la saludo.

— Pedro — responde.

Su tía se acerca y sonríe.

— ¿Nos sentamos? Creo que el teniente desea hablar con nosotras, querida. — Camina con elegancia hasta un sillón acolchado y señala un sofá de dos plazas. — Siéntense, por favor — dice, indicándolo. — Le estaba explicando a Cecilia el motivo de su visita, teniente, pero creo que es mejor que sea usted quien lleve esta conversación.

Todos se acomodan. Mis ojos se posan en los de ella, inescrutables. Me aclaro la garganta y digo:

— El motivo de mi visita es oficializar nuestra decisión y pedir su mano en matrimonio a su tía, Cecilia.

Ella guarda silencio; me vuelvo hacia su tía y continúo:

— Señora Luiza, sé que usted es la persona a la que Cecilia considera como una madre, y me gustaría pedir oficialmente la mano de su sobrina en matrimonio.

Doña Luiza mira de mí a Cecilia.

— Teniente, sé que esta decisión no me corresponde a mí, sino a Cecilia, pero sepa que me alegra mucho saber que un hombre con su integridad desea compartir la vida con mi sobrina — clava los ojos en los míos. — Incluso conociendo los hechos.

La sostengo la mirada y asiento. Está de mi lado, constato. Sabe que amo a su sobrina, y debe creer que Cecilia siente algún afecto por mí, o jamás apoyaría este acuerdo.

— Se lo agradezco, señora. — Y mirando a Cecilia, continúo: — Cecilia, sé que ya hemos acordado todos los detalles, pero de verdad me gustaría hacer las cosas como deben hacerse. — Sus ojos se posan por fin en los míos, y no consigo identificar la emoción que emana de ellos. Inspiro hondo. — Y por eso he venido a avisarte de que mañana partiré hacia Minas Gerais. — El asombro se apodera de su rostro cuando concluyo: — Voy a pedir oficialmente tu mano en matrimonio a tu padre.

Ella se pone de pie de inmediato.

— ¿Qué? ¿Has perdido el juicio?

Sabía que no reaccionaría bien y que difícilmente me daría detalles sobre cómo encontrar a su padre, pero convencí a su tía para que me diera la información necesaria para localizarlo. Inspiro hondo e intento hacerle ver la importancia de hacerlo todo conforme manda la costumbre, para evitar futuras impugnaciones.

— No, todo lo contrario. — Me acerco a ella de nuevo. — Quiero asegurarme de que tu padre sepa que has aceptado mi propuesta. Quiero que sepa también quién es el hombre con el que te vas a casar: que soy un hombre honrado, que no le temo y que, a partir de ahora, cuidaré de ti. — Extiendo la mano y le acaricio la mejilla. — Y un hombre decente, Cecilia, no se casa con una joven de buena familia sin comunicárselo a su padre. Aunque él no dé su permiso.

Ella se lleva la mano al cuello, un gesto que ya le he visto hacer otras veces cuando está nerviosa. Se aparta de mi caricia.

— Sabes que no dará su bendición. — Empieza a caminar de un lado a otro, como si le fuera imposible estarse quieta. — Mi padre no es un hombre que acepte este tipo de cosas. — Agitada, me mira. — ¿Por qué molestarte en ir hasta allí y ponerte en riesgo?

Me acerco de nuevo.

— Porque eso fue lo que me enseñó mi padre, muchacha: hacer lo correcto aunque el otro no lo merezca. — Me acerco lo suficiente para que vea en mis ojos que no temo a su padre y que sé defenderme, y recalco: — No correré ningún riesgo, no te preocupes.

Ella junta las manos y retuerce los dedos, nerviosa. Su tía se pone de pie y nos mira.

— Querida, escúchalo. Tiene razón.

Cecilia mira a su tía y su expresión deja claro lo aterrada que está con mi decisión.

Mirándome, su tía añade:

— Pedro, gracias por tu consideración y respeto. Tienes mi apoyo. Voy a dejarlos a solas, querida. Creo que necesitan hablar un poco.

Sale de la sala y nos deja envueltos en un silencio inquieto.

Cecilia camina de un lado a otro, muy agitada, y luego se acerca.

— No quiero que vayas allí, Pedro.

Inspiro hondo. Deseo tanto que entienda mis motivos…

— Cecilia, no podemos vivir con miedo de tu padre o de tu pretendiente. Nos casaremos ante Dios, y sin asuntos pendientes.

— Por favor, Pedro — se acerca y se detiene muy cerca —, por favor, te lo pido. No vayas.

Me había prometido no tocarla. Mantener una distancia segura, ya que todos mis instintos claman por ella. Dando marcha atrás en todo lo que me había prometido por segunda vez, alargo la mano y se la poso en el rostro.

— Cecilia, necesito ir. — Dejo que mi pulgar acaricie su mejilla y ella cierra los ojos un instante. La fragilidad que muestra, tan rara en ella, me conmueve profundamente. — No es correcto casarnos como si estuviéramos haciendo algo malo. No lo estamos. Tú eres libre y yo también. Sé que desagradaríamos a tu padre, pero no podrá hacer nada para impedirlo.

— Pedro…

Le pongo la mano con suavidad sobre los labios.

— No te preocupes, muchacha. Sé cuidarme. — Intento sonreír. — Me ofende que tengas tan poca fe en tu futuro marido.

Su expresión seria y preocupada me calienta el pecho. Le importo. Teme por mí más de lo que quiere demostrar. Mis dedos acarician su rostro y veo cuánto le afecta mi contacto. Entonces añado:

— Prometo que volveré lo antes posible.

Ella levanta los ojos y veo en los suyos lo que jamás admitiría ahora: tiene miedo por mí. Le gusto, aunque no acepte ese hecho. Si antes tenía dudas, ahora ya no. Un calor se me expande en el pecho ante esa certeza.

Su voz es apenas un susurro cuando dice:

— Sé que acordamos ser solo amigos. — Sigo con la mano en su rostro y con mis ojos clavados en los suyos. Da un paso más hacia mí y su respiración roza mi boca. — Pero… ¿podrías besarme?

Solo una vez más.

El corazón me golpea el pecho con su petición. Debería decir que no. La deseo tanto que temo tocarla ahora y no poder contenerme. Y necesito cumplir mi promesa de que entre nosotros no habrá nada más que amistad. Necesito imponer esa distancia para que me eche de menos y admita que me quiere tanto como yo la quiero, y que nuestro matrimonio no será una farsa.

Pero mirando dentro de sus ojos emocionados y temerosos, doy el último paso que nos separa y comprendo que jamás podré negarle nada a esta mujer. No respondo. Levanto la otra mano, le sujeto la nuca y la beso.

Cuando nuestras bocas se encuentran, ella alza las manos y las enlaza en mi cuello como si necesitara asegurarse de que no voy a huir. Sus dedos se enredan en mi pelo y el placer que me provoca su contacto me arranca un gemido del fondo de la garganta. Dios, cuánto la deseo. Cuánto la amo. Profundizo el beso y dejo que mi cuerpo le muestre al suyo cuánto lo desea. Nuestras lenguas se entrelazan. Bajo la mano que le acariciaba el rostro hasta su espalda y la atraigo con firmeza contra mi cuerpo, rígido y ansioso por el suyo. Quiero que lo sienta. Y ella no se aparta. Ni siquiera afloja los brazos alrededor de mi cuello. Se hunde aún más en mi pelo y gime contra mi boca, dejándome desesperado por poseerla.

No sé cuánto tiempo permanecemos atrapados en ese beso intenso, pero cuando me aparto, veo lo difícil que le resulta terminar ese momento. Tiene el rostro sonrojado, los labios hinchados por nuestra avidez, y el pecho sube y baja al ritmo de su respiración acelerada.

Deslizo la mano de su nuca a su rostro.

— Tengo que ir — murmuro. — Bernardo está ahí fuera esperándome.

Sorprendida, me mira, y solo entonces se da cuenta de que no llevo uniforme.

— ¿No vas con la tropa?

Niego y doy un paso atrás. Necesito poner distancia o volveré a estrecharla entre mis brazos.

— No, los dos hemos pedido licencia a la Guardia Nacional.

— ¿Licencia?

— Sí. Durante unos meses, seré solo Pedro, no el teniente, como sueles llamarme — bromeo.

— ¿Piensas volver a tu cargo?

Suspiro. Me paso la mano por el rostro y confieso:

— Sinceramente, no lo sé. — Exhalo. — Tuve una audiencia con mi superior y pedí mi baja, pero me ofreció una licencia: un tiempo para reflexionar y estar seguro de que es lo que quiero.

Ella se queda mirándome en silencio. Y como si tomara una decisión, dice:

— Si no vas como soldado, tienes que tener aún más cuidado, Pedro. — Le tiembla la voz, pero me mira e intenta sonreír. — No estoy dispuesta a quedarme viuda antes de casarme.

Sonrío. Sí, esa es la mujer valiente que conozco.

— No te librarás de mí tan fácilmente, muchacha. — Doy un paso hacia ella. — Durante los próximos dos años estaremos tan cerca que me rogarás que me aleje.

Ella se muerde el labio y parece querer decir algo más, pero no lo hace. Y, sorprendiéndome, se acerca y vuelve a tomar mi boca en otro beso ardiente. Cuando nos separamos, ambos jadeantes, dice solamente:

— Entonces ve. Y vuelve vivo.

Hago el gesto de la venia y me alejo diciendo:

— Sí, señora.

Sonreímos y salgo de la sala con la sensación de haber conquistado algo muy valioso: la añoranza de Cecilia. Y, como solía decir mi padre, solo echamos de menos lo que amamos.

Con ese pensamiento aliviándome el corazón, me encuentro con Bernardo junto a nuestros caballos, con expresión distraída.

— ¿Qué pasa? — pregunto mientras monto a Tempestad.

— Nada — esquiva. — ¿Te has despedido de tu prometida?

Asiento.

Él alza una ceja, monta su caballo y, cuando cabalgamos hacia nuestro destino, dice:

— Supongo que haremos este viaje lo más rápido posible, ¿no? Por tu cara, tienes prisa por convertirte en un hombre casado.

Sin ganas de ocultar mi alegría, respondo sonriendo y espoleando a Tempestad:

— Tienes razón. Vamos, que tengo mucha prisa por volver.

Él pone los ojos en blanco y se burla:

— Ah, el amor…

Sin inmutarme ante la provocación, con una sonrisa amplia replico:

— Sí, ¡el amor! ¿Qué puede ser mejor que estar enamorado, Bernardo? ¡Algún día lo entenderás!

— Eso espero, amigo — dice, y esta vez no parece estar bromeando.

Cabalgando más deprisa de lo habitual, nos concentramos en el camino que tenemos por delante.

Cuanto antes lleguemos, antes volveremos. Y nunca he estado tan ansioso por regresar como ahora. Y el motivo es la mujer hermosa que me estará esperando y que, muy pronto, será mi esposa.

Capítulo XXVIII

Cecilia

— Madre mía, Cecilia, la pobre Esmeralda te está mirando asustada — dice Gabriela, señalando a mi yegua. — El cepillado es para relajarla, no para dejarla más nerviosa.

Detengo el cepillo a mitad del movimiento, rodeo a Esmeralda y acaricio su hocico.

— Perdón, cariño — me disculpo. — Estaba distraída.

— ¿Distraída? — se burla Gabriela.

Pongo los ojos en blanco. Suspiro y me acerco a donde mi amiga está sentada, tallando y creando algo en un trozo de madera, como suele hacer.

— ¿Crees que ya habrá llegado allí?

Levanta la cabeza y suspira.

— Probablemente sí. — Sigue tallando y, sin mirarme, añade: — Pero no creo que debas ponerte así. Tu teniente sabe cuidarse, Cecilia.

— No sabes de lo que es capaz mi padre.

— Puedo imaginarlo — dice, girando la pieza entre los dedos, como si hablara consigo misma —, pero también he aprendido que hay ciertos tipos de hombres que solo son violentos con mujeres indefensas. Cuando tratan con otros hombres, las cosas cambian.

— Lo sé — suspiro —, pero solo estaré tranquila cuando él regrese.

Ambas oímos pasos y el capataz de la hacienda entra en el establo.

— Señorita Cecilia, su tía pidió que la señorita vaya a la casa grande.

— ¿Qué ocurre, Matías? — pregunta Gabriela.

— No lo sé con certeza, pero ha recibido la visita de dos hombres y parece bastante alterada, señorita Gabriela.

— ¿Dos hombres? — pregunto.

Se quita el sombrero y se rasca la cabeza. Parece dudar si debe contar o no lo que vio. Por fin toma aire y dice:

— Dos hombres bien parecidos, pero con la maldad en la mirada. — Clava los ojos en mí. — Creo que la señorita debería darse prisa. Doña Luiza estaba muy nerviosa cuando me mandó a buscarla.

Dejo el cepillo sobre el montón de heno y me apresuro hacia la salida. Gabriela se levanta de inmediato para acompañarme.

— ¿Y mi madre, Matías? ¿Dónde está?

— La señora fue al pueblo a arreglar unos asuntos.

— ¿Entonces mi tía está sola? — Siento que se me va el color del rostro. — Dios mío, vamos rápido, Gabriela.

Salimos del establo rumbo a la casa grande e intento mantener la calma.

Unos minutos después, jadeantes, entramos en el salón y, estupefacta, me enfrento a mi padre, que me mira con tal indiferencia que siento que la sangre se me hiela.

Tengo los ojos fijos en los suyos cuando la voz de mi tía me saca del estupor.

— Cecilia, tu padre ha pedido verte. — La voz de mi tía denota todo el desprecio que siente por él. Me mira y continua: — Le he advertido que no irás a ninguna parte si no es tu voluntad.

Ignorándola, mi padre me mira y dice, con el desdén destilando en cada palabra:

— Aunque tu tía crea que tiene algún derecho estúpido sobre ti, ambos sabemos que no lo tiene. — Saca el reloj del bolsillo, mira la hora y lo guarda. — Y no tengo todo el tiempo del mundo. Si estoy aquí es porque prometí a tu madre en su lecho de muerte que soportaría la presencia de aquel… — toma aire — ya sabes de quién hablo — refunfuña — y que no te impediría convivir con él. Y es para cumplir mi promesa por lo que he venido.

— ¿De tu hijo? — replico. — ¿Aquel que fue fruto de tu gran amor y que, aun así, humillaste toda su vida? ¿Tratándolo con total crueldad y desprecio? — Doy un paso hacia él. Inspiro hondo. No es momento para esto. Intento mantener la calma. — ¿Qué pasa con Jonas, papá?

— Se está muriendo — dice con absoluta frialdad y tanta indiferencia que se me encoge el estómago. — Y como dije, prometí a tu madre, Cecilia, que lo mantendría cerca por ti. — Vuelve a sacar el reloj. — He venido a avisarte para que decidas si quieres estar presente… cuando se vaya. Bien, eso es todo. He venido a avisarte. Me marcho ahora. La calesa está esperando fuera y, si quieres venir conmigo para verlo con vida, creo que aún habrá tiempo de alcanzar su último aliento.

Mi cuerpo se tensa. El corazón me late con fuerza. Mi tía se acerca y me pone la mano en la espalda.

— Cálmate, querida — dice en voz baja.

Me seco una lágrima e intento mantener la voz firme cuando me acerco a él.

— Estás mintiendo.

— No seas insolente, Cecilia — gruñe. — Ese inútil se cayó del caballo y lleva días agonizando. Damiana me convenció para venir a avisarte. — Pone esa cara de desprecio que aprendí a odiar y añade: — Y esa es otra a la que tu madre acogió bajo su ala y me obligó a hacer promesas estúpidas.

La angustia se apodera de cada partícula de mi ser. El corazón me late desbocado y se me forma un nudo en la garganta.

— ¿Vienes o no? — pregunta impaciente.

Mi tía me mira y veo la angustia brillando en sus ojos. Sé que cree que no debería ir, pero no podré vivir sin saber qué ocurrió realmente con Jonas.

Cierro los ojos un segundo y me seco las lágrimas que caen sin control.

— Sí, iré.

— Cecilia — me llama mi tía —, querida, ¿estás segura?

Me giro hacia ella y le tomo las manos. Estoy tan devastada por tener que volver, por no haber estado al lado de mi hermano y por renunciar a mi sueño y a Pedro, que mi voz sale ronca, casi irreconocible:

— Necesito verlo, tía — ahora las lágrimas corren sin control —, no puedo creer que él…

Entonces me atrae a sus brazos y dejo que el miedo se derrame en forma de lágrimas.

Unos minutos después, mi padre refunfuña:

— Deja ya ese llanto, Cecilia. Nunca has sido así. — Y caminando hacia la puerta disse: — Te espero fuera. No tardes, no tengo todo el día.

Cuando sale, mi tía vuelve a tomar mis manos y su voz suena angustiada y preocupada:

— No me gusta la idea de que vuelvas allí sola, querida. — Extiende la mano y me acaricia el rostro. — Déjame hablar con Eleonor. Tal vez tenga alguna idea.

— No hay tiempo, tía. — Tomo aire. — Si lo que dijo mi padre es verdad, tengo que darme prisa.

— Cecilia…

— Avisa a Pedro, ¿sí? — Pensar en él me oprime el pecho. — No sé si lo encontraré, pero si no lo hago, dile que no pude esperarlo.

— Pero él fue a encontrarse con tu padre, querida — argumenta.

— Pero al parecer hubo un desencuentro.

— Si Dios quiere, estará allí esperando a que tu padre regrese y cuidará de ti.

Asiento.

— Ven, vamos a preparar una maleta con algunas cosas — dice, tomándome de la mano y llevándome a mi habitación. — Y te prometo que, si tardas en volver, yo misma iré a buscarte.

— Volveré, tía. No importa lo que haga mi padre, huiré de nuevo si me obliga a quedarme allí.

— No será necesario. Tu prometido no te dejará atrás, querida. — Su voz, llena de esperanza y fe, me calma. — Ese hombre está enamorado de ti y estoy segura de que no renunciará a ti tan fácilmente.

— Dios te oiga, tía.

Me apresuro a preparar el equipaje para regresar al lugar al que jamás quise volver.

Unos minutos después, subo a la carroza que me espera frente a la puerta del caserón con la sensación de que difícilmente regresaré a este lugar que, durante unos meses, se convirtió en mi hogar.

Capítulo XXIX

Pedro

— ¡Deja de pasearte de un lado a otro, hombre! — refunfuña Bernardo. — ¡Me estás poniendo de los nervios!

Me paso las manos por el cabello e inspiro hondo.

— ¡Quiero resolver este asunto cuanto antes, Bernardo! — reanudo el paso. — Y algo me dice que esta historia está muy mal contada.

— ¿Crees que su hermano te mintió?

— No lo sé — replico. — No me pareció alguien que mintiera para proteger a su padre. Pero algo me dice que él también fue engañado.

— Tengo que estar de acuerdo contigo, Pedro. El coronel Vieira es conocido en la región como un hombre astuto y artero. Y es extraño que nadie en la hacienda sepa con certeza adónde fue.

— Jonas aseguró que no lo sabe. Dijo que pasó algunos días en cama tras caerse del caballo y por eso no vio cuándo se marchó.

Bernardo se pone de pie y camina hasta donde estoy.

— ¿Qué haremos?

Alzo la cabeza, cierro los ojos e intento calmarme.

— Esperaré unos días más, Bernardo. — Le pongo la mano en el hombro. — Pero tú no tienes por qué quedarte, amigo.

Pone los ojos en blanco.

— No me moveré de aquí sin ti, Pedro. No sabemos de lo que es capaz ese zorro viejo.

Dejo escapar un suspiro.

— Espero que Cecilia no piense que he cambiado de idea y la he abandonado.

Se ríe.

— Solo llevamos aquí unos pocos días, hombre.

— Se preocupó por mi seguridad cuando le conté que vendría a ver a su padre. — Alzo la cabeza mirando al techo y cierro los ojos unos segundos. Respiro hondo e intento calmarme. — Si tardo demasiado, es capaz de pensar que ese trasto acabó conmigo.

— Y siendo tan valiente como es, no me extrañaría que fuera a pedirle cuentas al trasto de su padre — bromea Bernardo.

— Esperaré solo unos días más. Si no regresa, me casaré con Cecilia sin avisarle.

— No entiendo por qué te empeñaste en todo este trajín, Pedro.

— Quiero que sepa que el hombre con el que su hija va a casarse no es un cobarde, que no le tengo miedo.

— Tienes razón — asiente Bernardo.

— ¿Y hasta que vuelva, qué haremos?

Camino hasta la ventana de la habitación de la pensión donde nos alojamos. Miro la calle, donde la gente pasa apresurada; esclavizados de jornal circulan con sus bandejas, intentando esquivar las carretas y carruajes que van de un lado a otro con prisa.

— Mañana volveré a la hacienda e intentaré hablar otra vez con Jonas. — Me giro para mirarlo de frente. — Creo que no confía lo suficiente en mí como para darme la información que necesito.

Debería haber hablado mejor con Cecilia para saber en quién se puede confiar allí.

— Creo que él no quiere al coronel tanto como Cecilia — dice Bernardo, pensativo —, pero también creo que puede pensar que has venido a avisar al coronel de adónde escapó ella. Tal vez esté intentando protegerla.

Asiento y vuelvo a mirar por la ventana.

— Tiene sentido.

— Entonces el primer paso será ganarte su confianza, Pedro.

Me vuelvo hacia Bernardo.

— Tienes razón. Iré a buscarlo y le contaré parte de la historia. Quizá así me ayude a encontrar al coronel. Algo me dice que el maldito no viajó por negocios.

— Solo espero que el "negocio" que fue a tratar no tenga que ver con ella — comenta Bernardo.

Clavo los ojos en los suyos. No había pensado en esa posibilidad.

— ¿Crees que pudo haber descubierto adónde fue ella? — pregunto.

— No lo sé. Tal vez. — Bernardo camina hacia la puerta y, antes de salir, disse: — Mañana descubriremos hasta dónde sabe Jonas y cuán fiable es.

— Gracias por venir conmigo en esta empresa, Bernardo.

— Algún día puede que necesite algo parecido, y detestaría hacerlo sin el apoyo de un amigo — responde con humor. — ¿Quién sabe si algún día no necesitaré convencer a una dama para que se case conmigo y tú podrás contarle mis hazañas heroicas para impresionarla?

Bernardo se acerca y me pone una mano en el hombro.

— Te aseguro que no exageraré mis méritos ante la dama en cuestión. — Bromea, me da un apretón en el hombro y la seriedad vuelve cuando afirma: — Lo sé. Si hay alguien con quien puedo contar, eres tú, Pedro. — Me da una palmada en la espalda antes de alejarse hacia la puerta y, con un gesto, se despide: — Buenas noches.

— Buenas noches, Bernardo.

Cierra la puerta y me deja a solas con mis pensamientos, que parecen pájaros alborotados. Y el camino que recorren es uno solo: Cecilia y la añoranza que me ha ido consumiendo lentamente.

Capítulo XXX

Cecília

Han pasado exactamente diez días desde que traqueteamos dentro de una carroza. Las paradas que hacemos se reducen a las posadas al borde del camino, donde nos detenemos para comer y pasar la noche, y partimos al amanecer.

El traqueteo constante de la carroza hace que mi cabeza lata sin descanso y, no por primera vez, me arrepiento de no haber venido montada en Esmeralda, aun desobedeciendo a mi padre.

El viaje no se parece en nada al que hice para llegar a Río de Janeiro. En la posada descubrí que este camino que estamos recorriendo fue abierto recientemente para facilitar el transporte de mercancías hacia Río y, por esa razón, es mucho más rápido que las sendas de los arrieros que recorrimos con la tropa.

Mi padre comparte la carroza conmigo, pero no intercambiamos ni una palabra. Se mantiene en un silencio estoico y me pregunto la razón. No es propio de él dejar de lanzar amenazas y de dejar claro lo ingrata e irresponsable que he sido.

— Pasaremos la noche en la próxima villa — avisa.

— ¿Cuándo llegaremos?

Por primera vez, me mira, y algo en su rostro me hace apartar la mirada.

— Pronto. — Es la escueta respuesta que recibo.

Entonces, como ha hecho en los últimos días, fija la mirada en la estrecha ventanilla de la carroza y me ignora por completo.



Pasan dos días más y llego a la conclusión de que enloqueceré si sigo confinada con mi padre dentro de este espacio exiguo.

Para mi sorpresa, empiezo a reconocer el paisaje a mi alrededor y me doy cuenta de que estamos muy cerca de la villa próxima a nuestra hacienda.

— ¿Ya hemos llegado?

Mi padre no me mira. Permanece con la vista fija en la ventana.

— En un par de horas. Antes haremos una parada.

— ¿Una parada?

— Sí. — Es su única respuesta.

Confundida, empiezo a pensar en el verdadero propósito del viaje de mi padre a Río de Janeiro.

No me ha hecho ninguna pregunta y ha actuado como si yo no hubiera abandonado mi casa ni me hubiera internado en el monte con una tropa de hombres. No cuestionó ni mencionó el asunto. Una mala sensación empieza a oprimirme el pecho.

— ¿Dónde exactamente haremos la parada, padre?

— Eso no viene al caso. Pasaremos la noche allí.

— ¿No podemos seguir viaje? Estoy muy preocupada por Jonas.

— No. — Y cuando creo que no dirá nada más, su voz se impone al ruido de las ruedas de la carroza aplastando la grava: — No me obligues a actuar con violencia, Cecilia.

— ¿Violencia? ¿Por qué harías eso?

Vuelve la mirada a la carretera y responde, simplemente:

— Porque te estoy llevando a tu boda.



Nunca he sido una persona que pierda la esperanza con facilidad; siempre me he considerado optimista. Aunque no haya tenido la vida que deseé, aunque haya sufrido intensamente por la ausencia que dejó la muerte de mi madre, aunque haya pasado toda una vida rebelándome contra la forma en que mi padre trata a Jonas. Aun así, siempre creí que mantener el pensamiento positivo alejaba la tristeza. Hasta ahora.

Miro por la ventana del cuarto suntuoso en el que estoy recluida desde hace dos días. El cuarto que será mío cuando el matrimonio se consuma.

Mi padre me mintió. Utilizó el único argumento capaz de traerme de vuelta. Aun sabiendo de lo que es capaz, jamás imaginé que haría algo tan sórdido.

Me casaré pronto con el coronel Vieira. Y ahora sé que nada podrá impedir que me convierta en prisionera de ese hombre horrible. Aunque haya decidido huir en la primera oportunidad que surja después de consumada la unión. No viviré con ese hombre aborrecible. Prefiero mendigar por las calles de alguna villa lejana

antes que aceptar convertirme en una mujer que se doblegó dócilmente a lo que la vida le reservó. Haré mi elección de vida, por las buenas o por las malas.

Lamentablemente sé que no podré regresar a la casa de mi tía ni convertirme en esposa de Pedro, pues la Iglesia no aceptará casarnos habiendo yo pronunciado ya los votos con otro hombre. Así que solo me queda desaparecer definitivamente de los ojos conocidos.

Oigo un golpe suave en la puerta y Nala, la esclavizada que me ha ayudado desde que me encerraron aquí, entra con mi almuerzo. Su rostro bellísimo está tenso y de inmediato sé que no me gustarán las noticias que trae.

— Buenos días, señora — dice mientras camina hasta la mesita al otro lado del cuarto y deja la bandeja con mi comida.

— Gracias, Nala. Por favor, ya te pedí que me llamaras por mi nombre.

Ella sonríe. Una sonrisa de dientes blanquísimos y perfectos que la hace aún más hermosa.

— No puedo, señora.

Me levanto y camino hasta la mesita. No he comido últimamente. Las comidas van y vienen intactas. Pero si pretendo huir después de la boda, sé que debo estar fuerte para lo que me espera.

Sentándome, tomo los cubiertos y remuevo la comida. La miro: permanece de pie, con las manos entrelazadas frente al cuerpo.

— Nala, ¿sabes la distancia que hay de aquí a mi casa?

Por increíble que parezca, no tengo idea de la distancia entre la hacienda del coronel Vieira y la de mi padre. Siempre que me aventuraba por los montes para practicar tiro o cabalgar, me mantenía dentro de los límites de la hacienda de mi padre, que es inmensa.

Me observa con atención y, casi imperceptiblemente, asiente.

— ¿Crees que podría llegar en un día de caminata?

Asiente de nuevo.

Remuevo un poco más la comida.

— Señora — me llama, y alzo el rostro para encontrar su mirada —, ¿qué puedo hacer para ayudarla?

— ¿Me ayudarías?

— Nadie merece el destino de convertirse en mujer del coronel. — Su mirada se endurece. — Y usted morirá si eso ocurre. Él intentará doblegarla y, por lo poco que he visto, usted no cederá fácilmente.

Levanta el rostro y sus ojos se encuentran con los míos.

— No puedo dejarla huir, señora. Me castigarían severamente, pero si hay otra cosa que pueda hacer…

Me pongo de pie. Si mi padre mintió para encerrarme aquí, pudo haber mentido también sobre Jonas. Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho.

— ¿Podrías enviar un mensaje a alguien?

— ¿A la hacienda de su padre?

— Sí.

— Puedo hablar con alguien que lo haga, si se lo pido.

La atraigo hacia mis brazos en un abrazo de gratitud. Se queda rígida, con las manos pegadas al cuerpo, como si nunca hubiera sido abrazada.

Me aparto para mirarla a los ojos y susurrar:

— Aunque no consigas enviar el mensaje, quiero que sepas que jamás olvidaré tu gesto, Nala. — La voz se me quiebra y repito: — Jamás.

Ella sonríe y parpadea. Parece tan emocionada como yo.

— ¿Podrías conseguirme pluma y papel?

— Te los traeré hoy mismo.

— Gracias, Nala.

— No hace falta agradecer, señora. Espero que ese mensaje suyo logre impedir esta tragedia.

— Yo también, Nala. Yo también.

Capítulo XXXII

Pedro

Desmonto en la casa principal de la hacienda, con Bernardo justo detrás. Un hombre corpulento y armado se acerca.

— Buenos días — saludo.

Él apenas asiente y sujeta discretamente el arma.

— Me gustaría hablar con Jonas.

— No está.

— ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

Antes de que responda, Bernardo se adelanta.

— Camarada, no somos dos arrieros de paso. Somos soldados de la caballería y estaremos muy agradecidos si nos ayuda y nos facilita las cosas.

No titubea ni parece intimidado.

— Quiénes sean no me importa — dice. — El patrón no está y ustedes no tienen autorización para merodear por aquí.

Bernardo da un paso al frente y le pongo la mano en el pecho para detenerlo.

— No vale la pena, Bernardo. — Y, volviéndome hacia el hombre armado, digo sin apartar la mirada: — Nos vamos.

La expresión atónita de Bernardo sería graciosa si no fuera por el momento. Sabe que jamás aceptaré marcharme sin conseguir hablar con Jonas.

— Vamos — repito, y hago una leve seña que él comprende de inmediato.

Montamos nuestros caballos y cabalgamos hacia la salida de la hacienda. Cuando estamos cerca del portón, detengo el caballo y Bernardo hace lo mismo.

— ¿Cómo lo haremos? — pregunta.

— Daremos la vuelta y encontraremos a Jonas.

Asiente sin preguntar cómo. Ya hemos trabajado juntos varias veces y sabe que nada me impedirá hacer lo que he venido a hacer.

Recorremos toda la extensión de la hacienda hasta rodear la parte trasera, donde probablemente estén las antiguas dependencias. Bernardo se encarga de ocultar nuestras monturas y, solo cuando vuelve, saltamos la cerca y entramos. Rodeamos el lugar y no encontramos a nadie, solo a unas mujeres lavando ropa en un arroyo que desemboca al fondo de la propiedad. No nos notan y continúan conversando. Seguimos adelante y, tras escabullirnos entre los árboles y el jardín, por fin localizamos lo que buscamos: el establo.

La primera vez que estuvimos aquí, Jonas estaba en el establo cuando alguien fue a llamarlo, lo que hace pensar que se ocupa de los animales.

Bernardo se queda cerca de la puerta cubriéndome y yo entro en el espacio mal iluminado, lleno de cuadras.

En el primer pasillo solo hay algunos caballos. Giro a la izquierda y entonces lo veo. Está sentado con unos arreos en las manos, probablemente reparándolos.

Me acerco sin hacer ruido y, cuando estoy muy cerca, llamo su atención.

— ¿Jonas?

Levanta el rostro con rapidez y, no por primera vez, me asombra el parecido que tiene con Cecilia.

— ¿Qué quieres? — se pone de pie. — ¿Cómo has llegado hasta aquí?

— Quiero hablar contigo. Y he entrado a escondidas, ya que el capataz se negó a avisarte de mi presencia.

— Ya dije que no sé adónde viajó el coronel — repite.

— Lo dijiste — replico —, pero no te conté el motivo exacto de mi presencia. Y eso es lo que he venido a hacer ahora.

Asiente y vuelve a sentarse.

— Te escucho.

— ¿Sabes quién soy?

— ¿Debería saberlo?

— ¿Cómo te llamas?

— Jonas. Eso ya lo sabes.

— ¿Por casualidad eres el soldado Moreira, Jonas?

Un músculo palpita en su frente y veo cómo intenta cambiar de tema.

— No sé de qué hablas.

Respiro hondo y me siento.

— Sé que ella entró en la caballería usando tu nombre, Jonas. Y sé también que tú sabes que fui yo quien hizo el reclutamiento.

Permanece en silencio.

— Descubrí su disfraz muchos días después de que partiéramos de aquí.

Veo pasar fugazmente el divertimento por su mirada. Alzo una ceja y añado:

— Sí, me tomó por tonto durante muchos días.

Sigue en silencio. No puedo negar cuánto me gusta la lealtad que brilla en sus ojos.

— Está a salvo. En casa de su tía.

Por primera vez, me mira de frente.

— Y no, no he venido a decirle a tu padre dónde está.

— ¿Entonces a qué has venido?

Respiro hondo y, sin apartar la mirada de la suya, respondo:

— He venido a avisar al coronel de que me casaré con ella.

Sus ojos se entrecierran y acerca el rostro al mío, como si necesitara mirar dentro de mis ojos. Y cuando habla, la incredulidad gotea en cada palabra.

— Cecilia jamás se casará.

— Recibió tu carta — cuento — y…

Espera con paciencia. No diré que ella me pidió que la deshonrara para que el supuesto prometido la repudiara; probablemente se abalanzaría sobre mí sin dudarlo. Y no es eso lo que necesito. Necesito que esté de nuestro lado, así que cuento la otra parte de la historia.

— Y le propuse casarme con ella para librarla de la amenaza de su padre y del matrimonio forzado.

Me observa con atención. Guarda silencio durante unos minutos.

— ¿Y aceptó? — alza una ceja como si fuera imposible. — ¿Casarse contigo?

Asiento.

— ¿Y por qué? — señala hacia mí con incredulidad. — ¿Cómo conseguiste convencerla?

Sonrío un poco. Realmente la conoce bien. Entonces voy a mi última carta y lo suelto de una vez:

— Me enamoré de ella.

La sorpresa cruza su rostro por un instante ante mi confesión.

— Esa es la gran verdad — suspiro —, y no puedo ni siquiera pensar en que alguien la obligue a renunciar a su sueño y a su tan ansiada independencia. Por eso le propuse casarnos para protegerla.

— Ella no aceptaría eso.

— Al principio no quería aceptar — cuento —, pero llegamos a un acuerdo.

— ¿Qué acuerdo?

— Nos mantendremos casados por un tiempo determinado, solo para que esté a salvo. Después podrá seguir con su vida.

Clava la mirada en la mía durante largos segundos. Luego cruza los brazos sobre el pecho y hace la pregunta que yo también haría en su lugar:

— ¿Y tú, teniente? ¿Qué ganas con esta negociación?

No dudo y digo la verdad:

— Gano la oportunidad y un poco de tiempo para conquistarla. La amo, Jonas. Y haría cualquier cosa para protegerla. Incluso que me rompan el corazón si no lo consigo.

Me observa en silencio. Entonces toma su decisión.

— ¿Qué puedo hacer para ayudarlo, teniente?

Exhalo, aliviado. Extiendo la mano y digo:

— Pedro, me llamo Pedro.

Él estrecha mi mano.

— Es un placer conocerlo.

Su rostro se transforma con la primera sonrisa, idéntica a la de la mujer que amo.

— Jonas. Soy su hermano bastardo — dice con determinación. — Y haré lo que pueda para ayudarle a librarla de ese miserable.

Capítulo XXXIII

Cecília

Camino impaciente de un lado a otro. Ya han pasado algunas horas desde que entregué el billete a Nala para que se lo hiciera llegar a Jonas. Me aseguró que puede pedir a alguien que vaya hasta la hacienda de mi padre sin correr ningún riesgo. Para mi total sorpresa, conoce a Talia. Ambas ya se han encontrado en el arroyo que divide la hacienda, y me garantizó que la persona que llevará el mensaje también la conoce, lo que me deja más tranquila.

Vuelvo una vez más a la ventana. Sé que no tengo mucho tiempo. También sé que puedo poner la vida de Jonas en peligro, pero no podía simplemente no intentarlo. Es muy inteligente y sabrá cómo entrar aquí y ayudarme a huir.

La puerta se abre y, sobresaltada, me vuelvo pensando que es Nala. Pero quien se detiene en el umbral es el coronel Vieira, con su odiosa sonrisa.

— Vaya, vaya, ¿así que la señorita se levanta con las gallinas?

Mi corazón late desbocado en el pecho. ¿Habrá descubierto lo que hizo Nala? Jamás me perdonaría si ella fuera castigada por mi culpa.

Alzo el rostro y disimulo el pánico que siento. Él entra en mi habitación. Una de sus manos sujeta la cadena del reloj de bolsillo; la otra señala con desdén el suntuoso cuarto.

— Espero que las comodidades sean de su agrado.

No respondo. Él sonríe. Y en esa sonrisa veo toda la crueldad brillando en su mirada.

— Por lo que he oído de usted — se acerca un poco más —, suele ser muy elocuente. Este silencio resulta bastante sorprendente. ¿No sabe hablar, mi querida prometida?

Alzo aún más el rostro y, con todo el desprecio que consigo reunir en cada palabra, respondo:

— Váyase al infierno.

Sus ojos brillan. No de ira, sino de diversión. Es como si ese fuera exactamente el comportamiento que esperaba.

— Ahora sí, ahí está la impetuosa Cecilia que no teme a nada ni a nadie. — La sonrisa desaparece y me mira con muchísima, muchísima rabia. — Veremos si eso continúa así después de casarnos.

La amenaza velada no me intimida. Alzo aún más el mentón. Él vuelve a sonreír.

Entonces, lentamente, camina hasta la puerta y hace un gesto con la mano. Una esclavizada, un poco más joven que Nala, se acerca con la mirada baja y un bulto en las manos.

Señala la cama y ella lo deposita allí; con otro gesto, la despide.

— Traje un regalo.

— No quiero nada que venga de usted.

— Lo sé — dice con tranquilidad —, pero por suerte no está en posición de elegir nada. — Señala el paquete. — Llevará este vestido mañana en nuestra boda.

Por primera vez, me estremezco, y él lo nota.

— Sí, ahí está — dice satisfecho. — El miedo nublando sus hermosos ojos. — Se acerca un poco más a mí. — No piense que, como mi mujer, me hará de tonto como hizo con su viejo padre. Le enseñaré cómo respetar a un hombre, querida prometida.

— No me lo pondré.

Se acerca tan rápido que solo percibo lo que ocurre cuando siento su mano en mi cuello y sus dedos hundiéndose en mi garganta.

— Se lo pondrá y hará lo que yo ordene. — Sus ojos están fríos y crueles. — Su padre me dio su mano y ahora usted me pertenece; y él, por su parte, por fin está libre del peso de tener una hija ingrata que lo deshonró.

Entonces afloja los dedos y camina hacia la puerta.

— El sacerdote estará aquí mañana al final de la tarde para celebrar la ceremonia. No intente ninguna artimaña. No tendré ningún problema en sacarla de esta habitación y mandarla al cepo. — Su sonrisa es odiosa. — Sería interesante ver el látigo cortando su hermosa y blanca piel. Así trato a mis piezas. Y eso es lo que se convertirá a partir de mañana. Una pieza más. Alguien que aprenderá, por las buenas o por las malas, a quién debe obediencia.

Y con eso sale del cuarto y, por primera vez desde que llegué aquí, dejo que la desesperación inunde mi alma y se derrame en forma de sollozos que sacuden todo mi cuerpo.

Capítulo XXXIV

Pedro

Salgo apresuradamente cuando Bernardo me avisa de que Jonas me está esperando. Eso significa que debe tener alguna información. En nuestro último encuentro hablamos largo y tendido y me dejó muy preocupado escuchar los relatos que me hizo sobre el cambio de carácter del hombre tras la muerte de la madre de Jonas.

Al acercarme, noto de inmediato su agitación. Camina de un lado a otro y tiene las manos crispadas a los costados del cuerpo.

— Jonas, ¿qué ha pasado?

— Tenemos que hablar, Pedro.

— Ven conmigo — lo invito, y me sigue por el pasillo de la posada hasta mi habitación. Abro la puerta y entra. Se pasa la mano por el rostro y parece trastornado.

— ¿Qué ocurre, hombre?

— Cecilia.

— ¿Qué pasa con ella?

— Está aquí.

Mi corazón se acelera.

— ¿Cómo que está aquí?

— El maldito de nuestro padre fue a Río de Janeiro y se la trajo.

Lo miro, estupefacto.

— ¿Cómo? Su tía me aseguró que no lo permitiría.

— No sé qué artimaña usó ese maldito para traerla, pero vino — dice, y clava los ojos en los míos al añadir: — Y hay más…

Me acerco a él. Una vena palpita en mi sien y la sensación de que voy a oír algo que no me gustará se intensifica.

— Voy a ir allí — anuncio, ya encaminándome hacia la puerta. — Hablaré con su padre y…

— Ella no está en la hacienda.

Sorprendido, lo miro, esperando.

Entonces extiende la mano y me entrega un billete arrugado.

— Está en la hacienda del otro demonio. Del coronel Vieira. Y van a obligarla a casarse.

Me apresuro a abrir el billete.

"Me han secuestrado, necesito ayuda urgente. Estoy encerrada en el tercer cuarto del segundo piso, ala este. No consigo huir sola. Boda con el coronel Vieira fijada para mañana. Nuestro padre es cómplice.

Cecilia."

Mis dedos tiemblan. Releo el billete, escrito con su letra elegante, y siento el miedo deslizarse por mis entrañas. La ha traído para casarla. Es imposible que haya venido por voluntad propia. Algo no está bien.

Alzo la mirada y me encuentro con los ojos de Jonas, tan aterrados como los míos.

— ¿Cómo consiguió convencerla, Jonas?

— No lo sé. Cecilia no habría venido por su propia voluntad, de eso te lo aseguro.

Me paso las manos por el rostro y el cabello.

— Voy a ir allí.

Asiente, pero añade:

— Sí, iré contigo. Pero antes necesitamos un buen plan, Pedro. Sacarla de allí no será fácil, con ella vigilada.

— ¿Conoces la hacienda?

— De manera superficial. Limita con Ouro Verde y lo que separa ambas es el arroyo que cruza la propiedad.

Agito el billete.

— ¿Cómo te llegó esto?

— Una esclavizada se lo entregó a Talia.

— ¿Talia?

— Sí. Es amiga de Cecilia y una esclavizada de nuestra hacienda. Se lo dieron cuando estaba en el arroyo lavando ropa.

Sin poder contenerme, camino de un lado a otro.

— Espera aquí. Vuelvo enseguida.

Salgo deprisa a buscar a Bernardo. Nos ayudará a trazar un plan.

Llamo a la puerta de su habitación y abre al instante.

— ¿Y bien, Pedro? ¿Trajo información sobre el coronel?

— El padre ha traído a Cecilia para casarla, Bernardo — informo, y le cuento rápidamente lo que está ocurriendo.

— La robaremos.

— Sí, lo haremos. Sabía que podía contar contigo.

— ¿Dónde está Jonas?

— En mi habitación. Vamos.

Asiente y me sigue.

Abro la puerta, Bernardo entra y saluda rápidamente a Jonas.

— Jonas, este es Bernardo, mi amigo y también teniente. Nos ayudará a rescatarla.

Jonas asiente.

— ¿Tienes algún plan? — pregunta Bernardo.

— Entrar en la propiedad y sacarla de allí lo más rápido posible. Ese es mi plan.

Bernardo se vuelve hacia Jonas y pregunta:

— ¿Crees que podremos entrar sin que nos noten?

Niega y afirma:

— No. El coronel Vieira mantiene vigilancia porque muchos esclavos intentan huir, ya que es un hombre muy violento con sus cautivos.

— Creo que nuestra mejor opción es que yo vaya allí e intente engañar al coronel mientras vosotros la buscáis.

— ¿Cómo harás eso?

Me mira y reconozco esa mirada.

— Tengo una idea.

— Sabía que podía contar con tus ideas disparatadas y eficaces.

Nos explica el plan y, tras escucharlo atentamente, nos preparamos para llevarlo a cabo.

Intento no pensar en lo que Cecilia debe de estar sufriendo en manos de esos facinerosos. Necesito concentrarme en rescatarla; dejar que pensamientos asesinos se apoderen de mi razón no me ayudará en nada.



La desesperación intenta engullirme. Aún me duelen las manos de forzar la puerta y ya he pensado en la posibilidad de saltar por la ventana, hasta darme cuenta de que sería imposible por la altura. Miro el vestido extendido sobre la cama y siento la tentación de destrozarlo. El coronel envió a Nala a mi cuarto más temprano para avisarme de que nuestra boda sería hoy, al final de la tarde, en la capilla de la hacienda.

Camino hasta la ventana y veo el sol avanzando por el cielo. Tengo, como mucho, unas pocas horas para intentar escapar y no consigo pensar en nada.

Nala me aseguró que el mensaje fue entregado a Talia, así que Jonas ya debe de estar trazando algún plan para rescatarme. Lo que él no sabe es que solo me quedan unas horas. Después de convertirme en esposa del coronel y de que el matrimonio sea consumado, ya no podré huir de mi destino.

Oigo un golpe en la puerta y entra Nala.

— Señora, el coronel manda avisar que debe estar lista dentro de un par de horas.

— No voy a vestirme para agradarle, Nala. Tendrá que arrastrarme por la fuerza hasta la iglesia.

Mira hacia la puerta y camina hasta ella, cerrándola.

— Señora, no haga eso — suplica. — Usted no sabe de lo que es capaz el coronel.

— No me importa, Nala — se me quiebra la voz. — Si me obligan a casarme con él, no me importa lo que pueda hacerme.

— Señora — dice y luego baja la voz —, vístase. Tiene que ir allí y debe hacerlo sin resistencia. Será mejor para usted.

La forma en que lo dice me hace clavar los ojos en los suyos. Asiente rápidamente con la cabeza y entonces lo comprendo: Jonas debe de haber contactado.

Abro la boca para preguntar qué sabe, pero veo que no es seguro.

— Está bien, Nala — respondo, y veo el alivio cubrir su rostro. — Ayúdame a cambiarme, por favor.

— Claro que sí, señora.

Me quito el vestido y Nala me ayuda a ponerme el vestido de novia.

— ¿Puedo arreglarle el cabello, señora?

— Sí, te lo agradeceré.

Me siento y ella se coloca a mis espaldas. Ambas oímos el sonido de pasos alejándose y entonces comprendo que alguien nos estaba espiando. Mis ojos se encuentran con los suyos y ella asiente, como si supiera que me he dado cuenta.

Trabaja en silencio en un peinado intrincado y veo la tensión marcando su rostro.

Extiendo la mano y la coloco sobre la suya, apretando levemente. El agradecimiento silencioso recibe otro asentimiento.

Cuando estoy lista, camina hasta la puerta y, antes de salir, sus ojos se encuentran con los míos.

— Buena suerte, señora.

— Gracias por todo, Nala.

Asiente y sale, dejándome con el corazón acelerado ante la posibilidad de escapar del destino terrible que me aguarda.



Mi mirada se cruza con la de mi padre y trato de no llorar ante tanta decepción, rabia y revuelta que se apoderan de todo mi ser. Camina a mi lado, indiferente al sufrimiento que me consume, mientras me acompaña hasta la capilla que queda al fondo de la propiedad, donde se celebrará la ceremonia.

— ¿Cómo pudiste hacerme esto? — murmuro. — ¿Cómo pudiste ser tan cruel?

— No seas tonta, Cecilia. Te he conseguido un marido que aceptó casarse con alguien rebelde como tú. Deberías estar agradecida.

— ¿Agradecida? — pregunto, estupefacta. — Me está obligando a desposar a un hombre conocido por su crueldad. Un hombre que no respeta a nadie. Que no dudará en usar la violencia contra mí… ¿Cómo puedo estar agradecida?

— Solo usará la violencia si sigues comportándote como una niña mimada y petulante — suspira con hastío. — Sé una esposa dócil y no te ocurrirá ningún mal.

— ¿Por qué me odia tanto?

Y entonces, por primera vez en mucho tiempo, me mira.

— No te odio, niña tonta. Simplemente no siento nada por ti — responde, indiferente al dolor que me causan sus palabras. — Nunca amé a tu madre. Nunca la deseé como esposa, pero me vi obligado a casarme con ella para satisfacer el deseo de mi padre. Ese

matrimonio me costó la felicidad. Y cuando parió una niña y no un varón, me di cuenta de que tu madre no fue capaz de darme ni siquiera esa mínima alegría.

Una lágrima cae. Siempre supe que no le agradaba, pero jamás imaginé que sería tan indiferente.

Sigue hablando mientras caminamos hacia la iglesia:

— Casarte con un hombre poderoso como el coronel Vieira es un favor que te hago. Y deberías estar agradecida. Ni toda la tierra del mundo me haría desposar a una mujer impertinente como tú. Así que él te hace un favor al extender la protección de su nombre a una persona insolente como tú eres, Cecilia.

— Lo odio — replico.

— No necesito tu amor. Lo único que quiero es tu obediencia — responde sin titubear.

Trato de tragar la asfixiante necesidad de llorar. Un dolor parece partirme en dos. Siempre supe que no podía esperar afecto de mi padre, pero jamás imaginé que sintiera tanto desprecio por todo lo que me concierne.

— ¿Por qué se tomó la molestia de ir a buscarme? ¿Por qué no me olvidó simplemente?

Se detiene y responde con hastío:

— No trabajé toda mi vida ni sacrifiqué mi felicidad para dejar mis tierras al Imperio. Al menos sé que el coronel Vieira se hará cargo cuando yo falte. — Y continúa andando, diciendo por encima del hombro: — Ahora ven, que tu prometido ya te espera en la capilla.

Acelera el paso y, a regañadientes, lo sigo. Intento desesperadamente no dejar que la desesperación me domine. Huiré. No importa que ahora tenga que someterme a sus desmanes. Huiré en la primera oportunidad.

La pequeña capilla ya se distingue y, de pie en la puerta, está el odioso coronel Vieira. Incluso desde la distancia es imposible no percibir su aire de triunfo. Se me revuelve el estómago. Jamás permitiré que ese canalla me toque.

Me detengo unos segundos. El corazón me late acelerado y la respiración se me agita cuando caigo en la cuenta de que esto está ocurriendo de verdad.

Mi padre gruñe algo a mi lado y me tira del brazo sin ninguna delicadeza.

No voy a llorar. De ningún modo les daré el placer de ver cuánto miedo tengo.

Y cuando retomamos el paso, el sonido de cascos de caballo nos alcanza.

El coronel Vieira baja los escalones de la capilla y camina apresuradamente hacia nosotros. Miro atrás y solo entonces veo al jinete que se acerca a toda velocidad. Mi padre intenta sujetarme del brazo otra vez, pero me apresuro a apartarme. Alzo la falda del vestido y me preparo para huir. Al principio llego a pensar que puede ser Jonas, que viene en mi auxilio. Pero cuando mis ojos se encuentran, incluso desde la distancia, con los suyos, lo reconozco al instante: Pedro. Está aquí.

Mi padre mira al jinete que se aproxima, con el rostro medio cubierto por una especie de pañuelo, y frunce el ceño como si no comprendiera lo que está a punto de ocurrir.

— ¡¿Qué significa esto?! — gruñe, mirando al jinete que se acerca cada vez más rápido.

Me aparto de mi padre y echo a correr antes de que se dé cuenta de lo que sucede. Oigo al coronel Vieira gritar algo y, por encima del hombro, veo al sacerdote que llega apresuradamente a la puerta de la capilla.

El caballo de Pedro se detiene a mi lado, resoplando por el galope. Se levanta una nube de polvo. La emoción de verlo es tan grande que me quedo paralizada unos segundos.

Entonces extiende la mano libre y la tomo sin dudar. Me alza sin esfuerzo y me acomoda delante de él; cuando sus brazos me rodean, dejo que el alivio me inunde por fin.

Ya acomodada entre sus brazos, guía a Tempestad hasta donde está mi padre, que lo mira atónito. El coronel Vieira se acerca rápidamente, jadeante.

— No vuelvan a buscarla o no seré tan benevolente.

— ¿Pero quién demonios es usted? — pregunta el coronel Vieira. — ¡Suéltela de inmediato! ¡Es mi prometida!

— ¡Soy alguien dispuesto a protegerla de hombres como usted! — responde Pedro, y añade señalando a mi padre: — Quedan advertidos. Si vienen a buscarnos, se arrepentirán. ¡Cecilia ya no concierne a ninguno de ustedes!

— ¡Maldito! — grita el coronel. — ¡Suéltela ahora mismo!

Empieza a llamar a gritos a sus hombres, pero todo desaparece cuando Pedro espolea al caballo y sale al galope. A lo lejos oigo la voz histérica de mi padre y, a continuación, la del coronel ordenando ensillar su caballo.

Pero nada más importa. Estoy aquí, con él, y nunca me he sentido tan segura en mi vida.

No sé cómo llegó hasta aquí, pero sé que jamás podré estar lo bastante agradecida.

En un galope intenso, rodea la hacienda y no entiendo por qué lo hace. Entonces hace girar la montura y alcanza rápidamente el lado opuesto de la cerca que delimita la propiedad, y noto que las estacas han sido arrancadas, dejando una pequeña abertura.

— ¿Estás bien?

Su voz está ronca y tengo ganas de girarme para mirarlo a los ojos, pero solo asiento.

Atraviesa la abertura en un galope desenfrenado, concentrado y decidido. Y cuando salimos de la propiedad, veo a Jonas y a Bernardo montados, sosteniendo las riendas de un tercer caballo.

El alivio es tan grande que una lágrima cae. Jadeante, detiene la montura junto al caballo de Bernardo y extiende la mano. Bernardo se apresura a entregarle dos grandes alforjas, que él coloca sobre el lomo del caballo delante de mí.

— Ahí está todo, Pedro. No te preocupes, Jonas y yo nos encargaremos de despistarlos si deciden perseguiros.

Jonas se acerca y me mira atentamente, como buscando algún indicio de que haya sido violada.

— Cecilia, ese maldito hizo…

Lo interrumpo, intentando tranquilizarlo:

— Estoy bien, Jonas — mi voz sale quebrada. — Nunca podré agradecerte lo suficiente, hermano. Ten cuidado. Y gracias a ti también, Bernardo.

— No se preocupe, señorita, ya hemos hecho operaciones más arriesgadas — dice, y mirando a Pedro añade: — Nos vemos en unos días. Elige bien los senderos.

— Gracias — la voz me suena ronca. — A los dos. No lo habría conseguido sin vuestra ayuda.

— Sí que lo habrías conseguido — añade Bernardo —, pero estamos contentos de ayudaros. Ahora largo de aquí.

Asiente y tiende la mano a Jonas, que la estrecha con firmeza.

— No te preocupes, cuidaré de ella.

Jonas lo mira y veo el respeto brillando en los ojos de mi hermano.

— No tengo ninguna duda.

Jonas empareja su montura junto a la nuestra.

— Jonas, por favor, ten cuidado — le pido.

— No te preocupes, Cecilia, no sabrá que estuve involucrado en tu fuga. Bernardo y yo tuvimos cuidado de abrir camino hasta la hacienda del maldito sin levantar sospechas. — Extiende la mano y

acaricia mi mejilla. — Cuídate, hermanita. Y cuando puedas, manda noticias.

— Lo haré.

— Ahora idos — dice Jonas. — Arreglaremos la cerca para que no sigan vuestro rastro.

Pedro asiente y, con un último saludo, ata las riendas del otro caballo a su silla, espolea a su montura y se adentra en una senda casi cubierta por la vegetación. Entonces, por fin, suelto el aire aliviada. Estoy libre. La sensación de alivio y gratitud por haber escapado es tan fuerte que el llanto brota sin que pueda contenerlo, y cuando mi cuerpo se estremece sacudido por sollozos silenciosos, siento los brazos de Pedro cerrarse a mi alrededor y oírlo susurrar en mi oído:

— Shhh… calma. Ahora estás a salvo.

— Fuiste a buscarme — murmuro.

— Sí.

— ¿Cómo supiste dónde estaba?

— Jonas. Me ayudó a encontrarte.

Guardo silencio unos segundos.

— Jonas no suele confiar fácilmente en la gente… ¿Qué le dijiste para convencerlo de confiar en ti y en tus intenciones?

Permanece callado unos minutos; siento su pecho subir y bajar y su voz romper el silencio de la noche que se aproxima cuando confiesa en voz baja:

— Le dije que estaba enamorado de ti, muchacha.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro y dejo que sus palabras penetren en mi corazón, derribando algunas defensas más. Con un suspiro de pura satisfacción, me recuesto contra su pecho firme y, por primera vez en muchísimo tiempo, me siento plenamente feliz.

Capítulo XXXVI

Pedro

Con Cecilia acurrucada entre mis brazos mientras avanzamos por la senda casi cubierta por la vegetación, intento no sucumbir al deseo de besarla para apaciguar el miedo que me dominó desde el momento en que descubrí su paradero.

No he conseguido pasarla a su propio caballo. Necesito tenerla más cerca de mí durante unas horas, para calmar mi corazón.

Cuando Jonas vino a buscarme para informarme de dónde estaba, salimos de inmediato a trazar un plan y, para ello, necesitábamos reconocer el terreno. Lo que no imaginábamos era que la boda estaba a punto de celebrarse. Jonas logró escabullirse por la propiedad para descubrir el mejor camino hasta la casa principal, pues el plan era invadirla durante la noche y rescatarla; y se encontró con los preparativos para una boda que tendría lugar en la capilla de la hacienda en cuestión de horas.

Volvió corriendo para avisarnos y decidí que la rescataría de cualquier forma, aunque tuviera que exponerme. Analizamos los caminos alrededor de la hacienda y optamos por una senda casi cubierta que facilitaría la cabalgada.

Bernardo y Jonas organizaron los preparativos y se ofrecieron a buscar provisiones y una montura para Cecilia, para que pudiéramos pasar algunos días sin exponernos en posadas, mientras yo derribaba las estacas de la cerca que rodea la hacienda, pues solo así podría entrar a caballo y, en consecuencia, sorprender a todos y salir con rapidez.

Con todo listo, esperamos pacientemente la salida de Cecilia rumbo a la capilla. Mientras estuvo en la hacienda Ouro Verde buscando vestimentas para ella, Jonas le contó a Talia el plan de rescate y ella se ofreció a ayudar, avisando a Nala de lo que iba a ocurrir.

Y así, trabajando juntos, logramos urdir el rescate.

Por poco no lo eché todo a perder cuando vi a Cecilia caminar completamente devastada al lado de su padre. No pude oír lo que decían, pero su desolación era evidente incluso desde la distancia. Y cuando Bernardo dio la señal, avisando de que los dos hombres que vigilaban la hacienda habían sido reducidos por él y por Jonas, monté a Tempestad y cabalgué a toda prisa hacia ella y su padre. Por un instante temí que no me reconociera, pues opté por cubrirme el rostro para que nadie supiera a quién buscar. Pero al verme, el alivio inundó sus ojos y, cuando le tendí la mano, la tomó sin vacilar.

Debemos mantenernos en la senda durante dos días más, hasta llegar a una villa donde nos quedaremos algún tiempo. Bernardo nos encontrará allí, después de averiguar cómo quedaron las cosas tras la fuga. El plan es apresurar nuestro matrimonio y así sacarla del alcance de su padre y del coronel.

Ella se mueve entre mis brazos para mirarme a los ojos.

— Pedro…

— ¿Sí?

— ¿Qué haremos ahora?

— Pasaremos algunas noches acampados en la senda — explico. — Me gustaría poder llevarte a una posada para que descansaras, pero aún no lo considero seguro.

— No me importa quedarnos en la senda — suspira —, pero temo que sufras represalias. Ese hombre… — la voz se le quiebra. — No aceptará tan fácilmente mi huida.

— No te preocupes por eso. Bernardo estará atento. Nos encontrará en unos días en una villa a varios días de camino.

Guarda silencio. Y su voz es apenas un susurro cuando dice:

— Mi padre me odia… — respira hondo. — Siempre lo creí frío e indiferente, pero jamás imaginé que no albergara ni el más mínimo sentimiento por mí… y hoy me mostró cuánto me desprecia.

Permanezco en silencio. No quiero decirle lo que supe por Jonas: lo furioso que se puso su padre con la fuga y el acuerdo que hizo con el coronel para que aún la aceptara.

No me cabe duda de que la habría casado con el coronel, aun siendo conocido por su crueldad y su placer en causar dolor. Así trata a sus cautivos, y así habría tratado a Cecilia, pues ella jamás se sometería.

La noche ya ha caído por completo y estamos muy lejos de los caminos, lo que significa que ya es seguro detenernos para pasar la noche.

Guío su caballo junto al mío hasta una pequeña clareira y entonces desmonto. Alzo los brazos para ayudarla a bajar de Tempestad. A pesar de todo lo ocurrido, verla vestida de novia despierta en mí una sensación de posesividad que jamás imaginé sentir. Nunca he deseado nada tanto como deseo el amor de esta mujer.

Acepta la ayuda para desmontar y desliza su cuerpo junto al mío, sin apartarse ni soltarme. Sus manos se cruzan en mi cuello y, alzando el rostro, con la boca casi pegada a la mía, susurra:

— ¿Podrías besarme, teniente?

El recuerdo de nuestro primer beso me invade y sonrío por primera vez en muchos días.

— Tu deseo es una orden, señorita — repito la respuesta que le di entonces.

Con mucho cuidado, tomo su rostro con ambas manos y poso mis labios en los suyos. Al principio, me limito a salpicar besos en sus labios, en sus ojos, en su mejilla. La sensación de tenerla entre mis brazos es tan embriagadora que quiero, con mis besos, asegurarme de que esto es real. Pero Cecilia toma la iniciativa y muerde mi labio inferior, tirando suavemente de él.

— Un beso completo, teniente. Necesito sentirlo de todas las formas.

Hundo los dedos en su cabello y, por fin, la beso de verdad. Ella abre la boca para recibir mi lengua, con la misma ansia y desesperación que recorre cada fibra de mi cuerpo.

Nuestras lenguas se entrelazan y ella pega aún más su cuerpo al mío. Desesperado por sentirla, deslizo una mano por su espalda y la atraigo para que note cuánto la deseo.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos y, cuando Tempestad relincha impaciente, nos separamos, jadeantes.

— Gracias — susurra.

Apoyo mi frente en la suya y, mirándola a los ojos, respondo:

— No tienes que agradecerme. Jamás habría permitido que te casaras con ese maldito. Si no hubiera llegado a tiempo, te habría arrebatado de él de cualquier modo.

Su mirada es intensa cuando me observa en silencio unos segundos antes de volver a besarme.

Capítulo XXXVII

Cecília

Observo a Pedro encendiendo la hoguera y me siento tentada de acercarme y besarlo de nuevo. No sé con certeza si este deseo desenfrenado es fruto del miedo que sentí antes, pero tengo todo el cuerpo en llamas, ansiando el calor de su abrazo. De su toque. De su olor.

Ato la montura que será mi compañera de viaje durante los próximos días y le quito la silla. Acaricio su hocico castaño, con una pequeña mancha blanca, y relincha suavemente, como si disfrutara de la caricia.

A mis pies está uno de los alforjes que Bernardo entregó a Pedro.

Lo tomo, me aparto del caballo y camino hasta un tronco caído, donde me siento.

Abro el alforje y una sonrisa se dibuja en mi rostro. Sé que fue Talia quien eligió la ropa de montar y el vestido sencillo que encuentro, y agradezco una vez más haber tenido, a lo largo de la vida, amigos tan buenos y fieles, aun cuando sufrieron constantes malos tratos por parte de mi padre.

Tomo la ropa de montar y vuelvo a colocar el vestido en el fondo del alforje. También hay una manta, que cojo.

Vuelvo a mirar a Pedro, que ahora saca un envoltorio de su alforje; sé que se trata de nuestra comida.

Respiro hondo, decidida, y con la ropa en una mano y la manta en la otra, camino hacia donde está.

El vestido de novia se enreda en mis piernas mientras avanzo, reafirmando mi decisión.

— ¿Teniente? — lo llamo, y él alza la vista y se muerde el labio.

— Es Pedro, muchacha — bromea.

Le doy la espalda y pido por encima del hombro:

— ¿Podría ayudarme aquí, teniente?

Veo cómo deja el envoltorio a un lado y se levanta, quedando pegado a mi espalda. Estamos tan cerca que siento su respiración en mi cuello.

— ¿Qué tengo que hacer? — susurra.

El corazón me retumba en el pecho, pero mi voz sale firme:

— ¿Podría abrir los botones?

El tiempo parece arrastrarse cuando siento sus manos tocar mi espalda. Abre los primeros botones y el roce de sus dedos en la base de mi cuello, en una caricia ligera, me provoca escalofríos que nada tienen que ver con la brisa fría que corre entre los árboles.

Uno a uno, los botones se desabrochan. Su respiración es agitada y me alivia saber que no soy la única tan afectada.

— Listo, muchacha.

Sujetando el vestido ya abierto con ambas manos, me vuelvo y quedo frente a él.

Sus ojos brillan con intensidad y ni siquiera la escasa luz logra ocultar el deseo que palpita entre nosotros como algo tangible.

Lentamente, suelto las manos y el vestido se desliza, amontonándose a mis pies. Él no aparta los ojos de los míos.

— Te quiero, Pedro — confieso, y doy un paso adelante; solo la fina capa de tela de mi combinación no consigue ocultar los efectos del deseo que siento. Mis pechos están duros y se marcan con facilidad, proyectándose en el tejido que ahora parece pegarse a mi piel.

— Cecilia… — abre la boca para objetar, pero lo detengo poniendo la mano sobre sus labios.

— No me hagas suplicar, teniente.

Da un único paso y volvemos a quedar con los cuerpos pegados. Alza las manos y toma mi rostro. Hay tanta seriedad en su mirada que un estremecimiento me recorre. Y su voz sale ronca cuando dice, como si hablara consigo mismo:

— Por Dios, ya no puedo resistirme a lo que siento. — Acaricia mis pómulos con los dedos y su voz es apenas un susurro cuando añade: — Te haré mía, pero quiero que me prometas que te casarás conmigo como habíamos acordado.

Guardo silencio. Repite:

— ¿Te casarás conmigo, Cecilia? ¿Nuestro acuerdo sigue en pie?

Se me cierra la garganta. Quiero decir que el acuerdo se vaya al infierno. Que lo quiero de cualquier modo, con tal de que no me deje. Que no quiero un matrimonio de conveniencia, con plazo determinado. Que no lo quiero para asegurar mi honor. Que lo quiero porque estoy completamente enamorada de él. Pero cuando mis ojos se encuentran con los suyos, temo que haya cambiado de idea y que solo me quiera en los términos de nuestro acuerdo. Así que miento:

— Sí, nuestro acuerdo sigue en pie. — Acaricio su labio con el pulgar y sussurro: — Ahora hazme tuya, teniente.

Sonríe, y Dios mío, ¿cuán hermoso puede ser un gesto así? El corazón me late acelerado cuando toma mi boca en un beso ardiente. Separándose apenas, sujeta el bajo de mi combinación y me la quita, dejándome solo con la ropa interior.

Sus dedos recorren sin prisa mi cuello, mis hombros y descienden lentamente hasta mis pechos. Los toma con ambas manos y acaricia los pezones con los pulgares. La sensación de sus dedos ásperos sobre mi piel es tan intensa que cierro los ojos y dejo escapar un gemido profundo.

— Dios mío, qué perfecta eres… — dice en voz baja.

Abro los ojos y, con las manos temblorosas, sujeto la base de su camisa y pido:

— Quiero verte…

Ayudándome a alzarla, se la quita por la cabeza. Su pecho duro, cubierto por una fina capa de vello, atrae mis dedos de manera irresistible. Apoyo las manos en su torso firme y desciendo por su abdomen. Siento cómo la piel se contrae bajo mis dedos. Fascinada al ver cómo mi contacto despierta sensaciones, subo las manos y hago en sus pezones lo mismo que él hizo en los míos. Con los pulgares acaricio su pecho, y ahora es él quien gime.

— Maldita sea, si sigues haciendo eso me desharé en los pantalones en cualquier momento como un chiquillo, Cecilia.

Me siento tan poderosa en este instante. Es como si me dijera que tengo un gran poder sobre su cuerpo. Me acerco aún más y deposito un beso en la curva de su cuello. Nuestros pechos desnudos, ahora en contacto, provocan una sensación completamente desconocida en mi cuerpo. Un fuego parece consumirme y quiero dejarme quemar.

Pedro me besa con intensidad. Nuestras lenguas se enredan y nuestros cuerpos se funden.

Cuando nos separamos para respirar, da un pequeño paso atrás y, sujetando mi ropa interior con ambas manos, se arrodilla y la hace deslizarse por mis piernas. Completamente desnuda ante él, no

siento vergüenza alguna. Lo que siento es tan intenso y natural. Aún de rodillas, alza las manos y vuelve a tomar mis pechos. Bajo la mirada y encuentro la suya, completamente absorto en todo lo que está ocurriendo. Desliza las manos por mi vientre desnudo, tal como hice yo con él, hasta llegar a mi intimidad. Apoya una mano en mi cintura y los dedos de la otra se enredan en mi vello. Cuando la yema de su dedo toca la humedad intensa que brota sin control entre mis piernas, me aferro a él para no caer, tal es el placer que siento.

Me acaricia sin prisa. Con el pulgar y el índice separa mis labios y pasa la lengua con suavidad.

— Tan deliciosa… — murmura entre una caricia y otra. — Jamás probé algo tan condenadamente delicioso, Cecilia.

Su boca me devora ahora sin tregua. Mis dedos se hunden en su cabello para sostenerme, pero también para impedir que se detenga. Y no se detiene. Cada vez más rápido, su lengua va construyendo algo poderoso dentro de mí. El placer es tan intenso que lágrimas resbalan por mis mejillas. Y cuando, una vez más, acelera el movimiento de su lengua, siento que mi cuerpo se estremece y una ola avasalladora de placer barre cada parte de mí.

Cuando consigo mirar hacia abajo, lo veo con la frente apoyada en mi vientre. Su respiración es tan agitada que parece haber tocado el cielo él, y no yo.

Se levanta y toma mi rostro, besándome con intensidad. Siento mi sabor en la punta de su lengua y, una vez más, mi cuerpo late con un deseo desconocido.

Al separarnos, se inclina y recoge la manta que dejé en el suelo. Tomándome de la mano, me conduce junto a la hoguera, que crepita con fuerza.

Extiende la manta al lado del fuego y, sin apartar los ojos de los míos, se quita las botas y luego los pantalones. Su miembro erecto salta ante mí.

Nunca pensé demasiado en cómo sería la anatomía masculina, pero ahora, viéndolo desnudo y rígido, entiendo perfectamente el porqué de nuestras diferencias. Doy un paso adelante y extiendo la mano.

— ¿Puedo tocarte?

Asiente.

— ¿Así? — pregunto mientras acaricio la punta con el pulgar, de donde brota un líquido. — Enséñame cómo darte placer… — le pido.

Coloca su mano sobre la mía y guía el movimiento, de arriba abajo.

— ¿Así? — pregunto al empezar a mover la mano.

— Dios, sí — murmura.

Acelero el ritmo y sus ojos se enturbian. Deseando darle el mismo placer que yo sentí, me arrodillo; su expresión es de sorpresa y ansia.

— ¿Puedo besarte aquí? — pregunto, sujetándolo.

— Sí — responde, ronco.

Saco la lengua y la paso por el orificio de donde brota el líquido. Su gemido es intenso. Recorro con la lengua toda su extensión. Él hunde los dedos en mi cabello y, cuando abro la boca y lo tomo, sé que le provoco lo mismo que él me provocó a mí. Su cuerpo empieza a balancearse hacia delante y hacia atrás y, cuando me acostumbro al movimiento, lo introduzco todo lo que soy capaz de soportar.

Sus gemidos invaden la noche silenciosa.

— Cecilia, Dios mío… voy a… voy a…

Como por instinto, acelero aún más y siento cómo todo su cuerpo se estremece y la piel se le eriza cuando chorros descienden por mi garganta. Alzo la mirada y lo veo con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, como si experimentara algo completamente

único e intenso. Y cuando sus ojos se encuentran con los míos, veo la fascinación brillando en su rostro y me doy cuenta de que jamás me he sentido tan libre y poderosa como en este momento.



Capítulo XXXVIII

Pedro

Me pongo en pie y la beso con intensidad, y esta vez soy yo quien siente su propio sabor en su boca. Aún aturdido por lo que acaba de ocurrir, me siento sobre la manta y la atraigo hacia mi regazo. Ella viene sin resistencia ni pudor alguno, y eso inunda mi pecho con una sensación de pertenencia que jamás imaginé sentir. Es tan natural tenerla así que tengo la impresión de haber pasado toda la vida simplemente esperándola.

Con ternura, beso la suave curva de su cuello y dejo que mi lengua roce su piel. Un suspiro leve escapa de sus labios y sus dedos se cierran con más firmeza en mi nuca. Continúo besando su rostro, muerdo el lóbulo de su oreja y atrapo su labio inferior con los dientes. Ella gime y abre la boca para recibir mi lengua, que se enreda con la suya en un beso profundo e íntimo. Mi cuerpo despierta al instante y percibo el momento exacto en que ella se da cuenta, porque suelta mi cabello y baja la mano hasta mi sexo, entre nuestros cuerpos, y al acariciarlo murmura:

— Te quiero, Pedro… Muéstrame cómo puede ser.

— Yo también te quiero más que a nada.

Me tumbo con ella sobre mi cuerpo y, besándola con intensidad, giro para quedar suspendido sobre el suyo. Me desplazo de lado y, con cuidado, beso uno de sus pechos y lo tomo en la boca, succionándolo. Ella gime y se arquea; intensifico el movimiento, alternando besos y caricias, mientras ese pecho cabe a la perfección en mi mano y en mi boca.

Deslizo la mano por su vientre liso hasta llegar a su sexo, ya completamente húmedo. Su aroma de mujer invade mis sentidos y me provoca un estremecimiento de placer. Con cuidado, aparto el vello sedoso y empiezo a tocarla de nuevo. Ella abre las piernas de forma automática y empuja el cuerpo hacia mi mano. Intensifico el ritmo y siento cómo su humedad aumenta. Antes de que alcance el clímax, retiro la mano. Murmura una protesta y no puedo evitar sonreír.

Con cuidado me coloco entre sus piernas; ahora nuestros cuerpos quedan alineados. La beso de nuevo, enredando mi lengua con la suya. Al separarnos, la miro a los ojos antes de decir:

— Dicen que la primera vez puede doler, Cecilia… Daría cualquier cosa por no hacerte daño.

Ella extiende la mano y acaricia mi mejilla.

— Lo sé… no te preocupes, confío en ti.

Abre aún más las piernas y, lentamente, comienzo a penetrarla. Siento la barrera de su virginidad y retrocedo cuando su cuerpo se tensa bajo el mío. Apoyándome en los codos, llevo una mano entre nuestros cuerpos y vuelvo a tocarla. Su reacción es inmediata: empieza a gemir mientras acelero el movimiento. Vuelvo a avanzar dentro de ella y, aun con la resistencia de su castidad, me atrae hacia sí. Con gemidos profundos, acelero cuando por fin la tomo por completo.

La sensación de estar dentro de ella es tan intensa que me detengo un instante, sin moverme, para saborearla. Nuestros ojos se encuentran; los suyos están sorprendidos y radiantes cuando comprende. Beso su boca y empiezo a entrar y salir con embestidas

cadenciosas, dándole tiempo para acostumbrarse a mi cuerpo. Pero Cecilia no se contiene y, para mi sorpresa, cruza las piernas a mi espalda, dándome mejor acceso. Entonces pierdo el resto del control y comienzo a moverme más profundo y más rápido. Al frotar mi cuerpo contra el suyo, sé que la fricción la llevará pronto al clímax. Gime contra mi boca. Acelero aún más y, de pronto, siento su cuerpo estremecerse largamente y su sexo cerrarse alrededor de mí como un puño. La sensación es tan deliciosa que, con una última embestida, mi cuerpo también se sacude y una ola de placer me consume de una forma que jamás imaginé posible; cuando me derramo en su interior, quedo sin aliento y feliz como nunca antes.



Capítulo XXXIX

Cecília

Un roce suave en mi rostro es lo primero que siento al despertar. Aún con los ojos cerrados, los recuerdos de la noche anterior me invaden y siento cómo el calor me sube de inmediato. A medida que el sueño se disipa, empiezo a darme cuenta de que estoy recostada casi por completo sobre su cuerpo y que son sus dedos los que acarician mi rostro. Mi cabeza descansa en el hueco de su brazo y mi pierna reposa sobre la suya. El calor de nuestros cuerpos bajo la manta que él extendió sobre nosotros es tan reconfortante que me sorprendo pensando que no me importaría pasar el resto de mis días así: arropada entre sus brazos. Ese pensamiento me asusta un poco, ya que nunca me imaginé viviendo algo semejante.

— Buenos días, muchacha — su voz ronca me provoca escalofríos e interrumpe el curso de mis pensamientos.

— Buenos días, teniente — respondo con una sonrisa; inclino la cabeza y beso su pecho.

— ¿Cómo estás?

— Nunca me he sentido mejor. — Apoyo las manos en su pecho y levanto el mentón para mirarlo a los ojos. — Jamás imaginé que pudiera ser así. Ninguna historia romántica hace justicia a las sensaciones que experimenté anoche.

Él sonríe y sus brazos me aprietan un poco más cuando murmura:

— Me alegra mucho saberlo, aunque todavía me sorprende que hayas leído libros de ese tipo.

Elevo un poco el cuerpo hasta rozar su boca con la mía y, antes de besarlo, susurro:

— No te preocupes, teniente; ningún galán se acerca a lo que tú eres.

Gira el cuerpo con rapidez y queda encima de mí. La manta que nos cubre se desliza a un lado. Inclina la cabeza y me besa. Me besa con intensidad. Y cuando separa su boca de la mía, dice:

— ¿Cómo es posible que, después de todo lo que hicimos, aún te desee tanto? — susurra con los labios a un soplo de los míos. — Te deseo tanto, tanto, que llega a asustarme, Cecilia.

Abro bien las piernas para acomodarlo mejor y, como hice la noche pasada, cruzo las piernas a su espalda cuando lo siento duro y a punto de volver a penetrarme.

Gime y entra despacio en mi cuerpo. Ambos jadeamos, maravillados por la sensación de plenitud que nos invade.

— Debería dejarte descansar… — entra y sale de mí lentamente. — Que Dios me ayude, no puedo, Cecilia. — Otra embestida. — No puedo.

Antes de besarlo, murmuro:

— No quiero descansar… te quiero a ti.

— Estoy loco por ti… — gime mientras acelera cada vez más, y su mano se desliza entre nuestros cuerpos, como sabe que he aprendido a amar. — Estoy completamente loco por ti, muchacha.

Su voz ronca, junto con los movimientos cadenciosos, construyen un clímax intenso que me arrastra y me hace soltar un gemido que nace de lo más hondo. Unos segundos después, siento su estremecimiento y el gemido áspero que, desde la noche anterior, se ha convertido en mi sonido favorito entre todos.



Llevamos dos días cabalgando despacio por senderos ocultos por la vegetación. Paramos varias veces para comer y nos bañamos juntos, en una intimidad que jamás imaginé.

Nuestros cuerpos ahora se reconocen y se atraen.

En nuestra última parada, en un arroyo manso donde dimos de beber a los caballos, nos desnudamos sin prisa y sin apartar la mirada el uno del otro. Completamente desnudos, él extendió la mano y yo la tomé sin dudar. Probando la profundidad del río, me condujo hasta una zona más honda, donde una roca formaba una especie de barrera que obligaba al agua a rodearla.

Alzarme, me sentó sobre la roca y permaneció de pie, acomodado entre mis piernas. Con los ojos fijos en los míos, lavó mis pechos y continuó explorando mi cuerpo. Su dedo descendió por mi vientre y acarició mi ombligo. Fascinado, siguió bajando hasta alcanzar mi vello. Sin prisas, lo acarició despacio y luego, con el pulgar y el índice, abrió mi sexo y me miró.

— ¿Te gusta esto, muchacha?

Su pulgar rozó mi punto sensible, frotándolo. Incliné la cabeza hacia atrás y gemí largamente, sin pudor. La sensación maravillosa me recorrió por completo.

— Mucho… — gemí. — Por favor, Pedro… no pares.

Extendió la otra mano y, sujetándome la nuca, me hizo inclinarme hacia él y me besó. Su lengua invadió mi boca y se entrelazó con la mía, mientras su dedo seguía estimulándome.

Sin poder contenerme, me retorcí, buscando aumentar la fricción deliciosa.

Sonrió y dijo:

— No hay nada más hermoso en este mundo que tú, Cecilia.

Con cuidado, me alzó un poco y me llevó hasta el borde de la roca. Aún de pie, me penetró. La postura inusual nos permitía mirarnos mientras entraba y salía de mi cuerpo. El agua ondulaba alrededor de sus piernas desnudas; su pecho subía y bajaba, sus ojos ardían y su dedo me provocaba con intensidad. Sus embestidas cada vez más rápidas, su dedo acariciándome y su mirada fija en la mía construyeron dentro de mí un éxtasis que arrancó un grito de placer intenso.

Aceleró los movimientos y siguió tocándome. Sorprendida y completamente entregada, sentí cómo mi cuerpo respondía de nuevo al suyo.

— Ven conmigo otra vez, Cecilia.

Gimiendo, extendí la mano para atraerlo hacia mí. La necesidad de besarlo me consumía. Se inclinó y tomó mi boca en un beso intenso mientras su cuerpo devoraba el mío. Alcanzamos juntos el clímax y, cuando apartó la boca de la mía, murmuró, extasiado:

— Te amo, Cecilia.

Ahora, mirándolo de reojo, me pregunto por qué no confesé mis sentimientos. No tengo ninguna duda de lo que siento. Sé que jamás amaré a nadie como lo amo a él. Pero algo me detiene, y sé muy bien qué es. Aceptar y vivir este amor implica renunciar a las convicciones que han guiado mi camino hasta aquí. Hice planes en los que el amor no tenía cabida. Me convencí a lo largo de la vida de que viviría sola para no correr el riesgo de perderme a mí misma. Y aunque sé que él respeta mis planes de independencia y de lucha por mis deseos, aún no sé si seré capaz de renunciar a las certezas que moldearon mi vida. Da miedo pensar que todo lo que tracé para mi futuro pueda haber sido una gran mentira que me conté a mí

misma. Al fin y al cabo, después de conocer el amor y las sensaciones que este sentimiento puede despertar, ¿cómo creer que podría vivir al margen de él?

Sí, fue el miedo a desmontar mis propias verdades lo que me impidió confesar lo que siento. Es como si, al hacerlo, renunciara a quien aspiré a ser para convertirme en alguien que nunca quise ser.

— Mañana llegaremos al distrito de San Bartolomé y Bernardo nos encontrará allí dentro de unos días.

— ¿Es seguro?

— Sí, el distrito está muy lejos de la Ciudad Imperial de Vila Rica y es bastante concurrido, lo que dificulta que nos localicen si alguien nos sigue. — Me mira. — Y allí oficializaremos nuestra unión.

Sorprendida, lo miro.

— ¿No esperaremos a llegar a Río de Janeiro?

Suspira, como si mi pregunta lo decepcionara de algún modo.

— Creo que es más seguro viajar ya casados. — Su mirada se cruza con la mía y resulta indescifrable cuando añade: — Ya hemos consumado nuestro matrimonio; ahora solo nos falta asegurarnos de que no puedas unirte a nadie más por el sacramento.

— Por mí, está bien — digo, apartando la mirada.

— Nuestro acuerdo sigue en pie, ¿verdad?

La inseguridad en su voz me obliga a mirarlo. Sé que, al confesarme su amor, esperaba que yo correspondiera, después de los momentos únicos que hemos vivido estos días; y el hecho de no haberlo hecho lo ha vuelto a poner a la defensiva.

Siento ganas de abrirle mi corazón, pero, una vez más, me contengo. Respiro hondo y respondo simplemente:

— Sí, lo está.

Me mira unos segundos más y luego aparta la vista, manteniéndola así hasta que cruzamos el río que atraviesa el distrito donde pasaremos la noche.

El silencio entre nosotros me hace comprender que necesito reunir valor y abrirle mi corazón o correré el riesgo de perderlo, al creer que no siento por él lo mismo que él siente por mí.

No sé exactamente cómo lo haré, pero decido no esperar más.

En la primera oportunidad le diré que ya no quiero ningún acuerdo. Que lo quiero por completo y para siempre, y que eso no tiene nada que ver con el honor. Mi decisión nace del amor que inunda mi pecho y que no deja espacio para ningún otro sentimiento, ni siquiera para el miedo de entregar mi corazón a otra persona.

Lo amo, y haré que lo crea.

Capítulo XL

Pedro

El movimiento de carretas, carruajes y caballos es intenso cuando llevamos nuestras monturas hasta los establos. Cecilia observa todo a su alrededor con una mezcla de desconfianza y fascinación. Aunque ya ha estado en Río de Janeiro, donde suele haber mucha gente, aquí es distinto. Una gran mezcla de comerciantes, arrieros, esclavizados de ganancia, mineros y personas del campo circula por los callejones estrechos y extremadamente concurridos.

Tras acordar el pago por la estancia de nuestras monturas, tomo nuestros alforjes y camino hasta donde ella está.

En nuestra última parada, se cambió la ropa de montar por el vestido y recogió el cabello. Me detengo un instante para admirarla a distancia y el pecho se me llena de emoción al recordar lo que nos ocurrió en los últimos días.

A pesar de no haber confesado sus sentimientos, he empezado a albergar la esperanza de que, algún día, llegue a quererme de verdad. Su cuerpo desea el mío y sus ojos dicen cosas que su boca

calla. No quiero ilusionarme, pero a cada momento a su lado crece, desenfrenada, la esperanza de tenerla para siempre y no solo por un tiempo.

Me acerco y ella se vuelve para mirarme.

— Todo es tan distinto aquí — comenta, mirando de nuevo a la calle.

— Sí, es verdad. Este distrito está en el paso de casi todos los arrieros y mineros que viven por aquí en busca de oro. — Le tiendo la mano libre y ella la toma. — Vamos a la posada. Por fin podremos descansar un poco y dormir en una cama de verdad.

Sus dedos cálidos y suaves se cierran sobre los míos y su mirada brilla con intensidad cuando dice:

— No tengo nada de lo que quejarme de las últimas noches, teniente.

Doy un paso hacia ella, me inclino y beso su cuello.

— Yo tampoco, la verdad.

Veo cómo el rubor le colorea el rostro y sé que recuerda las innumerables veces que hicimos el amor.

— No me mires así, muchacha.

Se hace la inocente y replica:

— ¿Así cómo, teniente?

— Como si desearas volver a estar en medio del monte conmigo.

Repite mi gesto y besa la comisura de mi boca, de forma provocadora.

— ¿Qué puedo hacer, si es lo que mi cuerpo desea?

Cierro los ojos para intentar controlarme ante la súbita oleada de deseo que me invade. Aprieto un poco más su mano y digo:

— Vamos, Cecilia, o me veré tentado a llevarte al fondo de uno de esos establos y saciar el hambre que siento de ti.

Ella sonríe y parece complacida por lo que acabo de decir.

Salimos del establo de la mano y cruzamos la calle hacia la única posada que acepta parejas. Normalmente, los lugares para pernoctar solo admiten hombres de paso y no ofrecen mucha privacidad, ya que las habitaciones se comparten entre viajeros.

Entramos unos minutos después en la posada, donde un hombre corpulento está tras el mostrador, concentrado en escribir en un libro de cuentas.

— Buenas tardes — saludo.

Levanta la cabeza y sus ojos recorren de mí a la mujer a mi lado, aún aferrada a mi mano.

— Buenas tardes, señor. — La mira y dice con respeto: — Señora — saluda con una leve inclinación de cabeza.

Ella devuelve el saludo.

— Quisiera una habitación.

— ¿Para el señor y su señora?

Los ojos de ella buscan los míos con rapidez, como si en ese instante se diera cuenta de que nos hemos convertido en una pareja. Lo que vivimos, protegidos por la densa vegetación, parecía íntimo y secreto, y ahora se vuelve, de algún modo, público.

— Sí — respondo.

Saca otro libro de tapa negra y lo hojea.

— ¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

— No lo sabemos con certeza. Esperaremos a un amigo — respondo de forma evasiva.

De nuevo nos observa con curiosidad.

— Por desgracia, la única acomodación disponible en este momento es para una sola persona, señor.

— ¿No tiene ninguna habitación para los dos?

— Solo tengo una que podría servir a su señora. — La mira otra vez. — Pero para el señor, lamentablemente, no dispongo de ninguna. Tendría que buscar plaza en la posada para viajeros.

— Podemos compartir la habitación sin problema, buen hombre — dice ella.

— Señora, la acomodación disponible solo admite a una persona. La cama es pequeña y no hay espacio suficiente para ambos.

— Está bien, me quedaré con la habitación. — Me vuelvo hacia ella. — En el distrito solo hay esta posada que admite mujeres. Aquí estarás segura. Hay muchos alborotadores rondando la villa y me quedaré más tranquilo sabiendo que estás en un lugar seguro.

Ella me mira y veo que ha comprendido mi intención. Aliviado, me vuelvo hacia el hombre, que nos observa con atención.

— Me quedaré con la habitación — me inclino sobre el mostrador y lo miro a los ojos —, y estaré cerca para asegurarme de que mi señora no sea importunada.

— Somos una posada conocida por ser un lugar respetable, señor — parece ofendido. — Su señora estará completamente segura aquí.

Asiento y pago la habitación. Sale de detrás del mostrador y camina por un largo pasillo, lleno de puertas a ambos lados. Abre una de ellas y nos da paso.

Es un cuarto pequeño, pero limpio. Una cama estrecha, un escritorio y un biombo tras el cual imagino que está la bañera.

— Disponemos de baño, si es de su agrado, señora. Basta con pedirlo y mandaré preparar agua caliente para mayor comodidad.

— Se lo agradeceré — responde ella y, volviéndose hacia mí, añade: — Ahora, si nos da licencia, me gustaría quedarme a solas con mi marido para tratar algunos asuntos.

Él se apresura hacia la puerta y se despide:

— Por supuesto.

Ella camina despacio hasta la puerta y echa el cerrojo. Luego se acerca a mí y, deteniéndose frente a mí, me rodea el cuello con los brazos y susurra:

— ¿Qué puedo hacer para persuadirte de infringir las normas y convencerte de compartir esta cama conmigo, teniente?

— ¿Y quién ha dicho que pienso dejarte dormir sola en esta habitación?

Sorprendida, aparta el rostro del mío y yo sonrío.

— Siempre he sido muy bueno escabulléndome, muchacha.

Muerde mi boca y su voz ronca me deja completamente excitado.

— ¿Pretendes escabullirte hasta mi cama, teniente?

Ahora soy yo quien muerde su boca, pasa la lengua por su labio y murmura, con nuestras bocas pegadas:

— ¿Tienes alguna duda?

— Ya no — responde, pegando su cuerpo al mío y sintiendo la rigidez imposible de disimular.

Entonces nos besamos. Un beso íntimo y profundo. Un beso que deja claro cuánto estamos inmersos en este mar de emociones.

Salgo de la habitación de Cecilia mucho tiempo después y camino hasta el otro lado de la calle, donde dejé los caballos. Allí también hay cuartos para viajeros y, si logro hospedarme, podré vigilar el movimiento de la posada. Es el lugar donde acordé encontrarme con Bernardo en unos días.

Como estaba previsto, consigo una habitación que no es más que un cubículo con una cama que apenas admite mi tamaño, pero no me importa. No pienso dormir lejos de ella, sobre todo sabiendo que me desea con la misma ansia con la que yo la deseo.

Antes de partir hacia Río de Janeiro, oficializaré nuestra unión, y algo me dice que, en este momento, ella anhela eso tanto como yo.

Capítulo XLI

Cecília

Apoyo la cuchara en el plato y llevo la servilleta a los labios. La sopa servida caliente ha ahuyentado el frío intenso. Me levanto y camino hasta la ventana, donde las gotas de lluvia resbalan con pereza.

Después de salir de mi habitación, pidió que me prepararan el baño y que me sirvieran la cena en el cuarto. Limpia, alimentada y reconfortada por el calor, observo la noche oscura y lluviosa y me siento vacía como nunca imaginé sentirme. Han pasado apenas unas horas desde que nos separamos y ya lo echo terriblemente de menos.

Voy hasta la cama y me siento. Hemos acordado ir mañana a la iglesia para hablar con el sacerdote sobre nuestro matrimonio. Convencerlo de que celebre la ceremonia de forma apresurada, sin seguir todos los ritos, será un gran desafío, pero Pedro confía en que lo logrará.

Absorbida por mis pensamientos, pasan varios minutos hasta que oigo unos golpes en la ventana. La lluvia ahora arrecia. Me apresuro a acercarme y abrir. Pedro, completamente empapado, me sonríe.

— ¿Puedo pasar, señorita?

Siento el corazón acelerarse con solo verlo y me aparto enseguida para dejarle paso.

— Lo estaba esperando, teniente — respondo, demasiado feliz de verlo.

Me aparto y él entra en la habitación.

— Temí que ya te hubieras ido a dormir.

Me acerco y tomo una toalla de lino que dejé junto al biombo para ayudarlo a secarse. Se la paso por el rostro y el cuello. Lentamente bajo las manos hasta su camisa y pido:

— Déjame secarte, teniente.

Se quita la camisa empapada y paso la toalla por su pecho firme. Siento en las palmas de mis manos los latidos acelerados de su corazón. Cuando levanta las manos y acuna mi rostro entre ellas, dejo que la toalla se deslice entre mis dedos y lo abrazo por la cintura.

— Te he echado de menos — confiesa, acariciando los lados de mi rostro.

— Yo también te he echado de menos — murmuro.

Sin apartar la mirada de la mía, sin ninguna prisa, su boca encuentra la mía. Un beso lento y delicioso. Mi cuerpo responde de inmediato. Los pezones se me endurecen y un calor delicioso se extiende por todo mi cuerpo, concentrándose en mi intimidad.

Nos desnudamos despacio, entre besos y caricias. Desnudos, caminamos hasta la cama estrecha pero cómoda. Me tumbo y él se acomoda entre mis piernas. Sus brazos sostienen su peso mientras apoya la frente en la mía, con la respiración agitada.

— Te deseo tanto…

Levanto la mano y acaricio su rostro.

— Yo también te deseo mucho — confieso en un susurro.

Cuando me llena, lo hace lentamente, sin apartar los ojos de los míos. Su cuerpo aún frío por la lluvia me provoca escalofríos. Su boca busca la mía y nuestras lenguas se entrelazan. Hundo las manos en su cabello y él gime contra mi boca. Entonces, para mi sorpresa, se gira en la cama y me deja encima. Sentado, me atrae hacia su regazo y vuelve a llenarme. Sujeta mi cabello con ambas manos y me besa de nuevo. Nuestros pechos unidos, nuestras bocas juntas y él profundamente dentro de mí despiertan una emoción nueva. Aferrándome a sus hombros, empiezo a cabalgarlo.

Sujetándome por la cintura, se impulsa cada vez más rápido, llenándome, mientras soy consumida por un deseo brutal. Lo beso con desesperación y, cuando me impulsa hacia arriba, siento el placer atravesarme y consumirme.

— Te amo — murmura con la voz ronca, con la boca pegada a la mía. — Dios, cómo te amo, Cecilia.

Acelero el ritmo y, cabalgándolo, me veo arrastrada por un placer tan intenso que las lágrimas resbalan por mi rostro. Aparto la boca de la suya, lo miro a los ojos y confieso:

— Yo también te amo.

Sus ojos brillan de emoción. Una de sus manos deja mi cintura y se hunde en mi cabello; sujeta mi cabeza y aparta su boca de la mía. Sus ojos son dos llamas de ternura y deseo. Sin dejar de mirarme, acelera los movimientos y pide:

— Dilo otra vez.

— Te amo, teniente.

Él gime; yo me maravillo.

— Te quiero. Te quiero dentro de mí. Te quiero en mi vida.

Nuestras bocas chocan y los movimientos se aceleran. Cuando siento la explosión de placer dominarme, como si chispas estallaran, calentándome e iluminándome con una intensidad jamás sentida,

aparto la boca de la suya, inclino la cabeza hacia atrás y me dejo llevar. Al mismo tiempo siento su cuerpo estremecerse y sé que ha tocado el cielo conmigo.



Acomodados el uno contra el otro en la estrecha cama, con mi espalda apoyada en su pecho y su brazo rodeando mi cintura, llego a la conclusión de que jamás he sido tan feliz como en este momento. Un beso en el cuello y su voz ronca y adormilada, contándome sus planes para el amanecer, me hacen suspirar de satisfacción.

— ¿En qué piensas? — pregunta, hundiendo aún más la nariz en mi cabello revuelto.

— En lo bien que se está así contigo, teniente.

Siento su pecho estremecerse con una sonrisa.

— Es Pedro, muchacha.

— Lo sé, teniente — respondo, y él ríe y me aprieta más entre sus brazos.

— ¿Te casarás conmigo? ¿De verdad, ahora?

Me acurruco aún más contra su cuerpo cálido y firme.

— Sí, lo haré.

Suspira despacio y, aunque no puedo ver su rostro, sé que sus ojos brillan de felicidad. Igual que los míos.

— Hoy mismo iremos a hablar con el sacerdote.

Asiento.

— Y cuando llegue Bernardo, partiremos a casa — añade. — Quiero enseñarte el terreno donde imaginé que podrías construir tu escuela.

Sorprendida, me giro en su abrazo.

— ¿De verdad vas a ayudarme?

Parece ofendido cuando responde:

— ¿Acaso lo dudas? ¿No es ese tu sueño?

— Sí, lo es.

— Cuenta conmigo siempre para ayudarte a cumplirlos todos. Estaré siempre a tu lado, Cecilia. Apoyándote.

Una emoción me cierra la garganta. Continúa hablando en voz baja:

— Creo que nunca te hablé de mis padres. — Suspira. — Eran tan felices juntos… Recuerdo con claridad sorprenderlos besándose a escondidas en la cocina. Mi padre solía abrazar a mi madre por detrás mientras ella cocinaba, y la imagen de ella acurrucándose en él es un recuerdo hermoso que conservo.

— Debe de ser maravilloso crecer en un hogar así.

— Sí, lo fue. — Besa mi hombro. — Y es ese hogar el que quiero ofrecer a nuestros hijos. Mi padre siempre me animó a seguir los deseos de mi corazón. Nunca se entristeció porque no siguiera sus pasos. Decía que lo que mueve a un hombre es el deseo de su corazón y que la vida no tiene sentido si la desperdiciamos intentando agradar a alguien que no seamos nosotros mismos. Mi madre era una mujer feliz, libre para hablar de cualquier tema. Mi padre escuchaba sus consejos y pedía constantemente su opinión. — Sus dedos recorren mi brazo y su voz suena nostálgica cuando concluye: — Así me criaron. Para ser un hombre que respeta al otro, sea hombre o mujer. Y creo que la mayor herencia que podemos dejar a alguien es el ejemplo. La palabra enseña, pero el ejemplo inspira.

Me giro en sus brazos y quedamos frente a frente.

— Nunca imaginé que los matrimonios pudieran ser así…

Me mira, alza la mano y acaricia el costado de mi rostro.

— ¿Sabes qué fue lo que más me fascinó cuando descubrí que el soldado Moreira era en realidad una hermosa dama?

Pongo los ojos en blanco.

— ¿El hecho de haber conseguido engañarte durante días? — bromeo.

Sonríe.

— También. Pero no fue solo tu valentía al infiltrarte en una tropa de hombres.

Guardo silencio, esperando que continúe.

— Fue que hiciste todo lo que estuvo a tu alcance para convertirte en la persona que siempre quisiste ser. — Se inclina y besa mi nariz. — Tu determinación de no someterte al destino que tu padre trazó para ti.

Inhala y prosigue:

— Jamás te podaría, Cecilia. Tu belleza física no es nada comparada con la belleza de tu espíritu libre. Jamás te arrebataría eso — sonríe — ; no es que tenga ese poder, pero incluso si lo tuviera, no lo haría.

Suelto un suspiro profundo y confieso:

— Sabes, teniente, si no estuviera ya perdidamente enamorada de ti, sin duda lo estaría ahora mismo.

Los ojos expresivos que he aprendido a amar se llenan de una emoción que hace que mi corazón se acelere locamente. Baja la cabeza despacio y, sin apartar los ojos de los míos, dice en voz baja:

— Te amo. Con todo lo que hay en mí.

Entonces toma mi boca en un beso intenso, con sabor a eternidad.



Con la mano apoyada en la curva de mi brazo, observo a la mujer bellísima que camina a mi lado. Nuestras miradas se encuentran y nos sonreímos, y en esa sonrisa hay una nueva intimidad que antes no existía.

Entramos en la iglesia de San Bartolomé y nos recibe el silencio. Nos detenemos un momento para contemplar la belleza del lugar. El techo de madera pintado y las paredes repletas de imágenes sacras transmiten una sensación de paz y serenidad.

Con reverencia, avanzamos hasta el altar. A un lado advertimos una puerta que da acceso a la sacristía, donde debemos encontrar al sacerdote. En la posada nos informaron de que pasa las mañanas en la iglesia, atendiendo a los fieles.

Sentado frente a una pequeña mesa, con una pluma en la mano, parece concentrado en sus anotaciones. Alza la cabeza y nos mira. Sus ojos azules parecen dos piedras preciosas que destacan en un rostro de rasgos firmes.

— Buenos días, padre — saludo al acercarme. — Con su permiso.

— Su bendición, padre — dice ella; él extiende la mano y ella toma sus dedos y los besa.

— Que Dios te bendiga, hija mía.

— Decidme, hijos míos. ¿En qué puedo ayudaros?

— Hemos venido en busca de su bendición.

— ¿Bendición?

— Sí, padre. Nos gustaría que celebrara nuestro matrimonio.

Cruza las manos sobre la mesa. Veníamos decididos a omitir algunas cosas, temiendo que se negara a celebrar la ceremonia, ya que los amonestamientos no se realizaron como manda la costumbre. Pero al mirarlo a los ojos, tomo una decisión. Mis ojos se cruzan con los de Cecilia, que asiente, entendiendo que contaré toda la historia. Desde el principio.

Cuando termino, guarda silencio durante unos minutos.

— ¿Todo eso es verdad?

Exhalo aliviado. Primero, porque no comenzaré mi vida con Cecilia ocultando hechos importantes ante Dios; y segundo, porque sé que el hombre sentado frente a mí es alguien capaz de ver más allá. Hay bondad y comprensión en su mirada, y eso, de algún modo, me da esperanza.

— Cada palabra, padre — responde Cecilia.

Nos observa durante unos instantes.

— Mañana a esta misma hora — dice, bajando de nuevo la cabeza a sus anotaciones. — No lleguéis tarde.

— No llegaremos — añado. — Gracias por escucharnos y creer en nosotros, padre.

Inhala hondo y nos mira.

— He vivido lo suficiente para entender que, a veces, la voluntad de Dios se impone a las normas de los hombres — suspira. — Si habéis elegido no vivir en pecado y buscáis Su bendición, eso ya dice mucho de vosotros. Hasta mañana, hijos míos.

Nos despedimos y salimos de la iglesia. No puedo ocultar lo feliz que me siento.

— Lo hemos conseguido — murmuro.

Ella me mira y sé que también es feliz.

— Sí, lo hemos conseguido. Solo lamento que Jonas y Talia no estén aquí conmigo.

Acaricio la mano que descansa en la curva de mi brazo.

— Sé que nada sustituirá la presencia de quienes son importantes para ti, pero hay algo que me gustaría mucho hacer, si estás de acuerdo.

Me mira, curiosa.

Antes del amanecer, salí por la ventana de su habitación dejándola dormida e hice una promesa silenciosa de hacer de nuestra boda algo memorable. Por eso busqué a una modista que quizá pudiera ayudarnos. Por suerte, encontré un pequeño taller cerca del almacén. La mujer joven y amable que me atendió y escuchó parte de mi historia me aseguró que podría ayudarme a cumplir mi deseo. Ahora, mientras camino con Cecilia hacia allí, estoy nervioso y temo que vea mi gesto como una intromisión.

— ¿No vas a contarme qué estás planeando, teniente?

— Temo que no te guste la idea — confieso.

Se detiene y me mira.

— Dímelo.

Respiro hondo antes de decir:

— Conseguí una modista que aceptó hacer arreglos a un antiguo vestido de novia que tenía disponible en su taller.

— ¿Un vestido de novia?

Su expresión de sorpresa no deja claro si le gusta o no la idea.

— Sí, si estás de acuerdo y lo deseas — explico. Alzo la mano y acaricio su rostro. — Cuando tengamos hijos, me gustaría tener una buena historia que contar sobre este momento.

Da un paso hacia mí, retira la mano de mi brazo y rodea mi cuello con ambos brazos. Suspira, con la boca casi rozando la mía, y confiesa:

— Creo que Dios te puso en mi camino para demostrarme lo necia que estaba siendo.

El alivio me inunda.

— ¿Lo consiguió?

— Claro. Aquí estoy, perdidamente enamorada y deseando entrar mañana en esa iglesia vestida de novia para unirme a ti por el resto de mi vida.

Incapaz de contener mi alegría, miro al cielo y murmuro:

— Gracias, Dios.

Ella pone los ojos en blanco y sonríe antes de tomar mi boca en un beso profundo, ignorando las miradas sorprendidas a nuestro alrededor. Suspirando de felicidad, la estrecho entre mis brazos y hago una promesa silenciosa de esforzarme siempre por hacerla feliz.

Eso es lo que Cecilia merece: una vida plenamente feliz. Y me empeñaré cada día en cumplir ese propósito.



Nerviosa, camino de un lado a otro del estrecho cuarto mientras espero a Pedro.

Madame Catarina, la modista, pasó por aquí hace un rato para dejar el vestido y ayudarme a ponérmelo. Miro mi vestido blanco, sencillo y perfecto, y suspiro, enamorada.

Madame se mostró muy feliz de poder ayudarnos en un momento tan importante. Ayer, en su taller, me probé el vestido que, según me contó, perteneció a una clienta que lo usó el día de su boda y lo dejó allí para que pasara a otra novia que, como ella, tuvo a alguien que la ayudó.

Solo cobró los arreglos, pero Pedro insistió en recompensarla mejor; entonces sugirió que usara un velo, que ella misma se encargaría de confeccionar para que pudiera llevar algo nuevo en el día más importante de mi vida.

Se marchó hace poco, asegurándome que estaba muy bonita y que mi novio quedaría fascinado.

Y aquí estoy. Nerviosa, dando vueltas de un lado a otro, esperándolo.

Interrumpiendo mis pensamientos agitados, oigo un golpe en la puerta. Camino hasta allí y la abro.

De pie en el umbral, vestido con un traje sencillo y más guapo de lo que tiene derecho a ser, está el hombre del que estoy perdidamente enamorada.

Sus ojos descienden desde la tiara blanca que sujeta el velo, recorren mi rostro y bajan lentamente por mi cuerpo. Veo con claridad la emoción brillando en su mirada.

— Estás preciosa.

Palabras simples, dichas con tanta verdad, que se me clavan por dentro y se acomodan en el fondo del corazón.

— Tú también estás muy guapo, teniente.

Él sonríe.

— Es Pedro, señorita.

Inclino la cabeza a un lado.

— Para mí siempre serás mi teniente, incluso cuando ya no ejerzas ese oficio.

Da un paso dentro de la habitación y toma mis manos entre las suyas.

— A partir de hoy prometo cuidarte, protegerte, amarte y animarte a no renunciar jamás a tus sueños. En la salud y en la enfermedad, estaremos siempre juntos, Cecilia.

La emoción me cierra la garganta.

— Y yo prometo ayudarte siempre que lo necesites, prometo amarte, prometo ser tu confidente, tu esposa y la madre de tus hijos, y desempeñaré todo eso con el corazón rebosante de amor y alegría. Estaré contigo en la salud y en la enfermedad, hasta mi último suspiro.

Sus manos enmarcan mi rostro y deposita un beso casto en mi frente.

— Te amo, Pedro. Te amaré por siempre.

— Yo también te amo, Cecilia. Por toda mi vida.

Nuestros labios se encuentran en un beso lento y profundo mientras sellamos nuestros votos.

Capítulo XLIV

Pedro

La capilla silenciosa parece un santuario mientras me dirijo al altar para esperarla.

No sé por qué, pero estoy nervioso. Tal vez porque, en este momento, me he dado cuenta de cuánto cambiará mi vida a partir de ahora.

Mi casa, antes silenciosa, se llenará de la alegría y la vitalidad de esta mujer, que parece contagiar a todos a su alrededor.

El sacerdote se coloca en su sitio y hace una señal; entonces ella comienza a avanzar lentamente. El velo blanco y translúcido cubre su rostro, pero no impide que sienta la fuerza de su mirada y de su emoción.

Cuando se detiene frente a mí, alzo las manos y levanto su velo. Sus ojos brillan emocionados, exactamente igual que los míos.

Nos colocamos frente al sacerdote, que inicia su homilía hablando de la bendición sagrada del matrimonio y de la importancia de poner siempre a Dios al frente de nuestros hogares.

Una ceremonia sencilla, pero que quedará grabada para siempre en mi memoria.

Después de pronunciar nuestros votos y agradecer una vez más al sacerdote, salimos de la iglesia del brazo, felices.

— Tengo una sorpresa para ti, mi señora.

Ella arquea una ceja.

— ¿Otra, señor mi marido?

La alegría al oírla llamarme así me hincha el pecho.

— En realidad, creo que esta sorpresa me beneficiará mucho más a mí que a ti.

— ¿Ah, sí?

Asiento.

— Aún tendremos que quedarnos algunos días aquí, esperando a Bernardo — explico —, así que pensé que no sería apropiado seguir entrando por tu ventana todas las noches.

— A mí me gusta la aventura — dice, y sonriendo añade. — Aunque preferiría despertarme acurrucada entre tus brazos.

— Eso mismo pensé, por eso conseguí alquilar una casa por unos días para nosotros.

— ¿Una casa?

Asiento.

— Sí, una pareja de ancianos se mudó a Río de Janeiro y dejó la casa cerrada para venderla o alquilarla.

— ¿Y la has conseguido alquilar?

— Sí. — Acerco mi cuerpo al suyo. — Y la cama allí es mucho más grande que la de tu habitación en la posada. En consecuencia, no tendremos que contenernos ni guardar silencio.

— Creo que ese es un buen argumento.

— Estaba seguro de que estarías de acuerdo conmigo, esposa.

Capítulo XLV

Cecília

Sus manos recorren mi cuerpo desnudo con reverencia. De pie, completamente desnuda, con mi vestido de novia amontonado a los pies de la cama, sigo con la mirada el deslizar de sus dedos por mi barbilla, cómo acarician mi labio inferior con el pulgar y descienden lentamente hasta el costado de mi pecho, ya entonces turgente.

La palma se abre para tomar mi pecho y el pulgar roza el pezón sensible. Un gemido se me escapa de los labios.

Cierro los ojos unos segundos solo para saborear la deliciosa sensación de su tacto sobre mi piel.

La mano continúa descendiendo por el lateral de mi cuerpo y sus dedos acarician mi sexo, ahora completamente húmedo, listo para recibirlo.

Pero no se apresura; para mi sorpresa, se arrodilla ante mí. Deposita un beso en mi vientre y aparta con los dedos para dejar al descubierto mi parte más sensible.

— Hermosa… — murmura.

Inclina la cabeza y besa el botón duro que palpita de necesidad por su contacto.

Su lengua primero recorre sin prisa. Una de sus manos sujeta mi cintura, mientras la otra sigue abriéndome. Alternando el dedo y la lengua, un placer inmenso empieza a crecer dentro de mí.

Se detiene y me lleva hasta el borde de la cama. Me siento; abre mis piernas, colocándolas sobre sus hombros, y se sitúa entre ellas. Y así, completamente expuesta, me saborea.

Inclino la cabeza hacia atrás y hundo los dedos en su cabello porque necesito desesperadamente mantenerlo donde está. Sin darme cuenta, empiezo a frotarme sin pudor contra su rostro. Su boca ahora me devora. Mordiscos suaves, la presión de la lengua en mi punto sensible y uno de sus dedos entrando y saliendo de mí me arrancan gemidos cada vez más altos.

Aparta la boca solo para mirarme, con el dedo profundamente hundido en mí.

— Mi mujer — murmura. — Mi hermosa mujer.

— Por favor — gimo.

— ¿Qué quieres, esposa?

— Tú.

— ¿Dónde? — da una lamida y muerde mi sexo. — Dime dónde me quieres, Cecilia.

El movimiento de sus dedos aumenta.

— Dentro de mí — susurro en un gemido largo, cuando una vez más su lengua ejerce la presión justa.

— Estaré dentro de ti, pero antes… — acelera el dedo y la lengua lo acompaña — antes quiero sentirte deshaciéndote en mi boca… quiero saborear tu gusto… — su voz ronca me lleva al delirio — beber cada gota de tu placer, amor mío.

Entonces vuelve a colocar la lengua y acelera los movimientos, y yo hago exactamente lo que ha dicho: me deshago en su lengua y él me sujeta con firmeza hasta que cesan los temblores del goce intenso.

Aturdida por la fuerza del placer que acabo de sentir, tardo unos segundos en apoyarme en los codos y verlo de pie, desnudándose.

Se quita las botas y los calcetines, y la simple visión de sus pies desnudos — algo tan íntimo — acelera mi corazón. Se saca la camisa por la cabeza y su pecho hermoso, cubierto por una fina capa de vello que se pierde en el pantalón, me hace salivar de deseo de besarlo por todas partes.

— ¿Te gusta lo que ves, señora?

— Mucho — respondo, y me siento. — Ven aquí — lo llamo —, quiero ayudarte.

Se acerca y se queda de pie junto a la cama, frente a mí. Desabrocho despacio los botones de su pantalón. Siento cómo su abdomen se tensa cuando mis dedos rozan su piel caliente y firme. Con el pantalón abierto, lo deslizo hacia abajo, llevándome también su ropa interior. Sale del montón a sus pies y queda completamente desnudo ante mí.

Extiendo la mano y empiezo a tocarle el pecho. Su pezón se endurece cuando lo froto con el pulgar. Las reacciones de su cuerpo son la respuesta que necesito para asegurarme de que le doy tanto placer como él me dio a mí. Paso la lengua por su pezón y deja escapar un gemido. Sonrío con la boca pegada a su piel.

Empujándolo un poco, bajo de la cama. Mis manos exploran su cuerpo: pasan por el vientre, rodean su ombligo con la punta de los dedos; contiene un poco la respiración y entonces lo tomo con ambas manos. Acaricio toda su longitud rígida, ahora ligeramente húmeda.

— ¿Es agradable?

— Muy, muy agradable — responde con la voz ronca.

— ¿Mejor si lo beso aquí? — pregunto al pasar el dedo por la pequeña abertura de la que brota un líquido transparente.

— Con solo tenerte tocándome y deseando hacerlo, ya me vuelves loco, amor mío.

Me arrodillo ante él y, concentrada, acaricio su miembro que palpita entre mis dedos. Paso la lengua por la punta y gime. Alzo la vista y encuentro sus ojos, fijos en mí. Un calor intenso me invade con la fuerza de su mirada y sé que estoy húmeda de nuevo. Entonces, sin apartar mis ojos de los suyos, lo llevo a mi boca. Su gemido es alto mientras hunde los dedos en mi cabello.

— Por Dios, no pares.

No respondo porque mi boca lo está saboreando. Cada vez más grande en mi boca, empiezo a succionarlo, llevándolo dentro y fuera. Empieza a entrar y salir de mi boca, con los dedos enredados en mi cabello, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, consumido por un placer intenso.

Entonces se aparta de mi boca y me ayuda a ponerme de pie.

— ¿Confías en mí?

— Totalmente — respondo.

Colocándome de espaldas, abre mis piernas con delicadeza. Su mano desciende por mi espalda en una caricia suave. Luego me inclina y me pide que apoye los codos en el colchón; entonces me llena. Miro por encima del hombro. La postura inusual despierta en mí una nueva oleada de excitación. Empieza a entrar y salir de mí; la penetración es profunda y deliciosamente intensa. Sus manos sujetan mi cintura mientras sus embestidas se vuelven cada vez más firmes y profundas.

Gemimos juntos.

— Por favor — suplico algo que ni yo misma sé qué es, pero él lo entiende, porque una de sus manos abandona mi cintura y empieza a tocarme, frotando el dedo en mi sexo. Mi cuerpo empieza a convulsionarse y él parece saber exactamente qué ocurre: acelera los movimientos, entra y sale de mí con firmeza y sus dedos también aceleran. Entonces, mi cuerpo, que apenas se ha recuperado del primer clímax, vuelve a contraerse y, esta vez, el gemido gutural de él me dice que también ha alcanzado el éxtasis.

Cansados, con el cuerpo cubierto por una fina capa de sudor, sale de dentro de mí, me gira entre sus brazos y me besa profundamente.

Cuando nuestras bocas se separan, murmura:

— Te amo. Para siempre.

Con mis brazos alrededor de su cintura, alzo el rostro y respondo:

— Yo también te amo. Para siempre.



Las callejuelas estrechas están llenas de gente de todo tipo: vendedores, esclavizados de ganancia, hombres a caballo, carretas. Pedro tenía razón al elegir esta villa para esperar a Bernardo. Hace una semana que nos casamos y compartimos la casa que alquiló para nosotros; sé que echaré mucho de menos este lugar cuando partamos. Nuestra pequeña casa se ha convertido, aunque de forma provisional, en mi primer y verdadero hogar.

Cruzo la calle y me acerco a una mujer negra, con un turbante colorido en la cabeza y un tablero delante.

— Buenos días — saludo con una sonrisa.

Ella parece sorprendida al responder:

— Buenos días, señora.

— ¿Qué es eso? — pregunto, señalando una pieza de aspecto rojizo.

— Dulce de guayaba, señora — dice, tomando una barra y ofreciéndomela. — ¿Quiere probar?

— Oh, no, no tengo con qué pagar.

Ella agita la mano con el dulce e insiste:

— Se lo regalo, señora. No hace falta pagar.

— Pero…

— Acéptelo — insiste. — Este dulce es un pedacito de nuestra villa. Se llevará su sabor en el recuerdo cuando se vaya.

— No quiero causarle problemas.

— Ya he vendido la parte del patrón. Esto es lo mío — vuelve a ofrecerlo, y lo tomo.

— Gracias. — Desenvuelvo el dulce y lo llevo a la boca. — Tiene un sabor distinto a todo lo que he probado. — Doy otro bocado. — Es delicioso. ¿Lo hizo usted?

— Sí — responde.

Saboreo otro trozo y cierro los ojos, deleitándome con el sabor inesperado.

Cuando vuelvo a mirarla, está sonriendo. Me sonrojo.

— ¿Parezco una tonta?

— No, señora; la señorita parece una buena persona.

— ¿Cómo se llama?

— Dandara.

— Me llamo Cecilia — digo y, doblando con cuidado el envoltorio con el resto del delicioso dulce, añado: — Ha sido un placer conocerla.

— El placer ha sido mío, señora.

Me despido y sigo caminando por la calle, esquivando a la gente, cuando oigo el alboroto. Un hombre corpulento está gritando a Dandara. No lo dudo: doy media vuelta y me acerco, con la indignación ardiendo dentro de mí.

— ¿Qué está pasando? — pregunto.

Mis ojos se posan en Dandara, que se lleva una mano a la cara, como si acabara de ser golpeada.

— ¿Le ha pegado? — la rabia crece cuando me vuelvo hacia él. — ¿Por qué le ha pegado?

Se gira para mirarme.

— Esto no es asunto suyo, señorita. Apártese. Soy el dueño de esta negra y la forma en que la trato no incumbe a nadie.

— ¡Usted es un maldito idiota! — grito, señalándolo. — ¡Las personas no deberían ser dueñas de otras personas! ¡Es la mayor injusticia que existe!

— ¡Pero qué impertinente! — da un paso hacia mí, pero parece darse cuenta de que no puede pegarme también, así que retrocede y me señala con el dedo tembloroso. — ¡Vaya a quejarse al Emperador y quítese de delante!

Con eso se vuelve hacia Dandara y grita con voz furiosa:

— ¡Recoge eso y ven conmigo!

Nos da la espalda y se marcha dando pisotones. Cuando pienso en alcanzarlo para decirle unas cuantas verdades, la voz de Dandara me detiene:

— No haga eso, señora. Solo lo enfadará más.

La miro a los ojos.

— Lo siento tanto, Dandara. Si pudiera hacer algo…

— Ya lo ha hecho, señora. Intentó defenderme. Jamás olvidaré su gesto — recoge sus dulces en un hatillo y toma su tablero. — Que Dios la bendiga — dice antes de desaparecer entre la gente, que ni siquiera se detuvo a defenderla.

Regreso a casa con una sensación de fracaso. No solo el mío al no poder defenderla, sino el de todo un pueblo que no comprende que tratar a otro ser humano, por cualquier motivo, como inferior, es deshonrar el don de la vida que nos fue dado a todos.

Por eso deseo tanto construir una escuela: un lugar neutro, libre de pensamientos prejuiciosos, donde todos sean tratados como iguales. Y haré todo lo posible por dar a mis alumnos — que son nuestro futuro — la única cosa capaz de transformar la manera de pensar: la educación.

Capítulo XLVI

Pedro

Sentado en la sala de la casa, Bernardo relata los últimos acontecimientos desde que dejamos la hacienda del coronel Vieira.

Al parecer, el coronel la buscó durante días. Su padre, no. Jonas no supo decir si lo que le impidió buscarla fue el arrepentimiento por haber intentado casarla con el coronel o si simplemente decidió abandonarla a su propia suerte.

— ¿Alguien sospechó de ti o de Jonas?

— No. La idea de cubrirnos el rostro con la bandana fue muy buena. La mayoría de la gente de la villa cree que fue secuestrada por orden de su tía para impedir que se casara.

— Eso quiere decir que, si el coronel la está buscando, debe de estar en Río de Janeiro.

— Sí, es posible.

— Ahora ella está fuera de su alcance. Nos casamos y él jamás volverá a poner los ojos en ella. No lo permitiré.

— ¿Piensas acompañarme de regreso a Río de Janeiro?

Asiento.

— Mi licencia termina dentro de dos meses y necesito estar allí antes de eso.

— ¿Has tomado tu decisión?

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro.

— No lo sé. Aún no he hablado de eso con Cecilia — suspiro. — Ahora que nuestro matrimonio no es una farsa, no sé si quiero pasar meses lejos de mi esposa, de mi casa y, quién sabe, de los hijos que quizá tengamos.

— Yo no tengo esposa, pero también he estado pensando en sentar cabeza.

La puerta se abre y Cecilia entra muy agitada. Desde la boda, ha empezado a frecuentar el taller de madame Catarina. Se hicieron amigas y la modista está confeccionándole algunos vestidos.

— Cecilia, ¿qué ha pasado?

Bernardo se pone en pie, alerta.

— ¿El coronel? — pregunta Bernardo.

— No. No el coronel Vieira, sino otro hombre horrible que maltrató a una mujer esclavizada.

— ¿Qué hizo? — pregunto.

— Dandara es una de sus esclavizadas de ganancia. No sé exactamente la razón, pero espero que no haya sido porque me regaló uno de sus dulces.

— ¿También te agredió a ti, Cecilia?

— No. Solo me recordó lo injusta y absurda que es la esclavitud.

Me acerco a ella y la abrazo. Se acurruca contra mi pecho y beso el costado de su rostro. Esta es la mujer de la que me enamoré: alguien que sabe mirar más allá de su propio dolor.

Dentro de unos días construiremos nuestra historia y daré continuidad al legado de mi padre, que pasó toda su vida concediendo la libertad a hombres y mujeres, devolviéndoles lo más importante que tenemos: la libertad.

Capítulo XLVII

Cecília

Mis dedos recorren lentamente las mesitas mientras camino por el aula donde, dentro de unos días, estaré realizando el mayor sueño de mi vida.

Han pasado tres meses desde que nos casamos. Dos meses en los que vivo en un estado de éxtasis demasiado difícil de describir con palabras.

Tres meses desde que asumí una casa que ahora es mía y que he aprendido a amar profundamente. Y a partir de ahora, todo se vuelve aún más grande.

Alzo la mirada hacia el techo y cierro los ojos en agradecimiento, como ya lo he hecho tantas y tantas veces desde que regresamos a Río de Janeiro.

Una semana después de nuestra boda, Bernardo llegó por fin con las noticias. Mi padre, que fue testigo de mi huida, afirmó ante el coronel que yo había sido deshonrada y que, por ese motivo, escapé. Bernardo contó que los rumores en la villa decían que el coronel había sido despreciado y abandonado en el altar.

Bernardo no consiguió información sobre cómo recibió él la noticia de mi huida y, por ello, pasó algunos días merodeando por la villa para observarlo.

Jonas aseguró a Bernardo que mi padre dejó claro que yo ya no era su hija, que me había repudiado y desheredado, y que mi nombre no debía volver a pronunciarse jamás en la hacienda. Me declaró muerta, aun sabiendo que sigo con vida.

Al parecer, nadie llegó a sospechar de Jonas, ya que mantuvo el rostro cubierto todo el tiempo, lo cual era mi mayor preocupación. En cuanto al propio Bernardo, nadie lo conocía y no lo identificaron como el hombre que participó en mi secuestro.

Regresamos a Río de Janeiro algunos días después y, esta vez, sin necesidad de escondernos de nadie, utilizamos el camino nuevo, también conocido como el Camino Real. Al llegar a Río de Janeiro, insistí en ir de inmediato a la hacienda de mi tía para tranquilizarla sobre lo que me había ocurrido.

Mi tía, Eleonor y Gabriela nos recibieron con mucha alegría y, al enterarse de nuestro matrimonio, no mostraron tanta sorpresa como yo había imaginado. Todas afirmaron que era evidente el sentimiento que me unía a Pedro y que todo era solo cuestión de tiempo para que nos ajustáramos.

Nos quedamos en la Hacienda Boa Sorte para que yo pudiera aliviar un poco la nostalgia que sentía por las personas que se convirtieron verdaderamente en mi familia y para despedirme de mis pequeños alumnos. Mi tía asumió la responsabilidad de ellos desde que salí de allí con mi padre de manera intempestiva.

Salimos de la hacienda de mi tía dos días después y, por fin, llegamos a Río de Janeiro.

Pedro me llevó a nuestra casa. No consigo describir los sentimientos que afloraron cuando entré en ella y logré verla como mi hogar. Sin embargo, él tenía otros planes y afirmó que lo que realmente deseaba era que yo aceptara el inmueble como regalo de bodas, para que en él pudiera fundar mi escuela. Intenté negarme

con vehemencia, pero fue inflexible. Alegó que aquel inmueble era más apropiado por su buena ubicación y que él poseía otro más pequeño y algo alejado del centro de la ciudad. Contrató a personas para reformar el edificio y adecuarlo para recibir a mis futuros alumnos.

Pero no fue solo eso lo que hizo. Me presentó a una mujer a la que siempre había admirado y que ahora me está ayudando en la apertura de mi escuela: la profesora Nísia Floresta.

Ella me presentó su escuela, el Colegio Augusto, y quedé fascinada con el trabajo que desarrollaba allí.

Su colegio se hizo conocido en Río de Janeiro como revolucionario, pues antes de su fundación la educación ofrecida a las mujeres — cuando tenían la oportunidad de ir a la escuela — se limitaba a la costura, el cuidado del hogar, las buenas maneras y las virtudes morales de una buena madre y esposa. En su escuela, ella empezó a enseñar gramática, escritura y lectura en portugués, francés e italiano, ciencias naturales y sociales, matemáticas, música y danza a las niñas.

La formación intelectual que antes se ofrecía exclusivamente a los hombres en los colegios militares pasó también a formar parte de su currículo, y su colegio se convirtió en el primero en ofrecer una educación igualitaria.

Rechazada por muchos y admirada por otros tantos, su ayuda ha sido imprescindible. Es mi mayor inspiración y he aprendido muchísimo en nuestros encuentros semanales.

Una mano rodea mi cintura y siento su barba rozar mi cuello.

— Sabía que te encontraría aquí.

Me giro para quedar frente a él y cruzo mis manos detrás de su cuello.

— ¿Dónde más estaría, señor mío, esposo?

— ¿Está quedando todo como lo imaginaste? — pregunta, observando el avance de la reforma.

— Mucho mejor, teniente — murmuro con la boca muy cerca de la suya, y añado: — Si hubiera sabido que podía tener lo mejor de dos mundos, en lugar de pedirte un beso cuando nos conocimos, te habría pedido matrimonio. Nos habríamos ahorrado muchos contratiempos.

Él alza una mano y acaricia mi rostro.

— ¿Quieres decir que, a los ojos de la indomable Cecilia, me he convertido en un buen candidato a marido?

Sonrío y rozo rápidamente su boca con la mía. Me aparto y susurro con nuestros labios casi pegados:

— El mejor de todos.

Nos besamos largamente y, cuando nos separamos, suspiro enamorada.

Nuestros días y noches han sido así: llenos de amor y confidencias. Ahora él me conoce mejor que nadie, y yo también lo conozco. No tenemos pudores en la cama y buscamos saciar el deseo del otro siempre que es posible. La gente se escandalizaría si supiera que entre nosotros no existen reglas. Ya sea a media mañana o por la tarde, si el deseo se impone, no dudamos.

Nuestra relación es tan íntima que a menudo nos comunicamos solo con una mirada. Más de una vez, ya sea durante un té o incluso con algún invitado inesperado, nos apresuramos a despedirlos para caer en la cama. Vivimos en pura lujuria y nada puede ser más delicioso.

— ¿Cuáles son las posibilidades de que subamos rápidamente a comprobar si las obras están a la altura en tu sala de trabajo? — pregunta con una sonrisa traviesa.

Pongo los ojos en blanco.

— Vaya, quién diría que eres un hombre insaciable, teniente.

— La responsable de este apetito es la dama en cuestión — replica, rozando su nariz con la mía —, y este aroma tuyo a lavanda me tiene aturdido todo el tiempo y con ganas de desnudarte.

Le doy un beso rápido en los labios y me aparto.

— Por desgracia, hoy no será posible; tengo algunas cosas que resolver con el señor André Rebouças. Me garantizó que aún podemos ajustar algunos espacios para hacerlos todavía más agradables.

— Pero eso es excelente, Cecilia.

— Sí, lo es. — Alzo la mirada al techo y luego a todos los cambios que ya hemos hecho, y casi no puedo creer que todo esto sea real. — Vendrá hasta aquí para que hablemos al respecto.

Pedro sigue mi mirada y percibe lo emocionada que estoy.

Se acerca de nuevo y sostiene mi rostro entre sus manos; luego posa suavemente sus labios sobre los míos, en un gesto que demuestra cuánto le hace feliz verme feliz.

— He vuelto a reunirme con la señora Nísia — le cuento. — Su ayuda ha sido de gran valor. — Acaricio su rostro con la punta de los dedos y alzo la cabeza para rozar su boca. — Gracias por presentarme a alguien tan visionaria.

— Es una revolucionaria — dice sonriendo. — Muchos hombres la rechazan abiertamente, ya lo sabes.

— Por lo que he visto, no parece preocuparle lo que piensen de ella.

— Te convertirás en una excelente discípula. Pronto será tu nombre el que se susurre en los bancos de la iglesia durante la misa de los domingos — bromea.

— La opinión de esas personas sobre mí no me importa, teniente. — Acaricio su labio. — En realidad, solo me importa la opinión de una persona.

— Ahora me has dejado con curiosidad. — Besa la palma de mi mano. — Dime, señora, ¿de quién exactamente hablas?

— Tal vez lo conozcas — mis ojos se clavan en los suyos. — Es un teniente de Caballería a quien yo misma entregué, de buen grado, mi corazón.

— Espero que la señora no se haya arrepentido de haber entregado su corazón a ese hombre afortunado.

— Ni por un segundo — susurro con la boca pegada a la suya. — De hecho, fue mi decisión más acertada.

— ¿Cuál, señora?

— Haber entregado mi corazón. Amarte. — Suspiro. — Amarte, teniente, es lo mejor que me podría haber pasado.

Por fin nuestras bocas se encuentran en un beso profundo e íntimo, como lo es nuestra relación. Cuando nos separamos, murmura con la frente apoyada en la mía:

— Bendita la hora en que te alistaste en mi tropa, soldado Moreira.

Sonrío y nos besamos de nuevo. Sí, la vida puede ser muy, muy buena.

Capítulo XLVIII

Pedro

Me despido de Cecilia y, tras resolver algunos asuntos pendientes, me dirijo a la base militar. He recibido un mensaje del mayor Alcántara y solo nos convoca cuando se trata de algo importante.

Entro en el regimiento y voy hasta su despacho. Por el camino saludo a algunos soldados que han regresado de la última expedición.

Llamo a la puerta y la voz grave del mayor me ordena entrar.

— Teniente, siéntese, por favor.

— Señor. — Saludo y tomo asiento.

— Me he enterado de que se ha casado recientemente — dice con cordialidad. — Quiero felicitarlo.

— Gracias, señor.

Cruza las manos sobre la mesa y me mira fijamente.

— Tengo una misión para usted, teniente.

Asiento. Él continúa:

— Vamos a reclutar soldados para una nueva tropa que formaremos en otra provincia.

— ¿Qué provincia, señor?

— Bahía.

Lo miro en silencio. Cuando regresé de la licencia, hablé con mi superior, el capitán Lima, y me ofrecí para quedarme en el entrenamiento de las tropas reclutadas. No quería renunciar a mi puesto en el ejército, pero tampoco concibo la idea de pasar meses lejos de casa. De Cecilia.

— El capitán Lima me informó de su solicitud, teniente.

— Señor, me autorizó a quedarme en el entrenamiento de las tropas, que es lo que he estado haciendo.

— Sí, lo sé. Y precisamente por conocer su competencia, le ofrezco un ascenso, teniente.

Guardo silencio. Él me observa.

— Asumiría la nueva base militar con el grado de capitán, teniente.

— Señor…

— No tiene que responder ahora, teniente. Piénselo con calma.

— ¿Cuánto tiempo estaría allí?

— Sin plazo determinado. Tendría que trasladarse allí el tiempo que fuera necesario.

— Señor…

— No responda ahora. Reflexione con tranquilidad — pide —, es una gran oportunidad.

— Señor, no necesito reflexionar — digo por fin. — Agradezco el reconocimiento, pero no podré ausentarme de Río de Janeiro.

— Teniente, su esposa puede acompañarlo, si ese es el problema.

— Ella no puede ausentarse, señor. Y yo no iré sin ella. — Tomo aire. — Si esa es la condición para que continúe en mi puesto, tendré que solicitar respetuosamente la baja de mis servicios.

Tamborilea los dedos sobre la mesa con impaciencia.

— Teniente, nuestras mujeres deben acompañarnos siempre, no al contrario. El papel de las esposas es servir y obedecer a sus maridos.

— Con todo respeto, señor, las decisiones que tomo en mi vida privada no le conciernen ni a usted ni a nadie más. — Me pongo de pie. Él me mira sorprendido, pero no me intimido y continúo: — Agradezco la oferta, pero no la acepto.

Empujando la silla hacia atrás, él también se levanta. Su rostro permanece impasible.

— Debe de tener razones excelentes para rechazar una oferta como esta, teniente.

— Mi padre me enseñó que no podemos renunciar a nuestros sueños ni a los deseos de nuestro corazón. Me permitió seguir los míos, señor. Fui feliz con mi elección. Y ahora ha llegado el momento de permitir que alguien a quien amo siga los suyos.

Permanece en silencio, observándome.

— Su esposa debe de ser alguien muy especial, teniente.

Asiento.

— Es la mejor, señor. La mejor.



Abro los ojos, confusa, e intento entender qué está pasando. Me incorporo de inmediato.

Miro a mi alrededor y no reconozco el lugar. Una especie de choza. Por el silencio que lo envuelve, deduzco que se encuentra en un paraje aislado.

¿Qué ha ocurrido?

Recuerdo haber subido a la carroza que vino a buscarme para atender la invitación que había llegado más temprano de la señora Nísia. Al principio me extrañó el mensaje, que me invitaba de forma inesperada a un encuentro en su casa, ya que siempre nos reuníamos en su colegio. Pero la alegría de poder verla se impuso a la extrañeza del mensaje, que informaba que enviaría a buscarme a la hora acordada.

La carroza pequeña, completamente cerrada y tirada por dos caballos, se detuvo ante mi puerta un poco antes de la hora prevista, lo que me hizo salir apresurada, olvidando mi cuaderno de anotaciones. No reconocí al cochero, pero se identificó como la persona encargada de llevarme hasta su residencia.

Me palpita la cabeza e intento desesperadamente recordar lo que pasó. El cochero se detuvo en mitad del camino y abrió la portezuela. Le pregunté qué ocurría y me informó de que un problema en la rueda lo había obligado a parar. Bajé y, entonces, una mano me cubrió la boca y un olor fuerte inundó mi nariz cuando me presionaron un pañuelo, hasta que todo se volvió oscuridad.

He sido secuestrada. Me pongo en alerta de inmediato. Miro alrededor. Un cuarto que no tiene nada más que una cama y una mesa con una botija y un vaso.

Me pongo de pie y, por un instante, siento que todo da vueltas. Me apoyo en la mesa y cierro los ojos. Aturdida, me doy cuenta de que no llevo mi ropa.

Me han puesto un vestido blanco, algo transparente, que recuerda a un vestido de novia, sobre la enagua. Mis pies siguen calzados con mis botas de montar, ya que suelo usar a Esmeralda siempre que voy a la escuela.

Cuando me doy la vuelta para dirigirme a la puerta, esta se abre y, para mi espanto, el coronel Vieira entra en la habitación con los ojos desorbitados.

— Por fin despertó — dice. — Llegué a creer que dormiría para siempre. — Alza una ceja y añade con una risa maliciosa: — No es que sea una mala idea.

— ¿Qué quiere? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha hecho?

No se inmuta. Me observa de arriba abajo y dice:

— Veo que el vestido le queda a la perfección. No estaba seguro de sus medidas.

— ¿Dónde estoy?

— En un lugar seguro — responde con tranquilidad —, donde por fin nos casaremos.

— Soy una mujer casada. — Respiro hondo e intento calmarme. — No puedo casarme con usted.

— Esas son cuestiones que pueden resolverse con facilidad.

— Jamás me casaré con usted. Jamás.

Se acerca en un instante. Me sujeta el mentón como hizo la primera vez que nos encontramos y sus ojos chisporrotean con una rabia enloquecida.

— Ramera — escupe. — ¡Eres igual que tu madre! Pero no me despreciarás como ella lo hizo, prefiriendo al maldito de tu padre. ¡Justo a él, que no la quería!

— No sé de qué está hablando — murmuro, confundida.

— ¡Tu madre debería haberse casado conmigo! — Su respiración se acelera y su rostro se enrojece. — ¡Pero tu abuelo, ese maldito, le dio la oportunidad de elegir!

Aprieta con más fuerza y trato de recordar todo lo que aprendí con Jonas. Intento mantener la calma.

— Eres igualita a ella. — Suelta mi garganta y me tira del pelo. — El mismo rostro. El mismo cabello y los malditos ojos. — Niega con la cabeza. — Y serás mía. Te usaré y después te mataré. Y jamás podrás tener a nadie después de mí.

— Está usted loco.

Suelta mi cuello, me empuja hacia atrás, se arregla el chaleco y saca el reloj del bolsillo. Luego, con toda calma, camina hasta la puerta y, antes de salir, dice:

— Vendré a buscarla dentro de unos minutos para nuestra ceremonia. Y esta vez ningún maldito teniente se la llevará de mí. Será mía.

Entonces abre la puerta, oigo cómo se echa el cerrojo y mis ojos se llenan de lágrimas. Inspiro y expiro varias veces para tranquilizarme. Jonas siempre me decía que la mayor ventaja que tiene un luchador sobre otro es el control de la respiración y del miedo. Dejar que el miedo te domine debilitará tu voluntad de vencer, Cecilia. Eso era lo que siempre repetía. No dejaré que nada me debilite.

Si ese maldito cree que me entregaré sin luchar, demuestra que no sabe nada de mí. Jamás me entregaré ni me casaré con él. Lucharé si es necesario, pero no permitiré que me toque.

Lucharé hasta el final. O moriré intentándolo.

Capítulo L

Pedro

Salgo del cuartel y voy directo a encontrarme con Cecilia. Solemos regresar juntos cabalgando. A esta hora, ya debería haber terminado su compromiso.

Monto a Tempestade y me dirijo al lugar donde funcionará la escuela y donde ella suele pasar el día supervisando el avance de la reforma. Bernardo, que de vez en cuando se deja caer por la obra, bromea diciendo que Cecilia sería una excelente ingeniera, al igual que André Rebouças, uno de los mayores ingenieros de nuestro país, que logró imponerse, con su talento, al prejuicio por ser negro.

Unos minutos después, desmonto y ato el caballo a la estaca frente al inmueble, donde Esmeralda espera pacientemente a su dueña. Le acaricio el hocico y subo los escalones.

La puerta está cerrada y, al abrirla, noto el lugar completamente vacío. El cuaderno de anotaciones de Cecilia está abierto sobre una de las mesitas donde los alumnos asistirán a sus clases.

Lo tomo entre las manos y leo sus últimas notas; veo que estaba planteando cuestiones y dudas para tratar con la señora Nísia en futuros encuentros.

Un escalofrío me recorre la espalda y me invade la sensación de que algo no está bien.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Me apresuro hacia la cocina, donde el fuego está apagado.

— Cecilia — la llamo.

Silencio. Un silencio que se vuelve un presagio de que algo muy malo ha ocurrido. Subo los escalones de dos en dos y voy directo a la salita que ella está usando como despacho.

Como ya esperaba, todo está vacío y silencioso. Abro todas las puertas del pasillo. Nada.

Me paso las manos por el rostro e intento tranquilizarme. No sirve de nada perder el control. Salgo a toda prisa, vuelvo a montar a Tempestade y cabalgo apresuradamente hasta el Colegio Augusto, donde probablemente encontraré a la señora Nísia, la persona con quien Cecilia se reúne con frecuencia.

Tal vez Cecilia haya ido a visitarla, como suele hacer.

Capítulo LI

Cecília

He registrado toda la habitación en busca de algo que pudiera usar como arma, pero solo encontré un trozo de madera, del grosor de un lápiz. Al frotar una de sus puntas contra el suelo, conseguí formar una especie de punta. No muy afilada, pero lo bastante como para herir si se utiliza de la manera y en el lugar adecuados.

Camino de un lado a otro, inspirando y expirando. Intento apartar de mi mente los recuerdos de Pedro y de toda la vida que habíamos planeado. Pensar en ello me haría vulnerable. Así que me concentro únicamente en la respiración y, poco a poco, los latidos de mi corazón se van calmando hasta que mis emociones quedan bajo control.

No sé con certeza cuánto tiempo pasa hasta que vuelvo a oír cómo se abre el cerrojo de la puerta.

Entra en la habitación. Escondo el arma improvisada entre los pliegues de la falda. No dudaré en usarla.

— ¿Vamos, mi dignísima novia? — ríe de forma alucinada, como si llamarme digna fuera una gran broma. — Imagino que te estarás preguntando cómo conseguí encontrarte, ya que tú y ese maldito os escondisteis durante días en medio del monte.

Sujeta la cadena del reloj de bolsillo y sonríe con desprecio; al hacerlo, su chaqueta se abre y deja al descubierto su arma de fuego.

— Sabía que tarde o temprano volverías junto a esa ramera que es tu tía — continúa — ; se nota bien de quién has salido. La sangre es realmente podrida.

No dejo que sus palabras me afecten. Aprieto con más fuerza la pequeña estaca y me mantengo alerta.

— ¿Sabías que vive de manera desvergonzada con otra ramera de su calaña? — se acerca un poco más. — Así es, por eso fue muy fácil saber dónde estaba la hacienda de esas dos mujeres que viven en pecado a la vista de todos — agita la mano —, y entonces pagué para que te vigilaran. — Su rostro se endurece en una máscara de odio cuando añade: — Lo que no sabía es que el maldito que te robó era un oficial del Imperio. Un hombre que debería proteger la moral y las buenas costumbres.

Da otro paso y ahora está muy cerca. El silencio afuera es absoluto y me pregunto si está solo o acompañado. Necesito saber cuáles son mis posibilidades antes de actuar.

Intentando desesperadamente controlar el temblor de mi voz, pregunto:

— ¿Y el coronel se tomó la molestia de vigilarme durante días, aun teniendo yo la sangre podrida?

— No cometeré contigo el mismo error que cometí con la otra ramera que era tu madre — dice —, pero ahora estoy aquí. A solas con mi novia, para apoderarme por fin de lo que es mío.

Está muy cerca. Siento su aliento en mi rostro. Aprieto la mano con más fuerza.

— Te tomaré y te domaré como a un potro salvaje. ¿Y sabes qué es lo mejor? Nadie sabrá siquiera por dónde empezar a buscarte — ríe con ganas. — Estamos en medio de la nada, y será aquí donde dejaré tu cuerpo pudriéndose cuando me canse de usarlo.

Entonces da un paso más y, con toda la fuerza que tengo, lo ataco.

Capítulo LII

Pedro

Salgo del Colegio Augusto completamente trastornado. Me paso las manos por el rostro. Nísia no sabe nada sobre el paradero de Cecilia.

Camino hasta donde dejé a Tempestade esperando y cabalgo a toda prisa hacia el lugar donde Cecilia estuvo por última vez.

Subo los escalones y entro en la sala. Nada está fuera de su sitio. Por lo que conozco a Cecilia, no iría a ningún lugar contra su voluntad sin luchar. Así que concluyo que quien hizo esto la atrajo hasta él.

Sospecho que su padre volvió a engañarla y se la llevó, como hizo la primera vez.

Si fue así, debió de salir en carruaje y no a caballo, ya que Esmeralda permanece afuera.

Vuelvo a acercarme a la mesa donde dejé su cuaderno y trato de encontrar alguna pista. Entonces encuentro un mensaje que Cecilia recibió, doblado entre las hojas.

«Querida Cecilia:

Me gustaría invitarla a almorzar, a las once horas, en mi residencia. Enviaré un carruaje a recogerla a la hora indicada, así tendremos la oportunidad de estrechar nuestra amistad, además de tratar asuntos pertinentes a la apertura de su escuela.

Atentamente,

Nísia Floresta.»

Alguien la engañó con una invitación falsa.

Mi corazón retumba en el pecho.

La certeza de que su padre la ha engañado una vez más me llena de miedo y angustia. Mataré a ese desgraciado si le hace algún daño a Cecilia.

Bajo las escaleras y voy hasta Tempestade; lo desato y monto. Tomo las riendas de Esmeralda y la conduzco hasta el establo público. No sé cuánto tiempo tardaré y no puedo dejarla aquí indefinidamente.

Después de entregarla al mozo del lugar y pagar por su estancia, me dirijo a la casa de Bernardo. Siempre ha sido un buen rastreador y podrá ayudarme.

No tardo mucho en llegar a su casa sencilla, algo apartada del centro. Desmonto y camino hasta la puerta.

Antes incluso de llamar, se abre y, para mi asombro, me encuentro cara a cara con Gabriela.

Bernardo aparece justo detrás y ambos se quedan paralizados al verme en la puerta.

Un rubor colorea el rostro de ella, pero enseguida se yergue, fingiendo indiferencia.

Bernardo da un paso al frente.

— Pedro, ¿qué te trae por aquí a estas horas?

Los miro a ambos.

— Cecilia ha sido secuestrada.

— ¿Qué? — pregunta Gabriela, pálida.

— Pedro, ¿cómo? — pregunta Bernardo.

— ¿Por quién? ¿Su padre? Cecilia sabe defenderse.

— No lo sé; sospecho de su padre.

Me paso la mano por el rostro e intento calmarme antes de contarles todo lo que sé.

— La buscaremos y la encontraremos. No te preocupes — me tranquiliza Bernardo.

— Yo voy con vosotros — avisa Gabriela mirándonos. — Puedo ayudar. Suelo moverme por estos parajes y conozco algunos lugares que podrían servir para encerrar a alguien.

Bernardo la mira con asombro.

— Parece que ya lo habías pensado.

Ella se yergue.

— Lo que piense o deje de pensar no es asunto tuyo. — Volviéndose hacia mí, concluye: — Vamos, por el camino nos cuentas los detalles.

Cruza la calle y solo entonces reparo en el caballo atado a un arbusto al otro lado de la calle tranquila.

Bernardo entra en casa y vuelve con su arma. Cierra la puerta y va rápidamente al establo. Su caballo ya estaba ensillado, señal de que pensaba salir o acababa de regresar.

Montados, salimos los tres al galope siguiendo a Gabriela, que cabalga como si supiera exactamente dónde buscar.

Al cabo de un rato, detiene su caballo y nos emparejamos.

— Allí — dice señalando un valle — hay una choza abandonada. — Luego señala en otra dirección. — Y allí, cruzando el arroyo, hay una cabaña de caza. Y del otro lado hay dos casuchas más que llevan años cerradas.

— ¿Cómo sabes todo eso? — pregunta Bernardo; ella lo ignora.

— Creo que lo más prudente es separarnos — continúa Gabriela. — Y si encontramos algún rastro, regresamos para avisar y seguimos juntos. ¿Tienes idea de cuánto tiempo lleva desaparecida?

— El mensaje decía que el encuentro era a las once — miro la posición del sol —, así que deben de haber pasado unas cuatro horas desde que salió de casa.

Gabriela asiente, gira su montura y dice por encima del hombro:

— Vamos rápido, no tenemos tiempo que perder.

Sale disparada, dejando atrás a un Bernardo estupefacto, y yo, con el corazón acelerado, parto al galope en la dirección que ella ha indicado.



Capítulo LIII

Cecília

La sorpresa del coronel ante mi ataque fue tal que vaciló. Mis dedos, manchados de sangre, me confirman que lo he herido, pero no lo suficiente.

Encogido, lanzando improperios, veo su mano empapada de sangre. Lo golpeé por debajo de las costillas, tal como Jonas me enseñó, pero la punta poco afilada no lo atravesó en profundidad. Antes de que se reponga de la sorpresa, me agacho y tomo su arma. Me aparto unos pasos, jadeante, y monto el arma.

Él se recompone de inmediato y se pone en pie con dificultad.

— Baja esa arma, maldita — dice, con una mano presionando la herida, que ya ha empapado gran parte de su traje.

— No se acerque o disparo — le advierto.

— Bah, insensata, no sabes ni siquiera sostener un arma — se burla, mirándome con furia mientras intenta contener la hemorragia. — Cuando ponga las manos en ti, te romperé los dedos uno a uno.

Da un paso más y vuelvo a advertirle:

— Un paso más y disparo. No estoy bromeando.

— Nadie va a salvarte de aquí, idiota. Baja esa arma de una vez o te arrepentirás aún más.

Entonces lo miro fijamente y apunto el arma hacia él.

— No necesito que nadie me salve de un facineroso como usted.

Avanza hacia mí y, sin dudarlo, aprieto el gatillo.

Capítulo LIV

Cecília

Aturdida por el estruendo del disparo, tardo unos segundos en recomponerme. El coronel está tendido en el suelo, gimiendo y soltando improperios, señal de que no lo he matado.

De pie, me acerco a él con el arma en la mano, se la apunto a la cabeza y digo:

— No creas que fallé el tiro, canalla. — Tendido, entre la sangre que brota de las dos heridas, por primera vez me mira con cierto temor. — Sería capaz de acertarte a leguas de distancia. Pero voy a perdonarte la vida; la muerte es algo demasiado bueno para cobardes como tú. — Oigo un galope acercándose y me doy cuenta de que alguien ha llegado. Lo miro una vez más. — Si por casualidad escapas de la policía y vuelves a importunarme, no dudaré en abatirte mortalmente.

— Espera, no me dejes aquí — suplica. — Estoy sangrando mucho, moriré en este fin del mundo. ¡Ayúdame, por favor!

— De verdad voy a desear que vivas y pagues por las maldades que has cometido — me dirijo hacia la puerta — ; pero si no consigues sobrevivir, ¡espero que ardas en el fuego del infierno!

— ¡Espera! — implora.

Ignorándolo, cierro la puerta por fuera con el candado, tal como él hizo conmigo, justo a tiempo de ver al cochero acercarse con el arma en la mano.

Me deslizo y me quedo detrás de la puerta de entrada de la choza.

Abre la puerta y entra.

— ¿Coronel? — llama. — Coronel, me pidió que me mantuviera lejos, pero oí un disparo. — Se dirige hacia el cuarto y, cuando me da la espalda, lo ataco con la culata del arma, golpeándolo en la cabeza. El arma se me cae de la mano.

Sorprendido y aturdido, me mira como si estuviera viendo a un fantasma. No pierdo tiempo: le doy una patada en las partes íntimas y cae al suelo; entonces recojo el arma, se la apunto, la amartillo y, mirándolo fijamente a los ojos, digo:

— Esto es por secuestrarme. — Disparo a su pierna.

El alarido de dolor es ensordecedor. Grita y se retuerce.

— ¿Quién eres? — pregunta entre gemidos y llanto. — ¿Quién demonios eres, maldita?

Camino hacia la puerta y, antes de salir, me vuelvo y digo con calma:

— Soldado Moreira de la caballería imperial, a su servicio, facineroso.

Salgo cerrando la puerta y corro hasta el caballo que estaba atado a un arbusto cerca de la casa.

Me acerco al animal despacio y acaricio su hocico para asegurarme de que es dócil. Jonas siempre me decía que jamás montara un caballo sin estar segura de su temperamento, o podría matarte.

Entonces, montándolo, comienzo a cabalgar en dirección a donde creo que está la ciudad.

Ahora, al sentirme a salvo de nuevo, dejo que todo el nerviosismo me invada y lloro de alivio y de alegría.

Capítulo LV

Pedro

El estruendo del disparo resuena en la campiña desierta. Desesperado, apremio a Tempestad llevándolo al límite. Entonces oigo otro disparo y el miedo se infiltra en cada partícula de mi ser.

Detengo a Tempestad por un segundo e intento concentrarme. La posición del viento arrastra el sonido de forma distinta. Giro a Tempestad hacia la derecha y sé que voy por el camino correcto.

No sé qué haré si le ocurre algo a Cecília.

Nunca imaginé vivir la vida que he estado viviendo. Siempre esperé encontrar una compañía con la que compartir mis días, pero jamás pensé en vivir un matrimonio como el de mis padres.

Hasta conocerla.

La fuerza y la determinación de Cecília me cautivaron como jamás creí posible. Su espíritu libre, su voluntad de realizar sus sueños, tan parecida a lo que me ocurrió a mí, le confieren una belleza que trasciende los rasgos de su rostro o la perfección de su cuerpo.

Y cuando se enamoró de mí de la misma manera, me sentí el hombre más afortunado del mundo y me juré a mí mismo estar siempre a su lado, desempeñando el papel que ella deseara.

Marido. Amante. Amigo. Compañero. Protector.

No puedo perderla. No lo soportaría.

Cuando Tempestad empieza a subir la colina, veo acercarse a un jinete. Y a cada paso de mi caballo siento que el corazón se me acelera.

Sin poder creer lo que ven mis ojos, dejo escapar una lágrima. Cecília. Está aquí.

Cuando estamos lo bastante cerca, desacelero a Tempestad y salto del caballo para ayudarla a bajar. Y cuando la tomo entre mis brazos, es como si mi corazón volviera a latir. Le sujeto el rostro y la beso intensamente. Ella me abraza y las lágrimas empiezan a caer.



No tardamos mucho en encontrar a Bernardo y a Gabriela. Con Cecília anidada en mis brazos, montamos a Tempestad y fuimos a su encuentro.

Tras explicarles a ambos lo ocurrido, me dirigí con Cecília hacia la ciudad y dejé que Bernardo y Gabriela se encargaran de los dos hasta la llegada de las autoridades policiales.

Ya era bastante tarde cuando ambos llamaron a nuestra puerta para contarnos cómo habían sucedido las cosas.

El coronel Vieira recibió un tiro de refilón en el hombro, quedó inconsciente durante unas horas por la pérdida de sangre, pero nada grave. Y el cochero estaba desmayado cuando fue encontrado.

La policía arrestó al coronel Vieira por intento de secuestro y al cochero como cómplice.

Cuando por fin llegamos a casa, la llevo en brazos. Ella sonríe y apoya la cabeza en mi hombro:

— ¿Por qué me llevas en brazos, teniente?

— Porque estás agotada y no quiero separarme de ti ni un segundo.

Al inclinar la cabeza hacia arriba, siento sus labios rozar mi cuello en un beso suave.

— Me gusta la idea — murmura.

— Pero antes voy a darte un baño. ¿Puedo, señora mía?

— ¿Un baño? — Aparta la cabeza para mirarme. — Me encantaría bañarme contigo, teniente.

— Lástima que no tengamos un río — bromeo. — Aunque sea un caballero, aún tengo grabada en la memoria la imagen de ti bañándote en aquel río. De todas las cosas que he hecho, sin duda no mirarte descaradamente en aquel momento fue lo más difícil, muchacha.

Riendo, me mira.

— Creo que algún día podemos remediar eso, teniente. ¿Qué te parece?

Al llegar al dormitorio, beso su boca y, antes de dejarla en la cama, replico:

— Creo que tus ideas son las mejores, amor mío.

Me inclino y la beso largamente. Sus brazos se enredan en mi cuello, impidiéndome apartarme.

— Déjame pedir que preparen tu baño y algo de comer, amor.

— No necesito comer ni tampoco bañarme ahora. Te quiero a ti. — Acaricia mi rostro con las yemas de los dedos. — Tuve mucho miedo de no volver a tener la oportunidad de tocarte… — se inclina y besa mi boca — de amarte…

— Dios mío, Cecília, así resulta difícil comportarse como un caballero y cuidarte.

Ella sonríe, provocadora, y dice:

— No quiero un caballero. Quiero que me ames y me hagas olvidar el día de hoy.

Nuestros ojos se encuentran y pierdo la batalla contra mi deseo de hundirme en ella lentamente. Necesito tanto tocarla, sentirla, que duele lo excitado que estoy.

Me levanto de la cama, donde estaba inclinado sobre ella, y me desnudo rápidamente. Ella se sienta y hace lo mismo. Arroja el vestido lejos y se desliza la combinación por su esbelto cuerpo. Y entonces está desnuda y gloriosa en nuestra cama, y nada, absolutamente nada, es más hermoso que verla así.

Vuelvo a la cama y la atraigo hacia mí. Ella apoya las manos en mi pecho, y las mías recorren su cuerpo hasta tomar sus pechos con las manos en forma de cuenco y acariciar con el pulgar los pezones turgentes.

— Ah, eso es tan bueno… — Su voz es apenas un gemido. — Me encanta el tacto de tus manos. — Empieza a frotarse contra mí. — Me encanta rozarme con tu cuerpo. — Se eleva un poco, permitiéndome penetrarla profundamente.

Gemimos al unísono.

— Tan bueno — repite.

Hundido profundamente en ella, me esfuerzo por no correrme tan rápido. Mi cuerpo está al límite. Verla así frotándose contra mí mientras me cabalga me está llevando a la locura. Con un movimiento rápido, me siento y le sujeto el cabello con una mano.

— Te amo — murmuro, desesperado por controlar el deseo que crece y crece.

Mi voz hace que acelere los movimientos. Beso su boca con avidez. Nuestras lenguas se entrelazan, nuestros pechos se presionan y nuestros cuerpos se funden.

En un movimiento rápido, la tumbo en la cama sin salir de ella. Nuestras bocas siguen unidas. Levanto una de sus piernas con la mano y empiezo a embestirla, frotando mi cuerpo contra el suyo.

Gime y, desesperada, busca mi mano, entrelazando nuestros dedos. Alzo su brazo por encima de su cabeza y acelero los movimientos.

— No aguanto… — solloza — Voy a correrme — dice cuando su cuerpo empieza a estremecerse sobre el mío y, entonces, siento cómo sus paredes se cierran alrededor de mi miembro y, por fin, me concedo el alivio que mi cuerpo necesita desesperadamente y me corro. Jadeante, la atraigo de nuevo a mis brazos y permanecemos en silencio. Solo el sonido de nuestra respiración llena el dormitorio y el amor ocupa cada espacio a nuestro alrededor.

Somos el uno del otro. Completamente. Beso su frente y ella dice en voz baja:

— Te amo, teniente.

La abrazo aún más.

Sé que todavía le resulta difícil expresar lo que siente, así que cada declaración suya la recibo como un regalo valioso.

Le sostengo el mentón y dejo que nuestras miradas se encuentren antes de decir:

— Lo sé.



Un año después…

Observo mi imagen reflejada en el espejo que tengo delante con emoción. El vestido blanco y sencillo, y la pequeña corona de flores también blancas, me arrancan un suspiro de la felicidad más genuina.

Oigo que llaman a la puerta y me apresuro a abrir. Mi tía entra en mi habitación y veo lo emocionada que está.

— Estás preciosa, Cecília.

La señalo, vestida con un elegante vestido azul, y replico:

— Usted también lo está, tía.

Acercándose, toma mis manos entre las suyas y deposita en ellas un collar de aspecto antiguo, con una flor amarilla en el centro.

— Esta joya lleva mucho tiempo en la familia. Perteneció a tu bisabuela y se ha ido pasando de generación en generación. — Alza la mano y acaricia mi rostro. — Como era la hija mayor, mi madre

me la pasó a mí antes de morir para que yo se la entregara a mi hija… — Sonríe . — Pero, como sabes, eso no ocurrirá, porque mi corazón pertenece a una mujer.

— Es preciosa — murmuro.

Me mira y veo la emoción brillando en sus ojos ligeramente húmedos.

— Debería habérsela entregado a tu madre cuando se casó, pero en aquel momento no tenía idea de a quién entregaría mi corazón; así que hoy te la entrego a ti, querida, para que un día, en la boda de tu hija, puedas pasarla adelante.

Acaricio el cristal que protege la flor.

— Es un girasol — explica. — No sé si conoces la leyenda de esta flor, que jamás le da la espalda al sol. Lo sigue durante el día para recibir su calor y su luz. El girasol representa la felicidad, la lealtad, el entusiasmo y la dignidad. — Su mirada se encuentra con la mía. — Tu bisabuela, María Antonia, lo recibió como regalo el día del nacimiento de su primer hijo, porque lo representaba todo eso. Era una mujer fuerte y valiente que llegó a este país, tomó las riendas de su vida y defendió hasta el último día a los más desfavorecidos frente a las injusticias. Fue abolicionista y dedicó su vida a la lucha contra la esclavitud y al derecho de todos a la libertad. Veo en ti todo eso. Veo fuerza, coraje, determinación y lealtad. — Se inclina y besa mi rostro. — Tu madre estaría inmensamente orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Emocionada, la abrazo. Sus manos acarician mi espalda mientras lloro en silencio.

— No te pongas así, cariño — dice, apartándose un poco. — Hoy es un día muy especial. Estamos muy felices de poder formar parte de este momento de tu vida.

Me seco las lágrimas y sonrío.

— Gracias por venir, tía. Vuestra presencia es muy importante para mí; sois mi verdadera familia.

— No nos lo perderíamos por nada.

Oímos que llaman a la puerta y Gabriela asoma la cabeza por la rendija.

— ¿Vamos? Pedro va a sufrir un infarto si tardamos un poco más. Está nervioso como un muchacho inexperto.

Mi tía besa mi mejilla y se despide. Gabriela entra y dice:

— Vaya, estás guapísima…

— Tú también lo estás, Gabriela.

— ¿Lista?

— Sí, lista.

Salimos de la mano y mi corazón retumba en el pecho, rebosante de felicidad.



Pedro

— ¡Por Dios, hombre, tranquilízate! — dice Bernardo por décima vez. — Ni parece que ya hayas pasado por esto — bromea.

— Es diferente.

Pone los ojos en blanco.

— Claro que lo es; es tu mujer, hombre.

— A veces aún no me creo la suerte que he tenido — respondo sonriendo.

Su tía entra en la capilla y miro la iglesia donde me casé con Cecília por primera vez y donde ahora estamos para renovar nuestros votos ante la familia y los amigos.

Están todos aquí. Han viajado kilómetros para honrarnos con su presencia.

Sus tías Luiza y Eleonor están sentadas en la primera fila, de la mano. Nana, que es mi única familia, está emocionada y se seca alguna lágrima de vez en cuando. Jonas también vino acompañado de Talia, que consiguió comprar su libertad con el dinero que envié para ese fin y que ahora vive en la ciudad como ayudante de la modista Catarina, quien tampoco quiso perderse nuestra renovación de votos.

Gabriela entra en la iglesia y se sienta en el banco delantero; Bernardo se aparta de mi lado y se sienta junto a ella. Es evidente que cada día están más unidos y ya no ocultan tanto la atracción que sienten el uno por el otro.

Todos se vuelven hacia la puerta cuando, sosteniendo un ramillete de flores blancas, Cecília camina lentamente hacia el altar.

Cuando se acerca, voy a su encuentro, coloco su mano en el pliegue de mi brazo y, sonriéndonos, caminamos juntos para recibir la bendición.

El sacerdote, que accedió a oficiar de nuevo la ceremonia, nos saluda y comienza.

Al concluir sus palabras, se vuelve hacia mí y pregunta:

— ¿Esta vez ha traído los anillos?

Sonriendo, asiento. La sorpresa de Cecília es grande cuando, al deslizar el anillo de oro en su dedo, renuevo mis votos, ahora ante Dios y ante las personas importantes para nosotros.

Mi voz suena ronca, incluso para mis propios oídos, cuando hablo sin apartar la mirada de la suya:

— Prometo seguir cuidándote, protegerte y amarte cada día más, y estar siempre aquí para ti. En la salud y en la enfermedad. Te amo.

Con los ojos nublados por la emoción, ella toma el anillo que le entrego, clava la mirada en la mía y su voz conmovida resuena en el silencio de la iglesia:

— Prometo amarte y amarte cada día más. Prometo ser tu compañera, tu amiga, tu confidente y seré la madre más feliz del mundo del niño que crece en mi vientre, fruto de este amor.

Tardo unos segundos en comprender.

— ¿Un hijo? ¿Vamos a tener un hijo, Cecília?

— O una hija — añade ella.

Entonces, ignorando a todos, incluso al sacerdote, la atraigo a mis brazos y la beso lenta y profundamente.

Los aplausos resuenan en la capilla y nos giramos para encontrarnos con las miradas emocionadas de nuestros amigos.

Le tiendo la mano y ella la toma; salimos de la iglesia y, ya en el patio, la alzo, la giro en mis brazos y la beso despacio.

Ahora estamos unidos ante Dios y ante los hombres, y nada me ha parecido nunca tan cierto.

Nuestro beso continúa. Es un beso de entrega, que sella de todas las maneras nuestra unión.

Un beso con sabor a para siempre.




@littlepinkdesign

Nota de la autora

Cuando cursé la licenciatura en Historia, me enamoré perdidamente de la Historia de Brasil, en especial del período colonial y del imperial. Y, a lo largo de todos los años en que impartí clases, siempre me descubrí pensando en las razones por las que no tenemos tantas opciones de libros de ficción ambientados en esos períodos para recomendar a mis alumnos, más allá de los manuales escolares.

Hasta que decidí escribir la serie *Mujeres de Brasil*, ambientada en el Brasil colonial. Suelo decir que escribí esta serie mucho más para mí que para mis lectores, ya que no imaginaba que aquellas historias conquistarían a tantas personas como lo hicieron.

Pero, una vez involucrada con la escritura de la serie, me descubrí deseando contar otras historias ambientadas en períodos poco explorados en la literatura nacional.

Y aquí está mi cuarta novela histórica, que aborda un poco los cambios sociales ocurridos durante el período imperial, otro hito histórico importante en la construcción de la identidad de nuestro país.

Dicho esto, pasemos a las aclaraciones:

Esta es una obra de ficción ambientada en un período histórico de Brasil (Período Imperial). Algunos personajes existieron en la vida real, pero hay distorsiones de fechas, hechos y logros, pues se trata de una obra ficcional y, por lo tanto, no tiene como objetivo servir como manual histórico, sino enaltecer personalidades femeninas que sufrieron borramiento histórico.

La personaje María Quitéria de Jesús, citada en la obra, fue la primera mujer en formar parte del Ejército Brasileño; sin embargo, actuó en el Primer Reinado (1822 – D. Pedro I), y no en el Segundo Reinado (1840 – D. Pedro II), período histórico en el que se desarrolla la obra. La hazaña de María Quitéria es reconocida hasta hoy y es considerada una heroína de la Independencia. Al igual que Cecília, fingió ser hombre para poder ingresar en las Fuerzas Armadas, utilizando el nombre de su cuñado.

Semanas después de incorporarse al ejército, la identidad de María Quitéria fue revelada. Por sus méritos, fue aceptada en la tropa y su valentía al ingresar en un ámbito masculino llamó la atención de otras mujeres, que se alistaron y formaron un grupo comandado por Quitéria.

Su hazaña fue reconocida por el emperador D. Pedro I, quien la recibió personalmente y la condecoró con la insignia de Caballero de la Orden Imperial del Cruzeiro, medalla creada como símbolo del poder imperial.

Citarla en la historia fue un sencillo homenaje a una mujer que, ya en 1822, no aceptó que su género la definiera.

Otra personaje de gran importancia y relevancia en la historia de nuestro país fue Nísia Floresta Brasileira Augusta, nacida en Rio Grande do Norte, seudónimo de Dionísia Gonçalves Pinto, educadora, escritora y poetisa brasileña. Fue pionera de la educación feminista en Brasil, con protagonismo en las letras, el periodismo y los movimientos sociales.

Nísia Floresta fue precursora del feminismo, del periodismo y de la literatura de autoría femenina en el país, pero su importancia va aún más allá cuando, en 1838, fundó en Río de Janeiro uno de los

primeros colegios exclusivos para niñas, el Colegio Augusto. La legislación brasileña preveía escuelas femeninas desde 1827, pero la enseñanza se limitaba a la educación doméstica. El Colegio Augusto, entonces, ofrecía las mismas asignaturas que recibían los niños, como matemáticas, portugués e historia, haciendo igualitaria la formación de las mujeres frente a los hombres y dejándolas capacitadas para tener la oportunidad de ser más que solo esposas.

Nísia Floresta también escribió varios libros y artículos en periódicos sobre la importancia de la igualdad de género.

Homenajearla aquí con un poco de su historia fue un gran honor.

Otros hechos históricos que necesitan aclaración:

La ciudad donde Cecília y Pedro se casaron existe. São Bartolomeu se encuentra en Minas Gerais y es conocida por la tradición culinaria en la producción del dulce de guayaba, producto que sostiene la región. La iglesia donde se celebra el matrimonio fue totalmente preservada y puede visitarse. El sitio web para acceder a las fotos se encuentra en las referencias bibliográficas de este libro.

Otro personaje real citado fue el ingeniero André Rebouças, primer ingeniero negro de Brasil, quien abrió un camino importante contra el prejuicio profesional.

Otros hechos importantes:

El matrimonio era realizado por la Iglesia Católica y era indisoluble. Una vez casada, la mujer (principalmente) jamás podía disolverlo ni volver a casarse, a menos que quedara viuda. El divorcio se instauró tiempo después, pero no daba derecho a volver a casarse, solo a la separación de cuerpos.

La homosexualidad, hasta 1830, era tratada como crimen (sodomía), enfermedad o locura; sin embargo, existen muchos casos de parejas homoafectivas (en su mayoría mujeres) que ignoraron los prejuicios y burlaron las leyes sin preocuparse por la opinión ajena.

“Esclavizado de ganho” o “negro de ganho” era el nombre dado en Brasil a los esclavizados urbanos que ejercían un trabajo y entregaban parte de sus ganancias a sus dueños. Este estipulaba una cuota mínima en dinero que debía entregarse como resultado del trabajo diario del esclavizado. Lo que excediera la cuota establecida pertenecía al esclavizado; pero si no se alcanzaba el monto, podía ser castigado.

Había diversos tipos de actividades según la habilidad del esclavizado: vendedor ambulante, transportista de cargas, cargador de sillas, barbero, marinero, pescador, herrero, artesano, albañil, etc. Las esclavizadas de ganho eran, en su mayoría, quitanderas (vendedoras de dulces y alimentos); eran ellas quienes dominaban el pequeño comercio callejero en ciudades como Río de Janeiro, Minas Gerais y Salvador.

Para ejercer ese trabajo, el esclavizado de ganho gozaba de autonomía y libertad de desplazamiento. Incluso podía vivir en una casa en la ciudad y solo regresaba a la casa de su señor para pagar diaria o semanalmente la remuneración estipulada.

La parte destinada al esclavizado podía utilizarse para alimentación, vestimenta e incluso para la compra de su libertad. Tras ser liberados, la tendencia de los antiguos esclavizados de ganho era establecerse en pequeños negocios, trabajando por cuenta propia.

Mi intención al contar la historia de Cecília y Pedro fue llevar al lector un poco de las transformaciones ocurridas durante el período imperial y presentar algunas personalidades históricas que fueron muy importantes en la lucha por la igualdad de género.

Espero que les haya gustado.

Hasta el próximo viaje.

Con cariño,

Sheila Guedes



Son tantas las personas a las que debo agradecer, que sería injusto citar nombres.

Escribir este libro solo fue posible porque muchísima gente esperó por él y creyó en esta historia.

Por eso, mi primer agradecimiento va para todos mis lectores, que le dieron una nueva oportunidad a esta historia escrita por mí, que me acompañan y no me dejan olvidar que realmente disfrutan de mi trabajo y lo esperan con cariño.

¡Gracias, gente! Muchas, muchísimas gracias por haberme convertido, libro a libro, en una autora más segura y feliz. Esta historia es para ustedes. ¡Siempre será para ustedes!

Quiero agradecer también a otras personas que me ayudaron durante el proceso, ya sea leyendo los capítulos aún en su forma más cruda, como Kalina, Anelise y Roberta; haciendo observaciones críticas, como Alba; revisando el texto, como Carlinha; o dándole un rostro a mi historia, como Dri.

¡Mi agradecimiento sincero por acompañarme en este camino, chicas!

Quiero agradecer también a todas las personas (los *bookstagrammers*) que se inscribieron para ser parte de la divulgación de esta historia. El apoyo y el aliento de ustedes son fundamentales para que esta obra llegue cada vez a más personas. ¡Gracias por ofrecerse a leerla y ayudarme en este proceso de difusión!

A mi familia — en especial a mi marido, que siempre fue mi PEDRO —, que me anima y me ayuda de manera concreta a no renunciar nunca a mis sueños, por difíciles que parezcan. Gracias, mi amor. Te amo.

A mis amigos, que verdaderamente creen en mí, reciban mi más sincera gratitud.

Y, por último, y más importante, quiero agradecer a Dios por mostrarme cada día la fuerza que habita dentro de mí y la certeza de que, si alguna vez flaqueo, Él siempre estará a mi lado para sostenerme.

Espero, querido lector, que hayas disfrutado leyendo tanto como yo disfruté escribiendo esta historia.

Con amor,

Sheila Guedes

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

http://www.institutocidadeviva.org.br/inventarios/sistema/wp-content/uploads/2008/06/oscaminhosantigos.pdf

https://www.infoescola.com/brasil-colonia/estrada-real/

https://www.teses.usp.br/teses/disponiveis/2/2131/tde-03052021-004436/publico/4926768_Dissertacao_Parcial.pdf

https://paladar.estadao.com.br/noticias/comida,a-mesa-em-1875,10000008157

https://mundoeducacao.uol.com.br/historiadobrasil/os-diferentes-tipos-escravo-no-brasil.htm

https://www.conhecaminas.com/2019/05/sao-bartolomeu-joia-de-minas-gerais.html

https://educacaointegral.org.br/reportagens/nisia-floresta/#:~:text=O%20cen%C3%A1rio%20mudou%20quando%20a,m%C3%BAsica%20e%20dan%C3%A7a%20%C3%A0s%20meninas

https://mundoeducacao.uol.com.br/historiadobrasil/maria-quiteria.htm

http://www.agenciadenoticias.uniceub.br/?p=22618

https://www.portalvaledocafe.com.br/fazendas_vassouras.asp

LIBROS:

Casa-Grande & Senzala – Gilberto Freyre - https://amzn.to/32soyZ4

Escravidão – Laurentino Gomes - https://amzn.to/3uZTU5M

Ao sul do corpo – Mary Del Priore - https://amzn.to/2OXkGMy

História das Mulheres do Brasil (Editora Contexto)

Capilla del matrimonio de Cecília y Pedro:

https://sanctuaria.art/2019/01/14/igreja-de-sao-bartolomeu-distrito-de-sao-bartolomeu-ouro-preto-mg/



SHEILA GUEDES es brasileña, historiadora y pedagoga. Está casada con su mejor amigo, es madre de tres hijos y una lectora compulsiva. Chocólatra declarada, ama viajar, fotografiar y pasar su tiempo libre en compañía de su familia y de sus perros. Cree que las palabras tienen el poder de transformar vidas y solo disfruta leer libros con finales felices.

Cuenta con varias obras publicadas en Brasil, entre ellas: **Serie Destinos** (*Destinos entrelazados*, *Domados por el destino* y *Atraídos por el destino*), *Sirena urbana*, *A tu alcance*, *Game Over*, *Play Again*, *El silencio del alma*, **Serie Mujeres de Brasil** (*Corazón indomable*, *Corazón obstinado* y *Corazón intrépido*), *Más allá de lo que se ve*, **Serie Pecados Capitales**, **Serie Club La Femme**, **Serie Amores del Imperio**, *El precio de una elección*, *Cartas para Beatrice*, *Deseo secreto* y *Al revés*: *Crónicas de la vida cotidiana*.

REDES SOCIALES:

SITIO WEB:
www.sheilaguedes.com.br

FACEBOOK:
www.facebook.com/sheila.guedes.7

INSTAGRAM:
@sheilaguedess



Disponible en formato digital (e-book) en amazon.com.br y también a través de Kindle Unlimited.